HOMBRES EN EL SOL

GASAN KANAFANI

PROLOGO

Gassan Kanafani nació en Akka (San Juan de Acre), Palestina, el 9 de abril de 1936, en el seno de una familia de la clase media. Su padre era abogado. Más adelante, siendo el aún muy niño, la familia se traslado a vivir a Jaifa, desde donde, como miles de palestinos, tuvo que emprender el camino del exilio a raíz del desastre de 1948 y la consiguiente represión sionista.

Después de permanecer por breve tiempo en el sur del Líbano, la familia se trasladó a Damasco, Siria, en donde, para ganarse el pan, tuvo que lanzarse desde muy joven al mercado del trabajo. Fue maestro de escuela y también profesor de artes en las escuelas de la UNWRA[1]. Alternando el trabajo con los estudios, consiguió, llegada la edad, ingresar en la Universidad de Damasco, donde cursó estudios de literatura durante tres años.

Gassan Kanafani inició su actividad militante desde muy joven, a los 15 años de edad. En 1953, cuando tenía 17 años, se afilió al Movimiento de los Nacionalistas Árabes, organización surgida en el decenio de 1950 como reacción a la derrota de la dirección feudal – burguesa árabe en Palestina frente a la ofensiva imperialista del sionismo. Pese a su composición social heterogénea – como la de todo movimiento nacionalista -, muchos de sus militantes evolucionaron rápidamente hacia posiciones radicales. En el Congreso de 1962, se asiste ya a una ruptura entre las tendencias radicales pequeño burguesas y las tendencias nacionalistas tradicionales de la gran burguesía reaccionaria y de la burguesía media. La derrota de 1967 contribuyó de nuevo a escindir el movimiento. La mayoría de los militantes tomaron conciencia del fracaso de las direcciones pequeño burguesa del Cercano Oriente y la sección jordano – palestino del movimiento funda el Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP), de tendencia socialista – marxista y cuyo máximo dirigente es George Habache. El FPLP es, como se sabe, uno de los componentes de la OLP.

Expulsado de la Universidad de Damasco por sus actividades políticas, Kanafani emigró en 1956 a Kuwait en donde trabajó como profesor de dibujo de las escuelas del Estado. Al mismo tiempo, ejerció la labor de periodista e inició la actividad literaria, íntimamente ligada a su actividad política.

En 1960, se trasladó a Beirut en donde trabajó como redactor literario del semanario Al-Horriya, órgano de la izquierda libanesa. En 1963, pasó a ser redactor jefe del diario Al-Muharrir, al tiempo que colaboraba en Al-Anwar y en

[1]. UNRWA (United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees in the Near East), en español, Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente.

Al-Hawadiz hasta 1969, fecha en que fundó el semanario Al-Hadaf, portavoz del Frente popular de Liberación de Palestina, y del que fue redactor jefe hasta su asesinato por los servicios secretos israelíes el 8 de julio de 1972, a los 36 años de edad.

A pesar de haber muerto tan joven, Gassan Kanafani fue un autor prolífico. En un periódico que no abarca más de dieciséis años, escribió cincuenta y siete relatos breves, publicados principalmente en colecciones, y que llevan los títulos siguientes: Muerte en la cama Nº 12 (1961), La tierra de las naranjas tristes (1962), Un mundo que no es nuestro (1965), Hombres y fusiles (1968); cuatro novelas completas: Hombres en el sol (1963), Lo que os queda (1966), Um Sa'ad (1969), De vuelta en Haifa (1969), y tres inacabadas; tres obras de teatro; ensayos literarios: La literatura de la resistencia en la Palestina ocupada (1966), La literatura sionista (1967), La literatura palestina de resistencia bajo la ocupación (1968); ensayos políticos: La resistencia y sus dificultades (1970), e históricos: La revolución de 1936 – 1939 en Palestina (1972). A ello hay que añadir su intensa labor como periodista – infinidad de artículos dispersos en distintos diarios y revistas sobre diversos temas más literarios, históricos, políticos – y su labor de traductor – tradujo del inglés al árabe la obra de Tennessee Williams Humo y verano.

Gassan Kanafani dejó además otras novelas y ensayos políticos, literarios e históricos publicados por partes en semanarios, pero todavía inéditos en forma de libros.

En 1966, recibió el Premio Amigos del Libro de Líbano a la mejor novela por su obra Lo que os queda y después de muerto, a título póstumo, recibió en 1974 el Premio de la Organización Mundial de Periodistas y en 1975 el Premio Lotus de la Unión de Escritores Afroasiáticos.

Gassan Kanafani, es considerado hoy, junto con Emile Habibi (quien vive en el Estado de Israel), uno de los representantes más destacados de la literatura árabe en general y de la palestina en particular. Gassan Kanafani representa la novela palestina del exilio, como Emile Habibi la del interior. Aunque desaparecido prematuramente, su obra ocupa un lugar importante dentro de la novela árabe contemporáneo.

El interés de las tres novelas que figuran en este volumen y que, por primera vez, se dan a conocer hoy al lector de lengua española, es que representan tres etapas en la producción literaria del autor, que son reflejo, a su vez, de tres etapas en la toma de conciencia del pueblo palestino.

En Hombres en el sol hay una evasión, una huida, de la amarga y cruda realidad. La búsqueda de una solución individual lleva a la muerte que es aquí una prolongación de la derrota, una muerte aceptada pasivamente, con resignación, sin lucha.

En Lo que os queda se vislumbra ya el esbozo de una toma de conciencia.

La búsqueda de una solución, aunque siga siendo de forma individual, representa ya un intento de liberación. No hay resignación ante la muerte, sino que se lucha y hasta se mata, aunque haya que morir después, justamente para seguir viviendo.

Um Sa'ad representa la etapa superior de la toma de conciencia, la solución colectiva que se traduce en la lucha armada.

Hombres en el Sol (1963)

Cuando en 1963 apareció en Beirut Hombres en el sol, era la primera vez que la obra de un novelista palestino planeaba como una cuestión histórica, los temas del éxodo, la muerte y el estupor producidos por la derrota.

Esta novela cuenta la historia de tres palestinos pertenecientes a tres generaciones, que coinciden en cuanto a la necesidad de encontrar una solución individual al problema existencial del hombre palestino y huyen a Kuwait, país donde existen petróleo y riquezas.

Una vez en Basora, Irak, a donde cada uno había conseguido llegar por sus propios medios, deciden viajar juntos los tres a Kuwait en la cisterna de un camión que conduce Abuljaizarán, compatriota suyo establecido en Kuwait desde hacia años y chofer de un rico señor kuwaití, quien, para ganar algún dinero extra, se dedica a pasar en su camión a emigrantes clandestinos y cobra por ello una suma inferior a la que piden los "pasadores" profesionales. En el puesto fronterizo de Mitla, del lado kuwaití, los tres palestinos se asfixian en la cisterna del camión porque el conductor, Abuljaizarán, se retrasa con los aduaneros. Los tres mueren callados, sin golpear las paredes de la cisterna y ni siguiera gritar para pedir socorro.

Abu Kais, el más anciano, representa la generación derrotada, vencida, que tuvo que abandonar la tierra y vivir la miseria de los campos de refugiados. Si en 1948 era ya un hombre de mediana edad, diez años más tarde es un anciano que, abrumado por los sufrimientos y las penalidades, se resigna a su suerte sin vislumbrar, en el agujero negro en que está hundido, ninguna luz de esperanza. Otros más jóvenes que él tratan de hacerlo salir de su abulia, lo empujan a que abandone la vida de miseria del campo en donde vegeta, sin otro medio de subsistencia que la ración alimentaria que le suministra los organismos internacionales de ayuda a refugiados, lo incitan a que rechace la humillación de vivir como un pordiosero, de la limosna, de la caridad. Hay aquí un primer llamamiento a la acción que, aunque circunscrita a los límites de la solución individual representa ya, en cierto modo, una sacudida.

Sus ambiciones son bien modestas. Le basta con ganar lo suficiente para poder comprar uno o dos pies de olivos, quizás también para poder construir, fuera del campo de refugiados, una casita que sea suya, y, si ello fuera posible,

pagar los estudios de su hijo. No aspira a más.

Por su espíritu simple, ingenuo, este personaje resulta enternecedor. Es un hombre del pueblo, sencillo, sin instrucción, acostumbrado desde siempre a buscar consejo y guía en otros que, en su humildad, considera que saben lo que él, pobre campesino, ignora. Simboliza a la inmensa mayoría del pueblo palestino, formado, sobre todo, por campesinos con un profundo apego a la tierra. Este amor a la tierra, hasta fundirse con ella en "un solo palpitar", lo expresa bien Kanafani al presentarnos a Abu Kais que, lejos de su patria, Palestina, yace en Basora, a orillas del Chott, con el cuerpo pegado a la tierra como esperando que ésta le infunda la fuerza, el aliento necesario para seguir adelante en su empresa. Esa tierra, húmeda por la proximidad de los dos ríos, el Tigris y el Éufrates, unidos hasta formar un solo río, el Chott, despierta en él recuerdos dormidos, sensaciones ya casi olvidadas de los tiempos en que allá, en Palestina, creía que los latidos de su propio corazón eran los de la tierra y el olor que de ella se desprendía "el mismo que exhalaban los cabellos de su mujer cuando salía del baño... el de una mujer con el cuerpo chorreando agua fría y los cabellos mojados sobre el rostro". La tierra, como un ser vivo de cuerpo cálido que palpita y da frutos, es la esposa que lo recibe en su seno, la madre que le da sustento. A través de su identificación como una mujer, con la esposa – madre, la tierra pasa a simbolizar la patria, Palestina.

As'ad, el segundo personaje, pertenece a otra generación, la de los que eran adolescentes cuando el desastre de 1948 y, por tanto, demasiado jóvenes para tomar las armas pero que, no obstante, conservan vivos en su memoria los recuerdos de la lucha y la resistencia, la derrota y el éxodo, As'ad representa ya a otra categoría de palestinos. No es el campesino ingenuo y simple, confiado, sino el joven con estudios, armado para defenderse en la vida. Simboliza, en cierto modo, al intelectual en el que la masa de campesinos cree y confía. Esta realidad la expresa bien Kanafani cuando Abu Kais pone su suerte en sus manos y le pide que sea él quien decida en los tratos con Abuljaizarán el "pasador" clandestino.

As'ad pertenece a la generación de los que no quieren resignarse a su situación de refugiados, de ciudadanos de segunda clase en los países árabes de acogida, y se rebelan frente a la humillación de que son víctimas. Pero, como las manifestaciones callejeras, las protestas minoritarias de grupos de estudiantes no han conducido a nada, decepcionado ante la impotencia de la acción colectiva, estéril y sin perspectivas inmediatas de futuro, decide abandonarla y opta por la solución individual. Consciente de la cruel realidad de un mundo hostil e implacable en el que impera la ley del más fuerte, en el que, como en el desierto, las ratas grandes se comen a las más chicas, y dotado de un bagaje intelectual con que abrirse camino en la vida, trata de salvarse, salir del agujero, recobrar la dignidad, buscar en el triunfo personal la revancha de los desheredados.

Marwán, el tercer personaje de la novela, no puede decirse que pertenezca a una generación más joven que la de As'ad, ya que la diferencia de edad entre uno y otro no es muy grande. Pero si As'ad era un adolescente en 1948, Marwán era un niño, para quien la derrota y el éxodo, aunque marcarán profundamente su existencia, yacían más enterrados en la memoria.

Marwán no habría pensado nunca en emigrar si no hubiera sido porque su hermano mayor, al casarse, deja de enviar dinero a la familia desde Kuwait en donde trabajaba. El abandono del hermano, lo siente como una traición a sus padres, a sus otros hermanos, a él mismo, que no podrá ya continuar sus estudios. Y lo más grave es que ese abandono trae nuevos abandonos, nuevas traiciones, porque su padre, al faltarle el mínimo de bienestar y tranquilidad que aquel dinero le proporcionaba, repudia a la madre para casarse con una mujer "rica" que posee una casa de cemento con tres habitaciones. La estrechez económica y la penuria provocan una disgregación de la familia con la huida del padre que, vencido, cansado, sin ánimos para soportar una existencia miserable, se siente incapaz de afrontar sus responsabilidades familiares, y sólo busca con egoísmo su provecho personal.

Estos dos abandonos, el del hermano y el del padre, son los acicates que mueven a Marwán a emigrar a Kuwait, con el único fin de trabajar y ganar dinero para mantener a su familia. También él piensa, como los otros, que para liberarse de la miseria no hay más salida que la huida a Kuwait.

Pero si la emigración a un país rico y el deseo de ganar dinero para mantener a la familia obedecen a una necesidad, hay además en él otros motivos. El sentimiento de abandono, implícito en la traición del padre, lo atormenta y, en su mente, el deseo de vengarse se convierte en una obsesión. De ahí su afán de ganar mucho dinero para enviárselo todo a su madre y a sus hermanos, de llegar un día a ser rico para que su padre se muerda los dedos de arrepentimiento. Esta reacción infantil refleja bien su carácter. Aunque la necesidad imperiosa de ganar su pan y el de los suyos y de asumir, por tanto, la responsabilidad del jefe de familia, hace de él, con sólo dieciséis años, un adulto antes de tiempo, en realidad aún es un niño, un muchacho ingenuo, fácil de engañar.

Junto a estos tres personajes, víctimas de un destino implacable que los lleva a la muerte, aparece un cuarto personaje tan importante como los anteriores, o quizás más, pues es quien, precisamente, los conduce a la muerte. Es Abuljaizarán, el "pasador" clandestino, quizás el más complejo de todos los personajes y en el que Kanafani simbolizó, reunidas en un solo individuo, todas las contradicciones del hombre palestino que luchó en la guerra de 1948 y que, vencido, decepcionado de todo, ha decidió adoptar una actitud cínica ante la vida. Su aspecto físico que, como su nombre lo indica, recuerda el de un junco[2]

---

[2] Para Abuljaizarán, véase la nota 9 de Hombres en el Sol

da una impresión de flexibilidad, de elasticidad, como si pudiera plegarse en dos. Esta descripción física es, en realidad, un retrato moral. El cuerpo elástico y flexible simboliza la naturaleza del personaje, adaptable, plegable a una u otra circunstancia según las conveniencias, es decir, el oportunista.

Sin embargo, pese a su conducta interesada, su cobardía, sus pequeñas miserias, tampoco es enteramente de una pieza. También hay en él rasgo de ternura, de humanidad. Apiadado de Marwán, en quien ve casi a un niño, está dispuesto a pasarlo a Kuwait sólo por cinco dinares, cuando a los otros dos les reclama diez. Y su angustia moral, su desesperación al descubrir los tres cadáveres dentro de la cisterna, no es sólo por cobardía, por miedo a que las autoridades kuwaitíes descubran lo sucedido y ello ponga en peligro su situación, sino también porque se siente responsable de haber llevado a la muerte a sus tres compatriotas. Los sentimientos aparecen en él mezclados, confundidos, lo que da una imagen más real, más viva, del personaje. La pena y la angustia se confunden con el miedo y el instinto de conversación; el horror, el sentimiento de culpabilidad quedan supeditados al instinto de lucro. Quizás uno de los momentos más trágicos, más terrible de la novela sea aquél en que Abuljaizarán, después de depositar los cuerpos de sus compatriotas en el basurero municipal situado en las afueras de la ciudad y emprender el viaje de regreso, vuelve sobre sus pasos y despoja a los tres cadáveres de todo el dinero que llevaban, sin olvidar el reloj de Marwán.

Con todo, este personaje no nos resulta antipático. La circunstancias de su vida, inseparables del destino trágico de su pueblo, han hecho de él lo que es: un ser fracasado que sólo aspira, por todos los medios, a ganar dinero suficiente para poder llevar una existencia tranquila y, sobre todo, olvidar el pasado. Porque debajo de una apariencia jovial y alegre, esconde un personaje profundamente atormentado por un pasado de derrota, de impotencia. Esta impotencia se manifiesta en una acción militar en la que, después de haber servido durante más de cinco años en el Ejército británico en Palestina y a pesar de su fama de buen conductor, fracasa en sus intentos de conducir un viejo vehículo blindado, del que se habían apoderado los hombres de la aldea, después de una ataque de los judíos. Y fracasa, sencillamente, porque era un hábil conductor de camiones pero no un experto en la conducción de vehículos blindados, es decir que se le confió una tarea superior a sus capacidades.

Pero también su integridad física ha sido afectada, pues después del accidente que sufrió durante la lucha contra el ocupante sionista, es sometido a una operación quirúrgica en la que tiene ser castrado. La pérdida de la virilidad, es decir, la impotencia, en un personaje como Abuljaizarán, combatiente de la guerra de 1948, es un símbolo con el que Kanafani expresa la situación de impotencia del pueblo palestino, después de la derrota.

Y justamente a este hombre castrado, a este eunuco, es el que sus

compatriotas confían su suerte, su destino, que no podía tener más que un trágico fin: la muerte. Abuljaizarán, sinónimo de derrota, de impotencia, hace el papel de anti-héroe. De él ya no cabe esperar nada en el futuro. En este personaje simboliza Kanafani a una generación históricamente incapacitada para hacer salir al pueblo palestino de su estupor y conducirlo de nuevo a la lucha.

De los otros tres personajes de la novela, Abu Kais es un anciano ya acabado; Marwán, aunque represente una esperanza para el futuro, era aún demasiado joven para asumir en aquel momento –1958- el papel histórico del nuevo hombre palestino capaz de despertar las conciencias dormidas de todo un pueblo avasallado y oprimido. As'ad, por su edad, sus conocimientos, su pasado militante en Ammán, en sus años de estudiante, era el único que habría podido representar en aquel momento la esperanza. Pero no, las condiciones no estaban aún maduras. Este joven intelectual –en el que quizás Gassan Kanafani viera reflejado su propia imagen cuando en 1958, a los 20 años emigró él mismo a Kuwait para trabajar allí de profesor- abandona la lucha, cansado, decepcionado, para huir a Kuwait y ganar dinero. Huida, evasión de la realidad, testimonio de la impotencia. El más preparado, el más avisado de los tres emigrantes clandestinos, y en el que confían los otros dos, uno por su condición de campesino ignorante y el otro por ser demasiado niño, se deja también engañar y pone su suerte y la de sus compañeros en manos de un personaje, símbolo de un pasado vencido y que, al dirigir el presente, no puede conducirlos más que a la muerte que es aquí una prolongación de la derrota.

Para Kanafani, esa muerte aceptada pasivamente, sin lucha, es también la consecuencia de la huida de la realidad, de la evasión, de la búsqueda de una solución individual, de una visión estrecha y limitada al pequeño universo personal forjado de ilusiones, en el que no hay cabida para todo lo que vaya más allá del interés personal de cada uno, en una palabra, de la incapacidad para comprender cuál es el verdadero camino de la acción liberadora. Para Kanafani, ésta no se inscribe naturalmente en el triunfo personal de un individuo, sino en el de todo un pueblo.

Lo que resulta más trágico en esta novela es la resignación de los tres hombres ante la muerte –como bestias que llevan al matadero-, la aceptación de un destino ineluctable, fatal, como si el camino que habían elegido no pudiera conducirlos más que a ese fin. Y el grito desesperado y desgarrado de Abuljaizarán, que toda la inmensidad del desierto repetía como un eco: "¿Por qué no golpearon las paredes de la cisterna? ¿Por qué no llamaron? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?", aparece como una llamada, como una interrogación histórica que invita a una reflexión generadora de una voluntad de acción.

Puede parecer contradictorio que este primer grito lo lance justamente el personaje que representa la derrota, la impotencia. Pero, justamente, quizás por su situación de vencido, de impotente, comprende de súbito, con lucidez, que si

sus víctimas –víctimas de su desaprensión, su avidez de lucro, su cinismo- no han gritado, tendrá que ser él, el causante de su ruina, quién clame, quien grite, para que el eco de su voz resuene, llegue a todos los oídos hasta entonces sordos, despierte las conciencias dormidas.

Pese a su actitud cínica ante la vida. Abuljaizarán es aún capaz de conmoverse hasta llorar. La tragedia de la que él mismo fue la causa actúa como revulsivo y la llama de su pasado de combatiente, que él creía ya extinta después de su amarga experiencia y sus decepciones, se reaviva de súbito hasta infundirle aliento para gritar.

Nos hemos referido a los cuatro personajes principales de la novela y a lo que Kanafani quiso simbolizar en cada uno de ellos. Pero también los personajes secundarios, pueden considerarse simbólicos. Así, el Hay Rida, adinerado señor kuwaití –siempre presente, pese a que no aparece nunca en la novela y sólo sabemos de él por referencias- simboliza a las clases dominantes árabes, sobre todo de ciertos países, cuya norma de vida podría resumirse en dos palabras: despreocupación y diversión. Los aduaneros que retienen a Abuljaizarán, especialmente Abu Bakr, son también simbólicos. Representan la burocracia indolente y corrompida –producto de las sociedades que la generan y la alimenta- y que aparece encarnada en una serie de personajes mediocres reprimidos, sólo obsesionados por el sexo. También es aquí simbólico que Abuljaizarán, que para Kanafani representa la dirección política palestina en un momento histórico determinado, esté justamente al servicio de Hay Rida que representa la dirección política árabe, como también es simbólico que Abuljaizarán tenga que verse sometido a la voluntad y capricho de esa burocracia y sea víctima, tanto él como sus compatriotas, de inconsciencia, de su irresponsabilidad histórica.

Aunque Hombres en el sol está cargada de simbolismo, cabe decir que corresponde al género llamado realista, tanto desde el punto de vista formal como del contenido. En efecto, bien reales son las preocupaciones de los cuatro personajes, sus sentimientos, como también lo son sus deseos y ambiciones. La descripción que de ellos se hace, su retrato físico y moral, corresponde igualmente al de personajes de ficción que la mente creadora del escritor transforma en seres vivos de carne y hueso. Es decir que no son seres desdibujados que floten en un universo onírico. Las situaciones descritas también son reales; algunas, propias de un determinado grupo étnico-cultura: el pueblo árabe de Palestina, y otras, universales. Sin describir con detalle su vida cotidiana, sus costumbres, sus tradiciones, a través de escenas retrospectivas, recuerdos y vivencias, se evocan, como cuadros intercalados en la acción –breves pinceladas, ligeros toques, rápidos trazos- situaciones que dan una imagen real de la vida del pueblo palestino, ya sea antes de 1948 o bien, después del éxodo, en los campos de refugiados o en los países árabes de acogida. El problema del repudio, de la poligamia (el padre de Marwán), propio de la sociedad musulmana

–aunque no sólo de ella- se evoca brevemente; otros, como el de la emigración –eje central de la novela- son universales.

Este último, el de la emigración, aunque no exclusivo del pueblo palestino, reviste aquí caracteres más trágicos por tratarse de una población sin patria, de refugiados que, arrojados de su tierra, no tienen la esperanza de retornar un día a ella. Es evidente que hay puntos comunes a toda emigración, sobre todo clandestina: la explotación de que son víctimas los emigrantes por parte de "pasadores" desaprensivos, el engaño, que los lleva a veces a encontrar la muerte en el fondo de un barranco o en el paso de un puerto de montaña. Y estos casos se dan en todos los continentes y en todas las latitudes. Por mencionar algunos –esta vez sucedidos en el continente europeo-, recordamos el de un grupo de emigrantes portugueses que, después de vender todo lo poco que poseían y entregar sus ahorros a un "pasador" clandestino para que los introdujera en Francia, recorrieron cientos de kilómetros, dieron cientos de vueltas en el autocar que los transportaba, para terminar abandonados en una ciudad española, Salamanca, próxima a la frontera portuguesa. Todavía más estremecedor es el caso de algunos trabajadores africanos que, abandonados por sus "pasadores" en los Pirineos, en pleno invierno, perecieron de frío y de inanición.

La muerte de los tres emigrantes palestinos se produce en pleno verano tórrido, por asfixia en el fondo de la cisterna de un camión. Este caso, perfectamente verosímil, podría figurar en la prensa como noticia, lo mismo que los casos reales y verídicos que acabamos de mencionar. Pero Kanafani podía haber elegido otras muchas formas, también verosímiles, de hacer morir a sus héroes, si no fuera porque la cisterna del camión, que aquí eligió, es también un símbolo. Representa el universo cerrado, el agujero negro en que vive sumido el pueblo palestino sin ninguna luz de esperanza; representa, en una palabra, la muerte.

Aunque es el símbolo principal, la cisterna del camión no es aquí el único símbolo de la muerte. Todo parece simbolizarla, anunciarla, llevar a ella. El sol –símbolo de la vida- aquí mata; el desierto que hubiera podido ser vía, camino que condujese a una vida más feliz, se convierte en sepultura; y el silencio –el grito ausente, la voz ahogada- es también símbolo de muerte.

Pero si Hombres en el sol es el grito ausente, la voz del pueblo palestino ahogada por mucho tiempo en los campamentos del éxodo y ahora en la cisterna de un camión, el grito de Abuljaizarán, su "¿por qué?" desgarrado que clama desesperado por una respuesta, anuncia el principio del despertar. La pregunta con la cual Kanafani termina esta novela plantea, en toda su trágica dimensión, el tema de la muerte y la imperiosa necesidad de liberarse de ella descubriendo o tratando de descubrir la acción histórica liberadora, generadora de nueva vida.

En este sentido, cabe decir que el final de esta obra presagia una primera etapa en la toma de conciencia del pueblo palestino.

Lo que os queda (1966)

Esta novela, escrita entre 1963 y 1964, fue publicada en Beirut en 1966. Se trata de la segunda experiencia novelística de Kanafani después de Hombres en el sol. En ella, el escritor plantea de nuevo el tema de la miseria y la opresión del pueblo palestino y la necesidad de liberarse de ellas mediante la acción.

La novela gira en torno a cinco personajes: por un lado, el triángulo Hamed – Mariam - Zacarías, y, por el otro, el desierto –el espacio- y el reloj –el tiempo-, que aquí cobran vida, son seres animados.

Por el contrario a la anterior, esta novela es de una lectura aparentemente difícil. En ella, el tiempo y el espacio parecen confundirse y, pese al artificio de utilizar caracteres de imprenta diferentes para pasar de una secuencia a otra, hay momentos en que el lector puede sentirse perdido. Sin embargo, el paso de un personaje a otro en el tiempo o en el espacio no significa ruptura, porque lo que cada uno de ellos piensa, siente o dice está estrechamente interrelacionado, es indisociable de lo que piensa, siente o dice el otro. Por eso, para aprehender, dentro de una aparente incoherencia, una coherencia, o una continuidad, dentro de una aparente discontinuidad, esta novela requiere una segunda o hasta una tercera lectura.

El estilo que utiliza aquí Kanafani, nuevo en la literatura árabe, no fue bien acogido por toda la crítica. Si para algunos representaba una experiencia original e interesante que contribuiría a enriquecer y renovar el lenguaje narrativo árabe, otros lo consideraron oscuro, embrollado y en contradicción con el objetivo que Kanafani se había fijado, es decir que "la novela fuera realista ciento por ciento"[3]. Por ello, consecuente con este principio e interviniendo, a su vez, en la polémica suscitada en torno al aspecto formal de esta novela, el mismo Kanafani expresó algunas dudas sobre lo acertado, o no, de su experiencia innovadora. En una entrevista radiofónica publicada posteriormente en la revista Al-Hadaf, Kanafani decía:

> Creo, sin duda alguna, que Lo que os queda representa un salto desde el punto de vista formal, aunque al mismo tiempo plantea, en lo que a mí respecta, algunas interrogantes: ¿Para quién escribo? De los lectores árabes, sólo una minoría podrá comprender esta novela. ¿Escribo para que un crítico diga en una revista cualquiera que he escrito una novela excelente, o escribo para llegar a la gente?[4].

El problema que se planteaba a Kanafani era saber hasta qué punto la

---

[3] Citado por Fadel al-Naquib en su artículo "El mundo de Gassan Kanafani" (en árabe), publicado en la revista Shu'un filastiniyya (Asuntos Palestinos), N° 13, septiembre 1972, p.194.

[4] Revista Al-Hadaf, 5 de septiembre de 1973, N° 129. Citado por Rafika Bhuri-ben Rjeb en la novela en Gassan Kanafani (en árabe), Editorial At-Takaddum, Túnez, julio de 1982, p. 52.

forma literaria de esta novela servía a los fines que él se había propuesto alcanzar: expresar la realidad del pueblo palestino y hacer que la expresión de esa realidad llegara al mayor número posible de personas. Por tratarse de un estilo difícil, intrincado y, por tanto, no accesible a todas las categorías de lectores árabes, la mayoría no habituados a un lenguaje narrativo ajeno a su tradición literaria, Kanafani temía que la realidad expresada en esta novela y el mensaje que encerraba sólo fueran comprendidos por una minoría intelectual.

Es indudable que Kanafani, buen conocedor de la literatura occidental, tiene aquí influencias de escritores como James Joyce y William Faulkner, particularmente de este último. Por toda una serie de rasgos característicos, esta obra se aproxima al estilo literario de estos autores. Así, la interiorización de los personajes se traduce en soliloquios, monólogos interiores y una serie de estados anímicos, sensaciones, impresiones sensoriales (olores, sonidos, visiones) que retrotraen a la memoria el pasado que se funde con el presente en una sola vivencia. El paso rápido de una secuencia a otra, la ruptura, la discontinuidad en el espacio-tiempo, se estructuran en un orden de continuidades percibidas sucesivamente por cada personaje. La simultaneidad se establece a través de las sensaciones percibidas en distintos lugares, pero al mismo tiempo, por cada uno de ellos.

En realidad, los temas del tiempo y de la memoria, fundamentales en la obra literaria de Joyce o de Faulkner, son también indisociables de la obra de Proust. De sobra conocido es el episodio del panecillo mojado en la taza de té y de todos los recuerdos que este simple gesto evoca en el narrador[5]. Las impresiones sensoriales, a través de asociaciones de ideas, traen a la mente los recuerdos, de forma que en el presente aflora siempre el pasado.

En Kanafani, los temas del tiempo y de la memoria son también fundamentales, no sólo en esta novela sino en toda su producción literaria. Así, en Hombres en el sol, el contacto con la tierra húmeda evoca en Abu Kais el recuerdo de su tierra en Palestina, cuando, pegado a ella, la sentía palpitar y su olor le parecía el mismo que el que exhalaban los cabellos mojados de su mujer al salir del baño. En Lo que os queda, las sensaciones que experimenta Marian al hacer el amor con Zacarías evocan en su memoria los momentos de violencia y brutalidad, en que, arrollada por una muchedumbre enloquecida, huía de Jaifa con los suyos.

En toda la obra de Kanafani, hay un constante retorno a la memoria y ésta va casi siempre, de modo ineluctable, unida al pasado en Palestina: se evoca con añoranza la patria perdida, la felicidad pasada y se reviven escenas de la lucha, la derrota y el éxodo. En este relato se advierte claramente la influencia de Faulkner, en particular de su novela El ruido y la furia. En respuesta a algunos

---

[5] Proust, Marcel. A la recherche du temps perdu.

críticos que notaban la semejanza existente entre ambas obras, Kanafani, gran admirador de Faulkner, no ocultaba esa influencia. Sin embargo, se defendía de que ésta fuera puramente mecanicista y se sostenía que se trataba fundamentalmente de un intento por utilizar los recuerdos estéticos y los logros artísticos de Faulkner para hacer evolucionar la literatura árabe.

Pero las coincidencias de una y otra novela no son sólo desde el punto de vista formal sino también del contenido. En los sentimientos de Hamed por Marian, en la estrecha vinculación con la hermana, hay reminiscencias del segundo capítulo de la novela de Faulkner, en el cual Quentin, en su dolorosa lamentación –prolongado quejido de bestia herida, acorralada- penetra en los recovecos más íntimos del subconsciente para revelar en un lenguaje de desgarradora y punzante verdad, los sentimientos de celos, de posesión, por su hermana Caddy.

Sin embargo, en la expresión de esos sentimientos, Faulkner va mucho más lejos que Kanafani. Mientras que en las relaciones de Quentin con su hermana, aparece obsesionante la idea del incesto, esta obsesión está ausente en Hamed. Sin ser nuestro propósito entrar en un análisis de la novela de Faulkner, conviene decir que, a nuestro juicio, tampoco hay que exagerar en el análisis freudiano de los sentimientos de Quentin por Caddy. Como el mismo Faulkner dice en el apéndice de esta obra respecto de Quentin III, lo que éste amaba en realidad en su hermana era el concepto del honor de los Compson; lo que amaba no era la idea del incesto, que nunca cometería, sino el concepto presbiteriano de la condenación eterna. Por medio de este pecado, imaginario, nunca cometido, él y su hermana irían juntos al infierno, en donde él la mantendría para siempre intacta, pura, en medio del fuego eterno. En realidad, lo que Quentin amaba, sobre todo, era la muerte. Como sabemos, este héroe de Faulkner termina suicidándose en junio de 1910, dos meses después de la boda de su hermana Caddy que, en el momento de casarse, esperaba ya desde hacía dos meses un hijo de otro hombre.

Esta aclaración de Faulkner nos parece fundamental para situar las cosas en su verdadera dimensión. Algunos de los aspectos de la relación Quentin – Caddy, que Faulkner explica, tienen cierto paralelismo con la relación Hamed – Mariam. Como en Quentin, hay también en Hamed el sentido del honor familiar, el sentimiento de vergüenza de que su hermana espera un hijo antes de casarse. Si en la novela de Kanafani, como es natural, está ausente el concepto presbiteriano del pecado y de la condenación eterna, sí, en cambio, está presente y bien presente, el concepto del honor que tiene en la sociedad arábigo – musulmana una dimensión, más que religiosa, social, y que en lo que respecta a la mujer y su virginidad, puede llegar hasta a disculpar el parricidio o el fratricidio para lavar la honra.

Lo mismo que Quentin, hijo de un padre alcohólico e irresponsable, se

consideraba el guardián del honor de los Compson, también Hamed, huérfano de padre, se consideraba, como único varón de la familia, el guardián del honor familiar, y, por tanto, de la honra de su hermana. Hay que decir que, además, en la sociedad árabe, los hermanos pueden ser con frecuencia guardianes más celosos de la virtud de sus hermanas que el propio padre.

En el caso de Hamed, a la deshonra de casarse Mariam embarazada de cuatro meses y con un hombre que ya tenía una primera mujer y era padre de varios hijos (en el Islam, aunque legal, la poligamia está cada vez peor vista y se practica cada vez menos en las sociedades más evolucionadas), se suma la humillación de verse obligado a dar a su hermana en matrimonio a un individuo como Zacarías, al que toda la colectividad repudia por cobarde y traidor. Para Hamed, el acto de su hermana significa, pues una doble deshonra.

A través de la personalidad de Zacarías, de lo que éste simboliza, como también de lo que simboliza Mariam –como veremos más adelante-, introduce Kanafani en esta novela un elemento propio de la realidad palestina, que da al drama familiar una nueva dimensión y hace que éste adquiera –más allá del reducido núcleo de la familia- un carácter colectivo.

Otro tema en el que también se advierte la influencia del mencionado capítulo, es el del tiempo, simbolizado por el reloj, a obra de Faulkner empieza cuando Quentin oye el reloj del abuelo, que su padre le había regalado, y recuerda lo que le dijo cuando se lo dio. La imagen del mausoleo, que el padre de Quentin evoca, refiriéndose al reloj, corresponde a la del ataúd con que Hamed, al mostrárselo a su hermana, compara el reloj que acaba de llevar a casa. En El ruido y la furia, el padre de Quentin le dice que le da el reloj no para que recuerde el tiempo, sino para que lo olvide y no pierda todo su aliento tratando de vencerlo. Aquí también está presente la idea del reloj, pero no para recordar el tiempo, sino para olvidarlo, ante la inutilidad de luchar contra él. Por eso, Hamed, en un gesto de desesperada impotencia ante el tictac que lo persigue y lo hace sentirse prisionero, se arranca el reloj de la muñeca y lo arroja en la inmensidad del desierto para liberarse del tiempo, mientras que Mariam, prisionera de las cuatro paredes que la encierras, de Zacarías, de ella misma, sigue oyendo el tictac, insistente, implacable, del reloj-ataúd, símbolo del tiempo-muerte.

Hay también en la obra de Kanafani elementos en que se percibe la influencia de lo que se conoce como "La Nueva Novela" (Le Nouveau Roman). Teniendo en cuenta la gran influencia que autores como Joyce, Faulkner o Proust tuvieron en la nueva novela, nada tiene de extraño que Kanafani se dejara influir también por ella. La influencia en Kanafani se manifiesta sobre todo en la importancia que concede a las cosas, a los objetos. Estos cobran vida, sienten, palpitan, hablan. No se trata aquí de una "reificación" (de res-rei, es decir, cosa en latín) o "cosificación" en el sentido que le da Lukács, es decir, de una

transformación de las personas en objetos –fenómeno propio de la sociedad de consumo y reflejo de la crisis de valores que atraviesa el mundo occidental-, sino de una revalorización, una vivificación del objeto, de la cosa inanimada. Así en esta novela, el desierto es un cuerpo gigantesco que no sólo está dotado de un pecho que siente y palpita, sino también del don de la palabra. Este gusto de Kanafani por la vivificación del objeto, presente en toda su obra, se traduce con frecuencia en la comparación de los seres humanos con objetos, recurre para ello en metáforas audaces, originales, totalmente nuevas en la literatura árabe. De sobra conocido es que ésta se ha caracterizado siempre por la extraordinaria riqueza de su lenguaje metafórico pero, a diferencia de muchos autores con tendencia a utilizar la imagen convencional, manoseada, Kanafani crea nuevas imágenes, las fuerza al extremo, lo que hace a veces difícil encontrar su equivalente en otro idioma.

Pese a los paralelismos que pueda haber entre una y otra novela, ambas corresponden a realidades sociales e históricas diferentes. Faulkner describe una sociedad, la del sur de los Estado Unidos, en decadencia, en descomposición, y en la que los descendientes de la antigua clase dominante, arruinados, no consiguen adaptarse a las transformaciones económicas y sociales que lleva consigo la expansión del capitalismo en el siglo XX. El estado de crisis y confusión que atraviesa esta sociedad, sus contradicciones, sus incoherencias, se traducen, a través de los personajes, en sentimientos de angustia, obsesiones, evasión de la realidad y retorno al pasado. El estilo forma que utiliza Faulkner refleja bien el estado anímico de los personajes, producto de esta sociedad en descomposición. La realidad social e histórica que describe Kanafani es muy distinta de la de Faulkner. La sociedad palestina de principios de 1960 no es una sociedad en estado de decadencia, de descomposición, sino una sociedad que atraviesa una etapa de confusión. Sumido en el estupor provocado por la derrota y el éxodo, el hombre palestino anda aún a tientas en busca de una vía, de una solución. El estilo formal que utiliza Kanafani en esta novel sirve, pues, a su objetivo de reflejar la realidad palestina de esa etapa histórica.

Por otro lado, cabría decir aquí que la relación entre Mariam y Hamed, más que una relación morbosa entre hermanos, podría considerarse casi materno-filial. Debido a la diferencia de edad, Mariam ve en el hermano pequeño, casi un hijo y Hamed en la hermana mayor, casi una madre. A través de la imagen del ovillo de lana, cuyo cabo había quedado sujeto en su casa de Gaza y del que Hamed se iba liberando a medida que se alejaba de Mariam, evoca Kanafani la idea del cordón umbilical que lo sigue uniendo al seno materno. La madre ausente se ha convertido para Hamed en un mito, una especie de personaje legendario, un ser ideal, con el que sueña reunirse un día. Mariam es para él una encarnación de la madre ausente y que, a semejanza de la imagen que de esta última se ha forjado, tiene que estar dotada de las mismas virtudes y

perfecciones. Es indudable que a través del personaje mítico, legendario, de la madre, Kanafani simboliza la tierra, la patria, Palestina. Por eso, la entrega de Mariam a un traidor como Zacarías adquiere también en la novela caracteres de símbolo. Mariam mancillada significa Palestina mancillada, Mariam entregada a un traidor significa Palestina entregada a los enemigos del interior.

Incapaz de acción, Hamed –que representa aquí en cierto modo al intelectual- no ve ante sí otro camino más que la evasión, la huida. De lo único que es capaz es de partir en busca de la madre, es decir, en busca de la tierra, de Palestina, la Palestina del pasado, tal como él la imagina. Pero entre él la madre se interpone el desierto. Lo mismo que en los cuentos o leyendas en que para rescatar a la princesa prisionera o el tesoro escondido, el héroe se ve sometido a una serie de pruebas, tiene que arrostrar diversos peligros –lucha con dragones u otros monstruos legendarios- y sólo después de salir victorioso de todos ellos y purificado por las pruebas consigue alcanzar la meta, también aquí Hamed tiene que arrostrar los peligros del desierto para llegar hasta la madre.

En Hombres en el sol, el desierto significa la huida de uno mismo, la muerte; en Lo que os queda, es el único camino capaz de sacar a Hamed del estado de impotencia en que se encuentra y de conducirlo, quizás, a la acción. Teatro de una lucha a muerte con el enemigo, el desierto es aquí el puente que conduce al reencuentro consigo mismo. Aquí también se muere, pero la muerte de Hamed no es gratuita porque también él mata justamente para seguir viviendo. Aquí, el enemigo exterior –el soldado israelí- y el enemigo interior –Zacarías- mueren ambos, el primero a manos de Hamed, el segundo a manos de Mariam. En el momento de la acción, cuando Mariam clava el cuchillo a Zacarías y Hamed clava el cuchillo al soldado israelí, hay simultaneidad, las líneas dejan de ser discontinuas y se confunden.

Mientras que en la otra novela todo es silencio, muerte –las tres víctimas ni siguiera gritan ni golpean las paredes de la cisterna-, en ésta todo golpea, suena, se agita: golpean los pasos de Hamed al caminar en el desierto, golpea y se agita el embrión en las entrañas de Mariam, golpean la superficie del agua los remos de las embarcaciones que transportan a los refugiados el día que abandonan Jaifa; hasta el silencio suena, tiene voz. A diferencia de la anterior, todo aquí parece anunciar un renacer, una nueva vida.

El parto, el alumbramiento, es lento, doloroso, difícil. Mariam, la Palestina real de principios de los años 60 –no la Palestina ideal de antes de 1948, la madre ausente- tiente que matar a Zacarías –el enemigo interior-, para que nazca el hijo, el nuevo hombre palestino. Pero éste es también hijo de Zacarías porque ese nuevo hombre palestino no puede ser un ente puro dotado de todas las virtudes y perfecciones, una entelequia, sino el producto de un proceso dialéctico con todas sus contradicciones.

Simultánea a la acción de Mariam está la de Hamed –muerte del soldado

israelí, el enemigo exterior-, necesaria para que el nuevo ser que nazca pueda sobrevivir, para que no vuelva a morir una segunda vez. Estas dos acciones se complementa, se funden en una sola.

Pero para que este parto, este alumbramiento, sea posible, también es necesario el sacrificio de otros. Salem, jefe de la resistencia palestina contra el ocupante israelí en Gaza y al que Zacarías –el enemigo interior- entrega a las autoridades israelíes, no muere en vano, su muerte no es gratuita. En el momento en que lo llevan al paredón para fusilarlo, de su mirada helada, precursora de la muerte, se desprende el hálito de una nueva vida. Y es el hálito de Salem, que fluye aún después de muerto, el que infunde vida al nuevo ser que nacerá.

El personaje de Salem, que en la novela aparece como secundario frente a los principales, tiene, sin embargo, una importancia capital. Si aparece en segundo plano es porque refleja las circunstancias, históricas del pueblo palestino a principios de 1960. Salem el feday (fedayin corresponde, en realidad, el plural de la palabra árabe, a partir de la cual se ha formado un nuevo plural en español, fedayines) –participio activo de la raíz verbal fadaa, rescatar, redimir (con su sangre) o sacrificarse y que significa, pues, el que rescata, el que redime, el que sacrifica su vida –redime con su muerte, con su sangre vertida, a los demás. En toda revolución, han sido siempre necesarios el sacrificio, la sangre, la muerte de muchos para que los demás vivan.

En la etapa que Kanafani describe en Lo que os queda no sólo se anuncia, sino que se inicia la toma de conciencia del pueblo palestino.

Um Sa'ad (1969)

En esta novela refleja Kanafani la etapa de la toma de conciencia colectiva del pueblo palestino. Esta toma de conciencia es indisociable de las operaciones de guerrillas que llevan a cabo, contra el ocupante sionista, las organizaciones de la resistencia, inmediatamente antes y después de la derrota de los ejércitos árabes en junio de 1967.

El 1° de enero de 1965, Al-Asifa (La Tempestad), rama militar de Al-Fatah, difunde el primer comunicado de prensa, al que siguen muchos otros que dan cuenta de las acciones llevadas a cabo por los fedayines, como cortes de líneas de comunicación, sabotajes e industrias y destrucción de instalaciones militares estratégicas. Las acciones de Al-Asifa tienen por objeto destruir la estructura económica, militar, social y política del Estado de Israel y llamar la atención del mundo sobre los derechos del pueblo palestino, expoliado y expulsado de su tierra.

Después de la derrota de los ejércitos árabes en junio de 1967, el pueblo palestino toma aún mayor conciencia de la necesidad de confiar, sobre todo, en sus propias fuerzas. Las acciones guerrilleras se intensifican por doquier: en las alturas de Golan, en el Golfo de Akaba, cerca de Eilath, en el valle del Jordán, en Gaza, e incluso dentro de Palestina ocupada, en Nazaret, Jerusalén, Tel-Aviv.

En esta etapa, la que sigue a la guerra de 1967, la que Kanafani describe en Um Sa'ad, que más que novela, en el sentido estricto de la palabra, puede decirse que es un relato formado por una serie de cuadros que reflejan de manera progresiva la toma de conciencia del pueblo palestino, el resurgir de su personalidad.

La obra gira en torno a dos personajes: el escritor y Um Sa'ad. El primero representa al intelectual, la segunda a la clase trabajadora, y en la relación estrecha que los une, ha querido mostrar Kanafani la necesaria acción recíproca, en todo movimiento revolucionario, entre la teoría y la praxis.

Aunque personaje vivo de carne y hueso, Um Sa'ad es un símbolo. Simboliza a la vez a la mujer trabajadora y a la tierra, a Palestina. Kanafani la describe como una mujer casi gigantesca, una especie de titán dotado de una fuerza sobrehumana, una deidad telúrica: Gea, Pachamama, Obá.

En Um Sa'ad, el hombre palestino se transforma, recupera su dignidad, pasa de su situación miserable de refugiado a la de ser humano dueño de su destino.

Gracias a la acción de su hijo Sa'ad, la madre recupera su dignidad, soporta la vida miserable del campo porque confía, tiene esperanza en el futuro; simbólico es su cambio de amuleto. El padre que empezaba a beber y a maltratar a su mujer –Um Sa'ad- también se transforma por la acción del hijo mayor, la voluntad de acción de hijo menor y de los demás muchachos del campo, se siente

renacer, recupera su dignidad perdida; la vieja escopeta de la guerra de 1948 se transforma en el nuevo Klachinkov.

Terreno abonado para la resistencia, los campos de refugiados se transforman en un venero de combatientes. Se asiste el resurgir del nuevo hombre palestino.

Todo aquí cambia, se transforma, los seres, los objetos que toman un nuevo sentido, otra dimensión, porque se perciben con otra mirada, con una nueva conciencia. La transformación del presente hace que también se transforme el pasado, que éste se rememore de otra manera.

Hasta las cosas que parecían muertas, reviven, cobran vida. El sarmiento seco que Um Sa'ad había plantado una mañana, hacia tiempo, delante de la casa del escritor, revive, florece, anuncia con sus brotes verdes un futuro de esperanza.

María-Rosa de Madariaga

París, diciembre de 1986.

BIBLIOGRAFIA

Bhuri-ben Rjeb, Rafika: La novela en Gassan Kanafani (en árabe), primera edición. Editorial At-Takaddum, Túnez, julio de 1982.

Kanafani, Gassan: Obras completas (en árabe), introducción de Ihsán Abbas, 2da. ed.. tomo I, pp, 11-27, Fundación Cultural Gassan Kanafani, Editorial At-Talia, Beirut, Líbano, abril de 1980.

Le patrimoine culturel palestinien (en francés), obra colectiva. Véase en especial el estudio de Faisal Darak titulado "Le roman palestinien: reflet d'une réalité" ("La novela palestina: reflejo de una realidad") pp. 125-158, y dentro de este estudio, la parte dedicada a Gassan Kanafani, pp. 138–146, Editorial Le Sycomore, París, 1980.

Shu'un filastiniyya (Asuntos palestinos), N° 13, Beirut, Líbano, septiembre de 1972. Número especial dedicado en gran parte a la memoria de Gassan Kanafani. Contiene artículos de los autores siguientes: Lutfi Al-July, Ihsán Abbas, Bilal Al-Hasam. Ahmad Jalifa y Elias Juri, pp. 138-180, y de Fadel Al-Naquib y F. Al-Mansur, pp. 192-221.

HOMBRES EN EL SOL

A Anni H. Kanafani
G.

ABU KAIS

Boca abajo, con el pecho pegado a la tierra húmeda, Abu Kais[1] la sentía palpitar bajo su cuerpo. Eran los latidos de un corazón cansado. Todo se fundía en un solo palpitar, desde la más pequeña partícula de arena hasta la parte más recóndita de su ser. Siempre que pegaba el cuerpo a la tierra, sentía el mismo latido. Era el corazón de la tierra que, desde lo más profundo de sus entrañas, pugnaba por abrirse un camino en busca de la luz. Hacía tiempo que había sentido ese latido por vez primera, allá en Palestina. Hasta se lo había dicho un día a su vecino, con el que labraba a medias el mismo campo, en aquella tierra que había abandonado hacía diez años. Su vecino se había burlado de él:

-Eso que oyes son los latidos de tu propio corazón.

¡Tonterías! ¿Y el olor, entonces?. Ese olor que cuando respiraba le fluía por la frente y se desparramaba, adormecedor, por todas sus venas. Era el mismo olor que exhalaban los cabellos de su mujer cuando salía del baño, el mismo, el olor de una mujer con el cuerpo chorreando agua fría y los cabellos mojados sobre el rostro. ¿Y los latidos? Lo mismo que cuando se recoge, con las manos llenas de ternura, un pajarillo abandonado.

"La tierra está húmeda –pensó-, será por la lluvia de ayer. Pero no, ayer no había llovido. No era posible que lloviera con un cielo así. ¿Has olvidado donde estás? ¿Lo has olvidado? Aquí sólo hay calor y polvo". Se dio vuelta boca arriba. Con la cabeza entre las manos, contempló la claridad cegadora del cielo. Un solitario pájaro negro revoloteaba en lo alto sin rumbo fijo. De pronto, sin saber por qué, lo invadió un sentimiento de nostalgia teñido de amargura. Poe un momento sintió ganas de echarse a llorar. Pero no, ayer no había llovido. Estamos en agosto, ¿lo has olvidado?. Y ese camino que se pierde en el desierto,

[1] Literalmente, "padre de Kais". En los países árabes de Oriente Medio, (Siria, Líbano, Palestina, etcétera...) es tradicional llamar a las personas casadas y con hijos, no por el nombre que les dieron al nacer sino con el apodo de "padre de"... seguido del nombre del hijo primogénito. Así, por ejemplo, a un señor que se llamare Sa'id y cuyo hijo primogénito respondiera el nombre de Jaled, nadie le llamará Sa'id sino "padre de Jaled" (Abu Jaled). Lo mismo cabe decir respecto de las mujeres. Si la esposa del anterior se llamara Leila, nadie la llamará por ese nombre sino por el de "madre de Jaled" (Um Jaled). En caso de que el primogénito sea mujer, entonces se acudirá al nombre del hijo varón que la sigue, o las sigue si hay varias mujeres. De no haber hijo varón (lo cual sería bastante dramático, sobre todo para las clases populares), se recurre a un subterfugio consiste en llamar a ambos esposos con el apelativo de Abu para el marido, y de Um para la mujer, seguidos del nombre del padre del esposo o el del propio esposo, pues si el hijo varón imaginario hubiera llegado a nacer seria probable que llevara el nombre del abuelo paterno o bien el de su propio padre.

Este tratamiento revela respeto y deferencia, y sería incorrecto no utilizarlo, incluso para dirigirse a las personas más allegadas. Es de uso general entre las clases populares y entre la pequeña burguesía media tradicionales. En las familias occidentalizadas, especialmente entre las jóvenes, se utiliza menos.

negro como la eternidad, ¿lo has olvidado? El pájaro aún revoloteaba solitario, como un punto negro perdido en la radiante inmensidad. Estamos en agosto. Pero entonces, ¿por qué esa humedad en la tierra? Claro, era el Chott. ¿No ves cómo se extiende hasta donde alcanza la vista? "Allí se unen los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates, para formar un solo río cuyo nombre es el Chott el Arab, el cual corre desde poco antes de Basora hasta..."

El maestro Selim: delgado, ya viejo, con el pelo blanco. Por décima vez repetía con voz estentórea la misma frase al niño que estaba de pie junto al pizarrón. En aquel preciso momento, pasaba él por delante de la escuela del pueblo y se subió encima de una piedra para mirar furtivamente por la ventana. El maestro Selim de pie frente al alumno, declamaba mientras esgrimía el bastón: "Allí se unen los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates..." El niño temblaba de miedo. De pronto, estallaron risas entre los demás niños de la clase. Alargó la mano y dio en la cabeza un manotazo a uno de los que en aquel momento había levantado la vista y lo había sorprendido mirando por la ventana.

-¿Qué pasa?

El niño, muerto de risa, musitó:

-Ese bobo.

Se bajó de la piedra y siguió su camino. Hasta él llegaba la voz del maestro Selim que repetía en forma incansable: "Allí se unen los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates..."

Aquella noche vio al maestro Selim sentado en el salón del alcalde fumando su narguilé[2]. Lo habían enviado de Jaifa para que enseñara a los chicos del pueblo. Hacía tanto de eso que para todos "maestro Selim" era dos palabras inseparables. Esa noche en el salón del alcalde, alguien le había preguntado:

-¿Presidirán la plegara del viernes, no?

El maestro Selim había respondido llanamente:

-Nada de eso, soy maestro de escuela, no imán.

El alcalde había dicho entonces:

-¿Y qué diferencia hay? Nuestro maestro de antes era imán.

-Porque enseñaba en la escuela coránica, pero yo soy maestro de escuela.

El alcalde insistió:

-¿Y qué diferencia hay?

---

[2] Palabra de origen persa para designar la pipa oriental provista de un tubo largo y flexible que comunica con un recipiente de agua perfumada a través del cual pasa el humo antes de llegar a la boca del que fuma. Esta pipa, cuyo uso está difundido en Irán, Afganistán, repúblicas meridionales de la Unión Soviética, Turquía y países antaño sometidos al Imperio Otomano (incluida África del Norte, excepto Marruecos), puede fumarse de forma individual o colectiva. En el texto árabe, no dice en realidad "fumando su narguilé", signo literalmente "haciendo rugidos (o gruñidos) de tripas (karkara) con su narguilé", o bien, "produciendo un gorgoteo con su narguilé". Este verbo onomatopéyico (karkara) puede compararse al español gorgotear (de gorgor) o a la palabra gárgara (de la onomatopeya garg) y expresa con acierto el ruido que produce el agua en el recipiente cuando se aspira el humo.

El maestro Selim no respondió. Detrás de sus anteojos, su mirada recorrió los rostros de los presentes como para implorar socorro. Pero sobre ese asunto, las ideas e los demás eran tan confusas como las del alcalde.

Hubo un largo silencio. Después de su ligero carraspear, al maestro Selim dijo con voz pausada:

-Pero, ¡si no sé rezar!

-¿Qué no sabes?

En la asamblea se oyeron gruñidos de reprobación. El maestro Selim insistió:

-No, no sé.

Los presentes se miraron unos a otros estupefactos. Luego, todas las miradas confluyeron en el alcalde, que sintió que no tenía mas remedio que decir algo:

-Entonces, ¿qué sabes hacer?

El maestro Selim se levantó con gesto rápido como si esperara aquella pregunta:

-Muchas cosas. Por ejemplo, sé disparar un arma.

Al llegar a la puerta, se volvió. Su enjuto rostro temblaba.

-Si atacan, despiértenme. Puedo serles útil.

Así que entonces ese era el famoso Chott de que tanto hablara el maestro Selim hacía diez años. Allí lo tenía, a miles de kilómetros de la aldea y de la escuela, después de miles de días... ¡Que Dios te bendiga, maestro Selim! ¡Que Dios te bendiga! Qué suerte tuviste de que Dios te llevara de este mundo justamente la noche antes de que nuestra pobre aldea cayera en manos de los judíos. Precisamente la noche antes. ¡Dios mío! ¿Habrá mayor don del cielo que ese? Es de verdad que los hombres del pueblo no pudieron enterrarte ni rendirte su último homenaje. Pero, de todos modos, te quedaste, te quedaste allí. Te libraste del oprobio y la miseria, te salvaste en la vejez de la vergüenza. ¡Que Dios te bendiga, maestro Selim! ¿Ves?, si no te hubieras muerto, habrías vivido como yo, hundido en la miseria. ¿Habrías hecho lo que hago yo ahora? ¿Aceptarías con todo el peso de los años en las espaldas huir a Kuwait a través del desierto por un pedazo de pan?.

Volvió a ponerse boca abajo. Apoyado en los codos, contemplaba el gran río como si lo viera por primera vez. Así que entonces este es el Chott el Arab: "Un gran río por el que van los barcos cargados de dátiles y de paja, como una carretera que atravesara el país con muchos coches..."

Eso era lo que le había respondido de un tirón su hijo Kais cuando le había preguntado aquella noche:

-¿Qué es el Chott el Arab?

Se había propuesto que le preguntaría a su hijo la lección para comprobar

si se la sabía y Kais, después de soltar la respuesta sin titubear, había añadido:

-Te vi hoy mirar por la ventana de la clase...

Se volvió hacia su mujer que he había echado a reír. Un poco avergonzado trató de reponerse.

-Eso ya lo sabía de antes.

-¡Qué va! ¡Qué los ibas a saber!, lo aprendiste hoy cuando mirabas por la ventana.

-Bueno, ¿y qué? ¿Qué importa que lo sepa o lo deje de saber?, después de todo, tampoco es el fin del mundo.

Su mujer lo miraba de reojo. Después dijo a su hijo:

-Anda, vete a jugar al cuarto de al lado... -Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, se volvió a su marido-: No le hables así al niño. Está tan contento de haber aprendido eso y vienes tú y se lo estropeas.

Se levanto y acercándose a ella le puso la mano en el vientre y susurró:

-¿Para cuando?

-Dentro de siete meses.

-¡Uf!

-Esta vez tiene que ser una niña...

-No, no, un varón, un varón.

Pero tuvo una niña. Se llamó Hasna y murió a los dos meses de nacida. El médico había dicho con un gesto melindroso: "Era demasiado esmirriada". Eso fue un mes después de haberse ido del pueblo, en una vieja casa de otra aldea, lejos del campo de batalla.

-Abu Kais, siento que voy a parir.

-Bueno, bueno, cálmate.

Se dijo para sus adentros: "¿Pero esta mujer no podría seguir preñada cien meses más? ¡Mira que no es éste el momento para ponerse a parir!".

-¡Por amor de Dios!

-¿Qué? ¿Qué pasa?

-Voy a parir.

-¿Llamo a alguien!

-A Um Omar.

-Pero, ¿dónde la voy a encontrar ahora?

-Dame esa almohada.

-¿Pero dónde la voy a encontrar a Um Omar?

-Por amor de Dios, levántame un poco. Déjame que me apoye contra la pared.

-No te muevas, voy a buscar a Um Omar.

-Date prisa, pronto. ¡Por todos los cielos!.

Se apresuró a salir en busca de la partera. Apenas había cerrado la puerta tras de sí cuando a sus oídos llegó un berrido: era el recién nacido. Volvió sobre

sus pasos y pegó la oreja a la puerta de madera.
El Chott se mecía entre rumores. Los marineros se llamaban a gritos unos a otros, el cielo resplandecía y el pájaro negro aún revoloteaba sin rumbo fijo.

Se levantó, se sacudió al traje impregnado de tierra y miró el río. Nunca como en aquel momento se sintió tan extraño y tan insignificante. Se pasó la mano por la áspera barbilla y entonces todas las ideas que se agolpaban en su cabeza como un ejército de hormigas, empezaron a agitarse.

Al otro lado del Chott, tan sólo al otro lado, se encuentra todo lo que te quitaron. En Kuwait. Lo que viviste con la imaginación, como en un sueño, existe allí... Seguro que allí tenía que haber algo de todo lo que se había imaginado. Habría piedras, tierra, agua y cielo y puede que hasta alguna cosa más de lo que vagaba por su mente atormentada. Seguro que había calles y avenidas y hombres y mujeres, y también niños que correteaban entre los árboles. Pero no, su amigo Sa'ad, que había emigrado allí y después de trabajar de chofer había vuelto con los bolsillos forrados de dinero, le había dicho que allí no había árboles. Los árboles sólo existen en tu cabeza, Abu Kais, en tu cansada cabeza de anciano, Abu Kais. Diez árboles bien nudosos que todos los años daban en el otoño las mejores aceitunas del mundo. En Kuwait no había árboles. Lo había dicho Sa'ad y a Sa'ad hay que creerle porque sabe más que tú aunque sea más joven. Todos saben más que tú. Todos.

Diez años habían pasado, diez años en los que no hiciste otra cosa más que esperar. Tuviste que esperar diez largos años de miseria para darte cuenta de que perdiste todo: tus árboles, tu casa, tu juventud, tu aldea... En ese tiempo, los demás siguieron su camino, mientras que tú te quedaste como un perro viejo, sentado sobre las patas traseras y metido en un tugurio. ¿Qué es lo que esperabas entonces? ¿Que la fortuna te cayera del cielo sin moverte de tu casa? ¿Tú casa? ¿Pero desde cuándo es tu casa? Un hombre generoso te dijo un día: "Ven a vivir aquí". Eso es todo. Y después de un año, te pidió que le cedieras la mitad de la habitación. De pronto, te encontraste con gente extraña bajo el mismo techo, con sólo una andrajosa cortina de harpillera, de por medio. Pero seguiste allí como un perro viejo sentado sobre las patas traseras hasta que llegó Sa'ad y te sacudió como el que bate leche para hacer mantequilla.

-Si consigues llegar al Chott, pasar a Kuwait no es difícil. Basora está llena de "pasadores". Te pasarán clandestinamente a través del desierto. ¿Por qué no te vas?.

La mujer escuchaba en silencio mirando ora a uno, ora a otro y después volvía a mecer al niño.

-Es una aventura que Dios sabe cómo terminará.

-¿Qué Dios sabe cómo terminará? ¡Ah! ¡Ah! ¡que Dios sabe cómo terminará! ¡Ah! ¡Ah!.

Después se volvió hacia la mujer:

-¿Has oído lo que ha dicho tu marido? ¡Que Dios sabe cómo terminará!

¡Como si la vida fuera un manjar! ¿Por qué no se aventura como los demás? ¿O es que acaso se cree mejor?

Ella no levantaba la vista y él deseaba que no lo hiciera. El otro seguía perorando:

-¿Te gusta la vida que llevas aquí? ¡Hace diez años que vives como un mendigo! ¡Vergüenza habría que darte! Y tú hijo Kais, ¿cuándo va a volver de la escuela? Y el último crecerá, ¿Cómo lo vas a mirar a la cara si no has...?

-Ya está bien, ¡basta!.

-No, no basta, ¡vergüenza habría de darte! Tienes a tu cargo una familia. ¿Por qué no te vas? –Mirándola a ella-: Y tú, ¿qué dices?

La mujer permanecía silenciosa. Él pensaba para sus adentros: "Mañana, el pequeño crecerá..."

-El camino es largo y ya soy viejo. No puedo irme como vosotros. Podría encontrar la muerte...

Se hizo el silencio en la habitación. La mujer aún mecía al niño. Sa'ad dejó de insistir, pero su voz, terca, obstinada, tenaz, le martillaba en el cerebro y lo sentía a punto de estallar:

-¿La muerte? ¡Vamos! ¿Quién te dijo que eso no era mejor que la vida que llevas? Hace diez años que esperas volver junto a los diez olivos que tenías en el pueblo... Tu pueblo, ¡eh!

Se volvió a su mujer:

-¿Qué piensas tú, Um Kais[3]?

Ella lo miró y contestó en un susurro:

-Lo que tú pienses.

-Podremos volver a mandar a Kais a la escuela.

-Sí.

-Podremos comprar uno o dos pies de olivo.

-Claro que sí.

-Y hasta quizás podamos construir una habitación en algún sitio...

-Sí.

-Si consigo llegar, si llego...

La miró. Sabía que estaba a punto de echarse a llorar: el labio inferior le temblaba ligeramente y después un lágrima, una sola, se le hinchaba poco a poco hasta caerle sobre la mejilla morena y arrugada. Quiso decir, algo pero no pudo. También las lágrimas asomaron a sus ojos. Sentía un nudo en la garganta...

Un nudo como el que le apretaba cuando entró en la tienda del hombre gordo que hacía pasar a los clandestinos desde Basora a Kuwait. Allí estaba delante de él

[3] Ver nota 1.

con todo el peso de la esperanza y la humillación a cuestas, sobre sus hombros de anciano. Era tan absoluto el silencio que hasta vibraba.

-El viaje es difícil. Te lo advierto. Serán quince dinares.

-¿Me aseguras que llegaré sano y salvo?

-¡Claro que llegarás sano y salvo! Pero lo pasarás algo mal, ¿sabes?, estamos en agosto, hace mucho calor y en el desierto no hay sombra. Pero llegarás.

El nudo le apretaba aún la garganta, pero sentía que no podía esperar más, que tenía que decirlo entonces o ya no lo diría nunca:

-He recorrido miles de kilómetros para llegar a ti. Me envía Sa'ad. ¿no te acuerdas de él? No tengo más que quince dinares, ¿qué te parece si te doy diez y me quedo con el resto?

El hombre gordo lo cortó en seco:

-Mira, ¿eh?, aquí no estamos para bromas. ¿No te dijo tu amigo que aquí el precio es fijo y que no se regatea? ¿No sabes que el guía arriesga su vida por ustedes?

-Y nosotros. ¿no arriesgamos también la nuestra?

-¡Pero si yo no te obligo!

-¿Diez dinares?

-Quince dinares, ¿o es que no me oyes?

Hubiera querido continuar, pero no podía. El hombre gordo sudaba a mares y, desde su silla, lo miraba de hito en hito con los ojos muy abiertos. Quería que dejara de mirarlo así. Aquella mirada le hacía daño, no podía soportarla. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Las sentía brotar, ardientes, como un manantial que desde las entradas le fluyera hasta anegarlo en llanto. Hubiera querido decir algo, pero no podía. Se volvió y salió a la calle. A su alrededor todo flotaba tras un velo húmedo de lágrimas contenidas. Otra vez el presente: el río que se fundía con el cielo allá en el horizonte, la claridad radiante, infinita. De nuevo sentía la tierra húmeda palpitar bajo su pecho. Y aquel olor que le fluía por todas las venas y lo anegaba como un torrente.

AS'AD

As'Ad Permanecía de pie ante el hombre gordo que hacía pasar clandestinos desde Basora a Kuwait.

-Está bien, te daré quince dinares, pero cuando haya llegado, no antes.

Por encima de las mejillas, los ojillos del hombre gordo lo observaban, fijos. Después preguntó con un tono estúpido.

-¿Por qué?

-¿Por qué? ¡Ah!, porque tú guía se escabullirá antes de que hayamos recorrido la mitad del camino. De acuerdo con los quince dinares, pero a la llegada, no antes.

El hombre plegaba los papeles amarillos que tenía ante sí y después dijo con voz melíflua:

-Yo no te obligo a nada, no te obligo.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Pues que si no te agradan mis condiciones, no tienes más que volverte, dar tres pasos y te encontrarás en el camino.

¡El camino! ¿Habría todavía camino en este mundo, caminos, que no hubiera regado día tras día con el sudor de su frente? Todos decían lo mismo: te encontrarás en el camino. Eso era lo que había dicho aquel Abdulabd que había comprometido pasarlo desde Jordania a Irak.

-No tienes más que dar la vuelta a H4[4]. No importa si te adentras un poco en el desierto. Eres joven y puedes soportar el calor. Después vuelves a salir a la carretera y me encontrarás allí.

-Pero eso no entraba en el trato. Cuando estábamos en Ammán, quedamos en que me llevarías a Bagdad y te di veinte dinares contantes y sonantes. De esa historia de que había que dar la vuelta a H4 nunca me habías hablado.

Abdulabd golpeó con la mano la aleta del camión cubierto de polvo. Las marcas de los dedos dejaron ver el calor rojo vivo. El camión de Abdulabd estaba parqueado junto a la casa, cerca de Yerbel Ammán. Recordaba perfectamente el trato que habían hecho.

-Será difícil. Si me agarran contigo, me meterán en la cárcel. Pero no importa. Te haré ese gran favor porque conocí a tu padre, que en paz descanse. Luchamos juntos en Ramlah[5] hace diez años...

---

[4] Literalmente pronunciado a la inglesa eich for (H4). Estación de bombeo en el oleoducto de la Irak Petroleum Company que iba hasta Haifa. La H corresponde a Haifa y los números, a las distintas estaciones: tres en Irak (H1, H2, H3), dos en Jordania (H4 y H5). La estación H4 coincide con el puesto fronterizo de Jordania con Irak.

[5] Ramlah, ciudad palestina situada en el actual Estado de Israel, al sudeste de Tel-Aviv, entre Cisjordania y el mar.

Después permaneció silencioso por breves instantes. Su camisa azul chorreaba sudor y el rostro anguloso le daba a As'ad la impresión de tener ante sí a uno de esos hombres para quienes el hacer milagros era uno de los deberes de un padre de familia.

-Te cobraré veinte dinares y te encontrarás en Bagdad.

-¿Veinte dinares?

-Sí, veinte dinares. Y además tendrás que ayudarme durante el viaje. Saldremos pasado mañana. Tengo que transportar el coche de un ricachón de Bagdad que pasó parte del verano en Ramallah[6] y quiso volver en avión.

-Pero... ¿veinte dinares?

Abdulabd lo miró fijamente y después remachó:

-Te salvo la vida por veinte dinares. ¿Crees que vas a poder pasarte aquí toda la vida escondido? Mañana mismo pueden detenerte...

-¿Pero dónde?, ¿dónde voy a encontrar veinte dinares?

-Pídelos prestados, pídelos prestados, cualquiera te prestará veinte dinares si sabe que te vas a Kuwait.

-¿Veinte dinares?

-Veinte, veinte.

-¿Hasta Bagdad?

-Directo

Pero le mintió. Se aprovechó de su ingenuidad de su ignorancia y lo engañó. Lo hizo bajar del camión después de un viaje en plena canícula, le dijo que tenía que dar la vuelta a H4 para evitar la policía de fronteras, pero que volvería a encontrarlo en la carretera.

-Pero si no conozco la región. ¿Quieres decir, si he entendido bien, tendré que caminar toda esa distancia alrededor de H4 con este calor?

Abdulabd golpeó de nuevo la aleta polvorienta de su camión. Estaban los dos completamente solos en medio del desierto, a una milla de H4.

-Pero. ¿qué te crees? Tu nombre está en la lista de todos los puestos fronterizos. Si me ven contigo, un conspirador sin pasaporte ni visado, ¿qué crees tú que pasará? ¡Anda, basta ya de caprichos! Eres fuerte como un toro y te conviene mover un poco las piernas. Nos volveremos encontrar en la carretera después de pasar H4.

Todos hablaban de caminos. Decían: "estás en el buen camino", pero eran los primeros en no saber nada de caminos como no fuera el asfalto negro y los contenes. Como el hombre gordo de Basora, el "pasador", que también repetía la misma historia.

-¿Es que no me oyes? Tengo mucho que hacer. Ya te lo dije: son quince dinares y te dejo en Kuwait. Bueno, tendrás que caminar un poco, pero

---

[6.] Ramallah, ciudad de Jordania, situada al norte de Jerusalén, en Cisjordania del sur, e incorporada a los territorios ocupados por Israel después de la guerra de junio de 1967.

eso no te hará daño, eres joven y robusto.

-Pero, ¿por qué no me escuchas tú a mí? Te dije que te pagaría cuando llegáramos a Kuwait.

-Llegarás, llegarás.

-¿Cómo?

-Te juro por mi honor que llegarás a Kuwait.

-¿Por tu honor?

-Te juro por mi honor que te encontraré detrás de H4. No tienes más que dar la vuelta a esa zona maldita y me encontrarás esperándote.

Dio una gran vuelta en torno a H4. El sol pegaba en la cabeza como puro fuego. Mientras escalaba aquellas lomas amarillas tenía la sensación de encontrarse completamente solo en el mundo. Arrastraba los pies en la arena como sí, después de haber tirado de una gran barca en la playa, las piernas se le hubieran vaciado de toda su sustancia. Atravesó terrenos rocoso, pardos, semejantes a cascos de metralla; escaló dunas bajas con cimas chatas de tierra amarilla, fina como la harina. ¡Ah!, ¿si me hubieran llevado al campo de concentración de Yafr en el desierto, no sería menos penoso que esto? ¡Tonterías! El desierto es el mismo en todos los sitios. Se envolvía la cabeza en una keffie[7] que le había dado Abdulabd, pero de nada le servía contra los rayos candentes del sol. Por un momento pensó que hasta la keffie iba a arder en llamas. El horizontes se confundía en una amalgama de líneas anaranjadas... Pero decidió seguir caminando con firmeza e incluso cuando la tierra se transformó en hojas brillantes de papel amarillo, no aminoró el paso.

De pronto, las hojas amarillas empezaron a volar y se agachó para recogerlas.

-Gracias, gracias. Este maldito ventilador ha hecho volar las hojas, pero sin él no se puede respirar. ¡Ah!, ¿qué has decidido por fin?

-¿Estás seguro de que el guía que mandes con nosotros no huirá?

-¿Pero cómo va a huir, especie de imbécil? Serán más de diez, así que no veo cómo va a poder escapar de ustedes.

-¿Y hasta dónde nos llevará?

---

[7] La kaffiyeh o la kuffiyeh (posiblemente en latín tardío del siglo VI), cofea (del español cofía), y éste a su vez del germánico kufia (casco). Pañuelo de tela de fondo blanco con cuadritos entretejidos rojos o negros, que se pliega en triángulo y se sujeta en la cabeza con el agal (ikkal), cordón originalmente de pelo de camello o de cabra y que hoy suele hacerse con hilos de algodón o de seda. En algunos países de Arabia Saudita y los Emiratos del Golfo Arábigo, los príncipes y los ricos pueden llevar el agal hecho con hilos de oro. En los países del Golfo y de Arabia Saudita, la keffie se llama gutra. En los países del Golfo es siempre blanca o crema en Arabia de este mismo color, en verano, sino, de cuadritos rojos o negros. La keffie de cuadritos rojos está más extendida entre las poblaciones del desierto (Jordania, Siria), mientras que los campesinos sedentarios de Palestina, Siria, Líbano, etcétera, la llevan sobre todo de cuadritos negros y sin el agal, sencillamente cruzada debajo de la barbilla y con las puntas vueltas hacia atrás. Hay que señalar que la keffie o la gutra es un tocado exclusivamente masculino.

-Hasta el camino de Yahra, detrás de Mitla. Allí estarán en Kuwait.

-¿Tendremos que caminar mucho?

-Unas seis o siete horas.

Después de andar cuatro horas, llegó a la carretera detrás de H4. El sol se había ocultado tras las colinas, pero la cabeza le seguía ardiendo hasta tener la sensación de que le manaba sangre de la frente. Se sentó en una piedra y miró a lo lejos la carretera que se extendía como una raya recta y oscura. En su cabeza aturdida latían miles de ruidos confusos. Pensó que divisar en el extremo de la carretera un camión rojo sería algo absurdo, mera ilusión. Se puso en pie y volvió a escudriñar el camino. No conseguía ver con claridad. ¿Era la luz del crepúsculo o el sudor que le velaba los ojos? La cabeza le zumbaba como un enjambre de abejas. En un arranque, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-Abdulabd, ¡maldito sea tu padre!, ¡maldita sea tu raza!.

-¿Qué dices?

-¿Yo? Nada, nada. ¡Para cuándo es el viaje?

-Cuando sean diez, ¿sabes? No podemos mandar un guía por cada uno. Así es que hay que esperar a que sean diez. ¿Me das el dinero ahora mismo?

Apretaba con fuerza el dinero que tenía en el bolsillo, mientras pensaba. "Podré devolverlo en menos de un mes. En Kuwait se hace dinero en un abrir y cerrar de ojos".

-No te hagas demasiadas ilusiones. Antes que tú se fueron cientos que volvieron sin un céntimo. Pero no importa, te daré los cincuenta dinares que me pediste. Quiero que sepas que eso representa el trabajo de toda una vida...

-Entonces, ¿por qué me los das si estás seguro de que no te los voy a devolver?

-Sabes muy bien por qué, ¿no? Quiero que empieces a abrirte camino aunque sea en el infierno para que después puedas casarte con Nada. No puedo pensar que mi pobre hija tenga que seguir esperándote por más tiempo. ¿Comprendes?

Sintió que la humillación le ponía un nudo en la garganta. Hubiera deseado arrojarle a la cara con violencia y desprecio los cincuenta dinares. ¡Casarlo con Nada! Pero, ¿quién le había dicho que quería casarse con ella? Sólo porque habían nacido los dos el mismo día y sus padres habían leído juntos Al-Fatiha.[8] Para su tío aquello era el destino. Ya había rechazado cientos de pretendientes a la mano de su hija pues le decía que estaba prometida. ¡Qué diablos!, ¿quién le había dicho que quería casarse con ella? ¿Quién le había dicho que tuviera intenciones de casarse alguna vez? Y, ahora, se lo recordaba de nuevo. Quería comprarlo para su hija, como el que compra

---

[8] Primera sura del Corán que se recita en ocasiones solemnes, tales como nacimientos, muertes, etcétera...

un saco de estiércol para el campo. Inmóvil en su sitio, apretaba el dinero en el bolsillo, lo palpaba, lo sentía suave, caliente, como si tuviera allí las llaves de su destino. Si se dejaba llevar por la ira que lo dominaba y devolvía el dinero a su tío, ¿cómo iba a arreglárselas para volver a encontrar esa cantidad?.

Intentó apaciguar su cólera y apretó los dientes con fuerza. La mano, en el bolsillo del pantalón, agarraba el dinero. Al cabo de un momento, logró reponerse:

-No, nada de eso. Te daré el dinero cuando todo esté listo para el viaje. Pasaré a verte todos los días... Vivo en una fonda muy cerca de aquí.

El hombre gordo esbozó una sonrisa y después estalló en una estrepitosa carcajada.

-Será mejor que no pierdas el tiempo, hijo mío. Todos los “pasadores” cobran lo mismo. En eso, estamos todos de acuerdo, así que no te canses. De todas maneras, puedes quedarte con el dinero hasta que le viaje esté listo. Eres libre..., ¿cómo se llama el hotel donde te hospedas?

-Hotel El Chott.

-¡Ah!, el hotel de las ratas.

Una rata saltó en la carretera. Sus ojitos brillaban a la luz de los faros. La joven rubia le dice a su marido, que conduce absorto:

-¡Un zorro!, ¿has visto?

El marido, un extranjero, rió:

-¡Ah, qué mujeres éstas! Hasta las ratas, hacen zorros.

Lo recogieron en el momento que el sol acababa de ponerse. Tiritaba de frío. Les había hecho una señal con la mano y el hombre detuvo el auto. Pegó la cara a la ventanilla y la mujer, asustada, tuvo miedo de él. Intentó recordar el inglés que había aprendido:

-Mi amigo tuvo que volver a H4 con el auto y me ha dejado...

El hombre no lo dejó continuar:

-¡Vamos, no mientas! Eres un clandestino. A mi tanto me da. Sube, te llevaré hasta Baakuba.

El asiento de atrás era cómodo. La mujer le dio una manta para que se cubriera, pero aún tiritaba. No sabía sí de frío, de miedo, o de fatiga.

El hombre preguntó:

-¿Has caminado mucho?

-No sé. Quizás cuatro horas.

-El guía te dejó plantado, ¿no es eso? Siempre hacen igual.

La mujer se volvió hacia atrás y preguntó:

-¿Por qué huyen todos de aquí?

Respondió el hombre:

-Es una historia larga de contar. Dime, ¿sabes conducir?

-Sí.

-Podrás conducir en mi lugar cuando hayas descansado algo. Puedo ayudarte a cruzar la frontera iraquí. Llegaremos allí a las dos de la mañana... a esa hora todos duermen.

Se sentía aturdido, incapaz de fijar la atención en un solo objeto.

Perdido en aquel aluvión de preguntas, no sabía ya ni por dónde empezar.

Intentó dormir un poco, aunque sólo fuera media hora.

-¿De dónde eres?

-De Palestina, de Ramlah.

-¡Ah!, Ramlah está lejos de aquí... Hace dos semanas estuve en Saida. ¿Conoces ese lugar? Me detuve allí un momento, un muchachito se me acercó y me dijo, en inglés, que su casa quedaba del otro lado de las líneas, detrás de las alambradas.

-¿Eres funcionario?

-¿Funcionario? ¡Por Dios! Ni el mismísimo diablo en persona se metería a eso. No, amigo mío, soy turista.

-Mira, mira, otro zorro. ¿No viste cómo le relucían los ojos?

-No, querida, es una rata. ¿Por qué te empeñas en que sea un zorro?

-¿Oíste lo que pasó hace poco cerca de Saida?

-No, ¿qué pasó?

-¡Ni el mismísimo diablo sabe lo que pasó! ¿Te vas a quedar en Bagdad?

-No.

-¡Uf! Este desierto está plagado de ratas. ¿Qué comerán?

El marido respondió con calma:

-Otras ratas más pequeñas.

La muchacha exclamó:

-¿De verdad? ¡Qué cosa más horrible! Las ratas son animales repugnantes.

El hombre gordo de Basora:

-Las ratas son repugnantes. ¿Cómo puedes dormir en ese hotel?

-Es barato

El hombre gordo se puso en pie, se le acercó y le pasó el brazo por el hombro:

-Pareces cansado, muchacho. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

-¿Yo?, nada de eso.

-Si estuvieras enfermo, avísame. Puedo ayudarte. Tengo muchos amigos médicos, pero no te preocupes, no te cobrarán nada.

-Gracias, estoy un poco cansado, eso es todo. ¿Tendremos que esperar

mucho para el viaje?

-No. Gracias a Dios son muchos. Dentro de dos días estarás en camino.

As'ad se volvió y se dirigió hacia la puerta. Todavía no había cruzado el umbral cuando a sus espaldas oyó al hombre gordo que soltaba una carcajada:

-¡Pero ten cuidado que las ratas no te coman antes del viaje!

MARWAN

Salió Marwán de la tienda del hombre gordo que hacía pasar a los clandestinos desde Basora a Kuwait y se encontró en la calle abovedada, llena de gente, de donde emanaba un olor a dátil y a cestos de mimbre. No sabía adónde ir. En la tienda se había desvanecido el último rayo de aquella esperanza que acariciaba desde hacía tiempo. Todo se había derrumbado allí dentro. Las palabras del hombre gordo, las últimas que había pronunciado, eran tajantes, definitivas, como ráfagas de plomo.

-Quince dinares, ¿o es que no me oyes?

-Pero...

-No, te lo ruego, ¿eh?, no empieces a lloriquear. Todos vienen aquí y después se ponen a gimotear como las viudas. Hermano, querido mío, nadie los obliga a venir. ¿Por qué no vas y preguntas a otro? Basora está repleta de "pasadores".

Bueno, iría y preguntaría a otro, pero Hasán que trabajaba en Kuwait desde hacía cuatro años, le había dicho que pasar de Basora a Kuwait sólo costaba cinco dinares por persona y ni un céntimo más. También le había dicho que cuando tratara con el "pasador" se mostrara más hombre y más decidido para que no lo engañara al verlo tan joven.

-Me dijeron que el precio era cinco dinares por persona.

-¿Cinco dinares? ¡Ja, ja, ja, eso sería antes de Adán y Eva! Hijo mío, vuélvete, da tres pasos y te encontrarás en la calle si no quieres que sea yo quien te ponga en ella.

Todo cuanto le quedaba en el bolsillo no pasaba de siete dinares. Poco antes pensaba que era rico; en cambio, ahora... ¿Lo tomaba por un niño? Se armó de todo su valor e intentó adoptar un tono resuelto:

-Si aceptas siete dinares puedes darte por contento, si no...

-Si no ¿qué?

-Si no, te denunciaré a la policía.

El hombre gordo se puso de pie y después de dar la vuelta alrededor de la mesa, se plantó ante él, resollando y empapado en sudor. Lo observó un instante, lo midió de pies a cabeza con la mirada, y luego alzó su pesada mano en el aire:

-¿Con que quieres denunciarme a la policía, eh?, hijo de p...

Descargó la pesada mano en la mejilla de Marwán y éste perdió la última palabra en el zumbido infernal que le traspasaba los oídos. Por un instante no pudo conservar el equilibrio y retrocedió dos paso mientras llegaba hasta él la voz del hombre gordo, ronca de ira:

-Lárgate y dile a la policía que te pequé... ¡Denunciarme a la policía...!

Permaneció en el mismo sitio un breve instante, sin moverse, lo suficiente para darse cuenta de lo vano que sería cualquier intento de recuperar su dignidad.

Mas bien sintió hasta los tuétanos que había cometido un error imperdonable. Se resignó a tragarse la humillación mientras la marca de los dedos le abrasaba la mejilla izquierda.

-¿Qué esperas ahí mirando?

Dio media vuelta y salió a la calle. Hasta él llegaba de plano el olor a dátil y a cestos de paja. ¿Qué iba a hacer ahora? Nunca había querido hacerse esa pregunta a sí mismo. Sin saber por que sentía una especie de satisfacción. ¿De dónde le vendría aquella sensación? Le hubiera gustado adivinar la causa. Era un sentimiento de euforia y de felicidad que no lograba separar de todos los sinsabores que se acumulaban en su pecho desde hacía media hora. Cuando fallaron todos sus intentos, se apoyó contra la pared y vio como la gente pasaba ante él sin volverse para mirarlo. Quizás fuera la primera vez que le sucedía una cosa así, encontrarse solo y extraño entre una muchedumbre como aquella.

Pero, ¿y aquél sentimiento difuso de gozo y de felicidad? Era la misma sensación que lo embargaba cuando, al terminar de ver una película sentía que la vida era grande e inmensa y que, como en el cine, llegaría a ser en el futuro de los que la viven a plenitud y gozan de toda la diversidad de cada hora, de cada instante. Pero, ¿por qué ahora esa sensación cuando desde hacía tiempo no veía ninguna película y además la chispa de esperanza que ardía en su corazón se había apagado hacía unos instantes en la tienda del hombre gordo? Nada, era inútil. Entre la decepción sufrida y el sentimiento de felicidad que invadía todo su ser, parecía alzarse un espeso velo que le impedía intuir lo que, sumido en el inconsciente, era la razón profunda de aquel sentimiento.

Decidió no estrujarse más el cerebro y seguir su camino. Se retiró de la pared y echó a andar entre la multitud, cuando sintió una mano que le daba una palmada en el hombro.

-No te pongas así que no es para tanto. ¿A dónde vas ahora?.

Un hombre alto había empezado a caminar a su lado con familiaridad. Al mirarlo, le pareció que ya lo había visto antes, en algún lugar. A pesar de ello, se alejó de él unos pasos y fijó en el desconocido una mirada interrogadora.

-Es un ladrón conocido, ¿quién te mando a él?

Después de titubear un poco, respondió:

-Todos vienen a él...

El hombre se le acercó y pasó su brazo a través del de Marwán como si lo conociera desde hacía tiempo.

-¿Quieres ir a Kuwait?

-¿Cómo lo sabes?

-Porque estaba de pie junto a la puerta de aquella tienda y te vi entrar y después salir... ¿Cómo te llamas?

-Marwán, ¿y tú?

-Me llaman Abuljaizarán.[9]

Por primera vez desde que lo viera, observó que su aspecto recordaba, en efecto, el de un junco. Era un hombre muy alto y esbelto, al tiempo que su cuello y sus manos daban una impresión de fuerza y robustez. Parecía como si, por alguna extraña razón, tuviera la facultad de plegarse en dos sin que por ello la columna vertebral ni los demás huesos se resistieran lo más mínimo.

-Bien, ¿qué quieres de mí?

Abuljaizarán fingió ignorar la pregunta:

-¿Por qué quieres ir a Kuwait?

-Quiero trabajar. Ya sabes cómo andan las cosas por aquí... Hace meses y meses que yo...

De pronto, calló y se detuvo. Ahora, sólo entonces, acababa de descubrir la razón de aquel sentimiento de alegría y de gozo que no había podido adivinar minutos antes. De pronto se abría ante sus ojos, o más bien se desplomaba por encanto, el muro de tinieblas que se interponía entre sus sentidos y su razón. Ahora lo veía todo con claridad. Era plenamente consciente, lúcido como nunca. Lo primero que había hecho por la mañana bien temprano había sido escribir una larga carta a su madre. Ahora se sentía aún más feliz porque aquella carta la había escrito antes de que fracasaran todas sus esperanzas en la tienda del hombre gordo y perdiera la alegría diáfana que había vertido en ella... Vivir algunas horas con su madre había sido algo maravilloso. Aquella mañana se había levantado muy temprano. El camarero había subido la cama a la azotea del hotel ya que con una canícula y una humedad así era imposible dormir en la habitación. Apenas salió el sol, abrió los ojos. El aire era tranquilo y delicioso y en el cielo azul revoloteaban palomas negras. Su aleteo se oía cada vez que describían un amplio círculo y rozaban con sus alas el piso de la azotea. El silencio era denso y profundo y el aire exhalaba un olor a humedad temprana y límpida. Echado boca arriba, extendió la mano hacia la pequeña maleta que había metido debajo de la cama, sacó un cuaderno y un lápiz y se puso a escribir una carta a su madre. Era lo mejor que había hecho desde hacía meses. Desde luego, nadie lo obligaba a ello, pero lo ansiaba con todas sus fuerzas. Su ánimo era puro y la carta era tan diáfana como el cielo en lo alto. No, sabía como se había atrevido a tratar a su padre de perro miserable. Pero no, no había querido tachar aquellas palabras; no quería tachar nada en toda la carta. No sólo porque su madre consideraba de mal agüero las palabras tachadas, sino porque tampoco él quería cambiar nada de cuanto había escrito.

[9] Literalmente "padre del junco". Además de las explicaciones que dimos en la nota 1. Ab y Um se unen a muchas palabras formando metonimias y expresiones metafóricas. Así, por ejemplo, Abulnaum, "padre del sueño", significa la adormidera; Abulyakdan, "padre del color amarillo", la ictericia. En el caso de Abuljaizarán, con este mote se expresa metafóricamente una cualidad de la persona a quien se nombra, es decir, su delgadez y su esbeltez (como el junco).

Por más que no detestaba a su padre tanto como eso. Era verdad que se había portado de manera repugnante, pero, ¿quién en su vida está libre de pecado? No es que no pudiera comprender su situación si fuera capaz de perdonarlo, pero, ¿podía él perdonarse a sí mismo ese crimen? "Te dejó con cuatro hijos... Te repudió sin ningún motivo para después casarse con esa mujer deforme. Cuando se dé cuenta un día de lo que hizo, no se lo perdonará a sí mismo. Yo no quiero odiar a nadie y, aunque quisiera, no podría, pero, ¿por qué hizo eso contigo? Ya sé que a ti no te gusta hablar de ello con ninguno de nosotros, lo sé, pero, ¿por qué crees que lo hizo?. Ahora todo ha pasado ya, se fue, y no tenemos esperanza de que vuelva con nosotros. Pero, ¿por qué hizo eso? Dime, ¿por qué? Yo te lo diré. Desde que dejamos de tener noticias de mi hermano Zacarías, todo cambió. Zacarías nos enviaba todos los meses de Kuwait unas doscientas rupias y con eso a mi padre le bastaba para tener algo de esa estabilidad con la que soñaba... pero cuando no hubo más noticias de Zacarías –esperamos que sea para bien- ¿qué crees tú que pensó él? Se dijo a sí mismo, o más bien nos dijo a todos nosotros, que la vida era algo curioso y extraño y que un hombre, cuando llega a viejo, es normal que quiera tener cierta estabilidad y no verse obligado a dar de comer a media docena de bocas. ¿No fue eso lo que dijo? Zacarías se fue, no hubo más noticias suyas. ¿Quién daría de comer a esas bocas? ¿Quién pagaría los estudios de Marwán?, ¿Quién compraría vestidos a May, y pan a Riad, a Salma y a Hasán? ¿Quién?.

"Era un pobre diablo. Tú lo sabes. Toda su ambición, toda, no era más que irse de la casa de adobe que ocupaba en el campo desde hacía diez años y vivir "bajo un techo de placa", como decía él. Luego, Zacarías se fue. Todas sus esperanzas se derrumbaron, sus sueños se desvanecieron, sus ambiciones se esfumaron. ¿Qué crees tú que iba a hacer entonces?

"Su viejo amigo, el padre de Shafika, le propuso que se casara con su hija: le dijo que era dueña de una casa de tres habitaciones, comprada con el dinero que una organización benéfica había recaudado para ella. El padre de Shafika sólo quería una cosa: quitarse de encima a su hija, buscarle un marido que cargara con ella. Shafika había perdido la pierna derecha en el bombardeo de Jaifa y el padre, con un pie en la sepultura, quería bajar a ella tranquilo sobre el porvenir de su hija, a la que todos rechazaban a causas de su pierna, amputada desde la cadera. Mi padre meditó el asunto y se dijo que si alquilaba dos habitaciones y ocupaba con su mujer impedida la tercera, entonces viviría lo que le quedaba de vida tranquilo, sin pasar necesidades, y, lo que era más importante aún, "bajo un techo de placa"."

-¿Quieres quedarte ahí parado hasta la eternidad?

Movió la cabeza y echó a andar. Abuljaizarán lo miraba con el rabillo del ojo y esbozaba una sonrisa que a Marwán se le antojó algo irónica.

-Estás muy pensativo, ¿qué té pasa? No hay que pensar tanto, Marwán.

Eres joven y la vida es larga.

Marwán se detuvo de nuevo, levantó la cabeza y lo miro de frente:

-Bueno y ahora dime de una vez qué es lo que quieres de mí.

Abuljaizarán siguió caminando como si tal cosa.

-Puedo pasarte a Kuwait.

-¿Cómo?

-Eso es asunto mío. Quieres ir a Kuwait, ¿no es eso? Pues aquí tienes al hombre que puede llevarte allí. ¿Qué más quieres?

-¿Cuánto me cobrarás?

-Eso no importa, es lo de menos.

-Sí que importa.

Rió Abuljaizarán con una amplia sonrisa y sus labios se entreabrieron dejando ver una hilera de dientes grandes y blancos.

-Te explicaré el asunto con toda franqueza. Yo, de todas maneras, tengo que ir a Kuwait y entonces me dije a mí mismo: ¿qué hay de malo en que te ganes un dinerillo si llevas a alguno de los que quieren pasar allí? ¿Cuánto puedes pagar?

-Cinco dinares.

-¿Sólo eso?

-No tengo más.

-Está bien, acepto.

Caminaba a grandes pasos con las manos hundidas en los bolsillos, mientras Marwán seguía detrás de él, trotando, para no perderlo entre la multitud. De pronto se detuvo, cruzó un dedo sobre los labios y dijo:

-Pero de esto, silencio, ni una palabra a nadie. Quiero decir que si le pido a otro diez dinares, no le vayas a decir que tú me diste sólo cinco.

-Pero, ¿cómo quieres que confíe en ti?

Reflexionó Abuljaizarán un instante y después con una ancha sonrisa, contestó:

-Tienes razón. Me darás el dinero en la plaza de Assafat en Kuwait, en el centro de la capital, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

-Pero necesitamos más viajeros y tienes que ayudarme a encontrarlos. Te pongo eso como condición.

-Conozco uno que se hospeda en la misma fonda que yo y que también quiere pasar a Kuwait.

-Estupendo. Yo conozco a otro. Es de tu misma aldea en Palestina. Lo encontré por casualidad hace unos días. Pero no te pregunté, ¿qué vas a hacer en Kuwait? ¿Conoces a alguien allí?

Se detuvo otra vez hasta que, tirándolo del brazo, Abuljaizarán lo obligo a seguirlo de nuevo al trote.

-Mi hermano trabaja allí.

Sin dejar de caminar a paso ligero, alzó los hombros y hundió el cuello de pronto como si su cuerpo se hubiera plegado igual que un acordeón.

-Y si tu hermano trabaja allí, ¿por qué quieres trabajar tú? Los de tu edad aún van a la escuela.

-Iba a la escuela hasta hace dos meses, pero ahora quiero trabajar para mantener a mi familia.

Abuljaizarán se detuvo, sacó las manos de los bolsillos, se las puso en las caderas y lo miró mientras reía:

-¡Ah!, ya veo. Tu hermano no volvió a enviarles dinero, ¿no es eso?.

Marwán hizo un gesto vago con la cabeza y sin responder siguió caminando hasta que Abuljaizarán lo retuvo por el brazo:

-¿Por qué? ¿Se casó?

Marwán lo miró atónito. Luego murmuró:

-¿Cómo lo sabes?

-¡Ah!, para eso no se necesita mucha perspicacia. Nada más que se casan, o tan pronto como se enamora, todos dejan de mandar dinero a la familia.

Marwán se sintió ligeramente decepcionado. No tanto por la sorpresa que le habían causado las palabras de Abuljaizarán, como por haber descubierto que aquel gran secreto, que con tanto celo guardaba para sí y que sólo él creía conocer, era del domino público, cosa sabida. Él, que se lo había ocultado a sus padres durante meses y meses... y ahora, de pronto, venía Abuljaizarán y le hablaba de ello como de algo archiconocido.

-Pero, ¿por qué hacen eso? ¿Por qué hacerlo a escondidas?

Se calló sin saber muy bien continuar. Abuljaizarán estalló en carcajadas.

-Me alegro de que vayas a Kuwait. Allí aprenderás muchas cosas. Primero, que el dinero es lo principal; segundo, que la moral viene después.

Al llegar a este punto, Abuljaizarán se despidió de él y le dio cita para después del mediodía. Marwán sintió que se desvanecía de nuevo aquel sentimiento de felicidad que lo invadía desde la mañana. ¿No era absurdo que la carta que había escrito a su madre pudiera ser la causa de aquella euforia que hasta lo había hecho olvidar, en parte, sus desgracias? Era una carta estúpida que había escrito bajo los efectos de la soledad y la esperanza, en la azotea de un fonducho miserable perdido en el último rincón del mundo. ¿Qué había de nuevo en lo que contaba? ¿ Pensaba acaso que su madre no lo sabía todo ya? Entonces, ¿qué es lo que pretendía? ¿Quería acaso convencerla de que si su marido la había abandonado a ella y a sus hijos era, después de todo, algo natural y hasta bueno? Y si no, ¿a qué venía todo ese parloteo? Quería a su padre con toda su alma. Lo que sentía por él nada ni nadie lo podría destruir nunca. Pero eso no cambiaba en nada la triste realidad. Y la realidad era que su padre se había ido. Se había ido... Se había ido... Lo mismo que Zacarías, que después de

casarse, le había escrito una breve carta diciéndole que ahora le había llegado su turno a él, a Marwán, y que ya era hora de que dejara la escuela estúpida donde no se aprendía nada y se "echara al agua" como los demás. Toda su vida había sido el extremo opuesto de Zacarías. En realidad, se detestaban el uno al otro. Zacarías no comprendía por qué iba a tener que pasarse diez años enviando dinero a la familia, mientras Marwán seguía yendo a la escuela como un niño... Y además, ¡nada menos que quería hacerse médico! Un día se lo había dicho a su madre: Zacarías nunca comprenderá lo que significa hacer estudios, como que no había vuelto a pisar la escuela desde que se fue de Palestina para luego "echarse al agua" como le gustaba a él decir. Y encima, ahora iba y se casaba "a la chita callado" sin decir ni una palabra a nadie excepto a él, como si quisiera ponerlo frente a su conciencia. Pero él, Marwán, ¿acaso tenía la posibilidad de elegir? ¿Qué podía hacer sino dejar la escuela y ponerse a trabajar, "echarse al agua" de una vez y para siempre? Bueno, después de todo, ¡qué más daba!... dentro de poco estaría en Kuwait. Si Zacarías lo ayudaba, tanto mejor, sino, ya se las arreglaría para abrirse camino como los demás. Hasta el último céntimo que ganara se lo enviaría a su madre. La colmaría de bienes a ella y a sus hermanos. Haría de la casucha de adobe un paraíso para que su padre se mordiera los dedos de arrepentimiento. Por más que, después de todo, no detestaba a su padre hasta ese punto... porque la verdad era que él tampoco había dejado nunca de quererlos a todos ellos. La prueba la tuvo cuando fue a decirle adiós sin que su madre se enterara de que iba a casa de Shafika porque si no, se habría vuelto loca. Su padre le había dicho entonces:

-Sabes muy bien, Marwán, que yo no tuve arte ni parte en lo que pasó, fue el destino, así estaba escrito desde que existe el mundo.

-Le dijimos a tu madre que vinieras a vivir aquí, con nosotros, pero no aceptó. ¿Qué más podíamos hacer- le había dicho Shafika.

Estaba sentada encima de una piel de cabra, con la muleta al lado. De pronto, le había pasado por la cabeza: "¿Dónde le terminará el muslo?" era hermosa de cara, pero de rasgos acusados como los de esos enfermos a los que no hay esperanza de curar nunca. Con el labio inferior curvado, parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar.

-Ten- le había dicho su padre –toma estos diez dinares. Te servirán. Y no dejes de escribirnos.

Por fin se levantó para irse. Shafika le había abierto los brazos en señal de despedida y le deseó buen suerte con voz plañidera. Todavía no había cruzado la puerta cuando oyó que estallaba en sollozos,

-Que Dios te dé buena suerte, Marwán, mi leoncillo.

Su padre intentaba sonreír mientras le daba palmaditas amistosas en la espalda. Entretanto, Shafika había conseguido ponerse en pie con ayuda de la muleta. Había dejado de sollozar.

La puerta se cerró tras él. Durante algunos instantes todavía llegaba su oído el golpeteo monótono de la muleta sobre las baldosas. Después, al doblar la esquina, el sonido se apagó poco a poco en la lejanía hasta que cesó.

EL ACUERDO

Marwán y su compañero As'ad llegaron con algo de retraso a la cita con Abuljaizarán que los esperaba ya con Abu Kais en la acera de la avenida paralela al Chott. Los dos estaban sentado en un gran banco de cemento.

-Ya está reunida toda la banda, ¿no es así?- exclamó Abuljaizarán, mientras con una mano daba palmadas a Marwán en el hombro y tendía la otra para saludar a As'ad.

-Así que éste es tu amigo. ¿Cómo se llama?

Marwán contesta lacónico.

-As'ad.

-Déjenme ahora que les presente a mi viejo amigo Abu Kais. Ya está completo el grupo. No estaría de más que hubiera otro... pero, bueno, así basta, tampoco está mal.

-A lo que parece eres palestino –dijo As'ad- ¿Eres tú el que nos va a pasar a Kuwait?

-Sí, yo

-¿Cómo?

-Eso es asunto mío.

Rió As'ad con ironía y después, en un tono cortante, mientras arrastraba lentamente las palabras:

-No, señor, es asunto nuestro. Tienes que explicarnos todos los detalles. No queremos disgustos desde el principio

Abuljaizarán contestó, tajante:

-Les explicaré todo después que lleguemos a un acuerdo, pero no antes...

As'ad replico:

-No es posible que nos pongamos de acuerdo hasta que no sepamos todo de cabo a rabo. Que piensan ustedes, amigos?

Ninguno de los dos respondió y As'ad insistió:

-¿Qué piensa el tío Abu Kais?

-Lo que piensen ustedes.

-¿Qué piensas tú, Marwán?

-Yo, lo que digan ustedes.

As'ad dijo entonces con tono resuelto:

-Bien, no perdamos tiempo. Me parece que el tío Abu Kais no es muy ducho en estas lides, y para Marwán, es su primera experiencia. Yo soy perro viejo en estas artes. ¿Están de acuerdo con que hable en nombre de todos?

Abu Kais hizo un gesto con la mano en señal de asentimiento y Marwán movió la cabeza con un gesto afirmativo. As'ad se volvió entonces hacia Abuljaizarán:

-¿Ves?... Lo dejan todo en mis manos. Quiero decirte algo: todos somos

del mismo país. Nosotros queremos ganar algún dinero y tú también. Correcto. Pero las cosas tienen que ser como es debido, con todas las de la ley. Así que vas a explicarnos con todo detalle y a decirnos exactamente cuánto nos cobrarás. Y, por supuesto, el dinero te lo daremos cuando hayamos llegado, no antes.

Abu Kais:

-El amigo As'ad tiene razón. Tenemos que enterarnos de todo. Como dice el refrán: "lo que empieza con condición termina a satisfacción".

Abuljaizarán sacó las manos de los bolsillos y después de posarlas en las caderas, paseó con lentitud una mirada glacial por todos los rostros hasta detenerse en As'ad.

-En primer lugar, son diez dinares cada uno. ¿De acuerdo.

Abu Kais respondió:

-De acuerdo.

As'ad lo cortó en seco:

-Hazme el favor... me has encargado de este asunto, así que déjame hablar.

-Diez dinares es mucho. Un "pasador" profesional cobra quince y...

Abuljaizarán lo interrumpió:

-Veo que ya ni antes de empezar estamos de acuerdo. Eso era lo que yo temía. Diez dinares y ni un céntimo menos... Adiós.

Dio media vuelta como para irse, pero apenas había dado dos pasos lentamente cuando Abu Kais lo retuvo gritando:

-¿Por qué te enfadaste? No hacíamos más que discutir el asunto. El buen entendimiento hermano, necesita paciencia.

-Bueno, te daremos diez dinares.   Pero, ¿cómo vas a llevarnos'

-¡Ah!, por fin, vamos al grano. Veamos.

Abuljaizarán se sentó en el banco de cemento, mientras los otros tres permanecían de pie en torno suyo. Ayudado por sus largas manos, se extendió en explicaciones:

-Tengo un camión con el que puedo pasar legalmente la frontera. ¡Ah!, tengo que decirles que el camión no es mío. Soy un hombre pobre, más que ustedes. Todo lo que tengo que ver con ese camión, es que soy el chofer. El dueño es un hombre muy rico y famoso. Por eso, no lo detendrán mucho tiempo en la frontera ni lo registrarán. Como les decía, el dueño del camión es persona conocida y respetada, el camión es conocido y respetado, y el chofer, también, por supuesto.

Abuljaizarán era un conductor hábil. Antes de 1948 había servido durante más de cinco años en el ejército británico en Palestina, y cuando dejó el ejército para unirse a un grupo de combatientes, tenía fama de ser el mejor conductor de camiones que pudiera encontrarse. Por ello, se recurrió a él, en Taira, para

conducir un viejo vehículo blindado del que se habían apoderado los hombres de la aldea después de un ataque de los judíos. Aunque no era experto en conducir blindados, no quería decepcionar a todos los que observaban desde ambos lados de la carretera. Por ello, se escabulló a través de la escotilla y el motor no tardó en empezar a zumbar. El blindado avanzó algo por la rampa de arena hasta parase en seco. Todos los intentos de Abuljaizarán para volver a ponerlo en marcha resultaron vanos. Grande fue la decepción de todos los hombres, y la suya aún mayor. Su experiencia en el mundo de la mecánica se había enriquecido, de todos modos, con una más, y hay que decir que ello le había servido de mucho, cuando entró a formar parte del equipo de choferes de Hay Rida en Kuwait.

Un día logró conducir un camión cisterna durante más de seis horas por un camino lleno de sal y de barro, sin atascarse como les sucedió a los demás de la caravana. El Hay Rida había salido con algunos de sus hombres al pasar varios días en el desierto, cazando. Pero la primavera era engañadora y, como al regreso el camino parecía blanco y firme, los choferes se lanzaron por él sin la menor aprensión. Y ha aquí que todos los automóviles, tanto los grandes como los pequeños, se estancaron en el barro uno tras otro. Abuljaizarán, que conducía su camión detrás de los demás, prosiguió su camino con destreza, sin el menor tropiezo. Cuando llegó a donde estaba el automóvil de Hay Rida, uno gris que estaba hundido tres cuartas partes en el barro, se detuvo, salió del camión y se acercó al mismo.

-¿Qué le parece si montara en mi camión? Para sacar del barro a esos autos se necesitan más de cuatro horas y en ese tiempo podrá usted estar de vuelta en su casa.

-¡Buena idea! Prefiero tener que soportar el ruido del motor de tu camión antes que quedarme aquí esperando cuatro horas.

Durante seis horas condujo Abuljaizarán su camión por aquel terreno engañador que, por estar recubierto en una capa muy fina de sal, daba la impresión de ser blanco y firme. Durante todo el trayecto, Abuljaizarán daba al volante pequeños movimientos leves y rápidos, ora a la derecha ora a la izquierda, de forma que las dos ruedas delanteras abrían un camino un poco más ancho del necesario.

El Hay Rida, satisfecho de la habilidad de Abuljaizarán, habló de ello a todos sus amigos durante meses. Pero todavía fue mayor su satisfacción cuando supo que Abuljaizarán había rechazado las numerosas ofertas que había recibido para trabajar con otra gente, tan pronto como empezaron a correr las noticias sobre su destreza. Lo llamó a su presencia y, después de felicitarlo, le aumentó algo el sueldo. Pero lo más importante era que el Hay Rida imponía como condición que Abuljaizarán lo acompañara a todas las cacerías o a cualquier otro viaje que hiciera.

La semana anterior había salido con una caravana de automóviles a una cacería organizada especialmente para los invitados que recibía en su casa. Abuljaizarán tenía el encargo de conducir el camión cisterna y acompañar a la caravana durante toda la cacería para suministrar agua a los participantes en la expedición, la cual duraría más de dos días. Pero la caravana se había adentrado tanto en el desierto que, al regreso, el Hay Rida había preferido seguir otro camino que llevaba a Al-Zubair, desde donde podía tomar la carretera principal hasta Kuwait. Abuljaizarán podría haber estado en aquel momento en Kuwait con el resto de la caravana si no hubiera sido porque su camión había tenido una pequeña avería que lo obligó a permanecer dos días más en Basora para repararla. Después alcanzaría a los que habían precedido.

-¿Así que lo que quieres es aprovechar el viaje de regreso para llevarnos en la cisterna del camión?

-Exacto. Me dije a mí mismo: ¿por qué no aprovechas esta ocasión y te ganas un dinero ya que estás aquí y que el camión no lo registras?.

Marwán miró a Abu Kais y después a As'ad, quienes le devolvieron la mirada con un gesto de interrogación.

-Escucha, Abuljaizarán, este juego no me gusta. ¿Cómo se te puede ocurrir semejante cosa? Con un calor como el que hace, ¿quién se va a sentar en una cisterna cerrada?.

-No dramaticemos las cosas. No sería esta la primera vez... ¿Sabes lo que pasará?, pues que bajarán a la cisterna cincuenta metros antes del puesto fronterizo en Safwan. Allí me detendré menos de cinco minutos, y cincuenta metros después volverán a salir arriba. Luego, precisamente antes de la frontera, repetiremos la función otros cinco minutos, y ¡completo!, se encontrarán en Kuwait.

As'ad bajó la cabeza y fijó la mirada en el suelo por breves instantes mientras se mordía el labio inferior. Marwán se puso a jugar con una frágil caña, y Abu Kais miraba con insistencia a Abuljaizarán. Marwán rompió el silencio:

-¿Y habrá agua en la cisterna?

Estalló Abuljaizarán en una carcajada y As'ad no pudo menos que sonreír ante la pregunta.

-Por supuesto que no. ¿Qué es lo que te crees? Soy "pasador", no profesor de natación.

Y como si la idea le hubiera gustado, rió con estridencia, mientras se daba golpes en las nalgas y giraba sobre sus talones.

-¿Conque crees que soy profesor de natación, eh? No, muchacho, la cisterna hace seis meses que no ve el agua.

As'ad contestó con calma:

-Creía que habías transportado agua hace sólo una semana para esa cacería...

-¡Uf!, ya sabes lo que quería decir...

-No, no lo sé.

-Quería decir hace diez meses. La gente exagera a veces... Y ahora, ¿qué?, ¿llegamos a un acuerdo? Terminemos de una vez esta reunión que si nos oyen puede ser peligroso.

Abu Kais se preparaba para decir la ultima palabra, pero antes de abrir la boca su mirada recorrió los rostros de los demás, y se detuvo en As'ad como esperando ayuda de él. Después se acercó a Abuljaizarán:

-Escucha, Abuljaizarán, soy un pobre diablo que no entienda nada de todos estos líos... pero esa historia de la cacería no me gusta. Nos dijiste que habías llevado agua para el Hay Rida y ahora nos vienes con que la cisterna del camión no ha olido el agua desde hace seis meses. Te diré con franqueza, y espero que no te ofendas, que hasta dudo que tengas un camión.

Abu Kais se volvió hacia los demás y prosiguió con voz afligida:

-Prefiero pagar quince dinares y atravesar el desierto con un "pasador". No quiero más problemas.

Abuljaizarán volvió a reír, elevó el tono de voz, y dijo:

-Anda, ve y haz la prueba. ¿Crees que no conozco a esos "pasadores"? Los dejarán abandonados a mitad del camino. Se esfumarán como un terrón de sal en el agua y después serán ustedes los que se derretirán bajo la canícula de agosto sin que nadie piense en su suerte. Ve, ve y haz la prueba. Otros muchos lo intentaron antes que tú. ¿Por qué crees que se hacen pagar antes?

-Pues conozco a muchos que llegaron gracias a esos "pasadores".

-Un diez por ciento como mucho. Puedes ir y preguntarles. Todos te dirán que al final del camino llegaron sin "pasador" y sin guía y que, si se salvaron, fue gracias a su buena estrella.

Al escuchar aquellas palabras, Abu Kais quedó inmóvil, como petrificado, parecía por un momento que fuera casi a desplomarse. Al verlo en aquel estado, Marwán se dio cuenta, de pronto, que Abu Kais tenía un parecido asombroso a su padre. Lo contemplaba absorto, incapaz de atender a ninguna otra cosa. Al fin apartó la mirada de él... Abuljaizarán había empezado a chillar:

-Tienen que decidirse rápido. No tengo tiempo que perder. Se los juro por mi honor.

As'ad contestó con voz glacial:

-Deja el honor a un lado, que las cosas van mejor cuando no se jura por el honor.

Abuljaizarán se volvió hacia él:

-Ahora, señor As'ad, usted que es hombre inteligente y con experiencia, ¿qué opina?

-¿Qué opino sobre qué?.

-Sobre el asunto.

Sonrió As'ad, pero al ver que Abu Kais y Marwán esperaban oír su decisión, empezó a hablar en tono pausado y sarcástico:

-En primer lugar, permítenos que no creamos ni una sola palabra de toda esa historia de la cacería. Me parece que el Hay Rida y tú trabajan juntos en eso del contrabando. Permíteme un momento, déjame terminar. El Hay Rida piensa que pasar a la gente clandestinamente en el viaje de vuelta es coser y cantar. Por eso, lo deja a cargo tuyo. Tú le dejas a él, a cambio, el contrabando de las cosas importantes... y una parte razonable de los beneficios. O si no, puede que el Hay Rida no esté enterado de que te dedicas a pasar gente en el viaje de vuelta.

Sonrío Abuljaizarán y mostró de nuevo sus blancos dientes como si no quisiera responder a As'Ad. Marwán intervino de pronto:

-¿Y la historia de la cacería?

-¡Uf! esa historia es para los del puesto fronterizo, pero Abuljaizarán no pensó que había ningún mal en contárselas.

Su sonrisa se hizo aún más amplia mientras pasaba la mirada de uno a otro sin pronunciar palabra. Por un momento pareció que fuera un tonto.

-Pero el Hay Rida, ¿qué es lo que pasa de contrabando? –preguntó Abu Kais- Antes dijiste que era rico.

Todas las miradas se posaron en Abuljaizarán, quien, de pronto, dejó de sonreír y su rostro adoptó, de nuevo, un gesto de indiferencia y de autoridad. Después, dijo tajante:

-Bueno, basta ya de dimes y diretes. Señor As'ad, no debe usted creerse tan listo como pretende. ¿Qué han decidido ustedes?.

-A mí lo único que me importa es llegar a Kuwait. Lo demás tanto me da. Por eso, me iré con Abuljaizarán.

Marwán exclamó con entusiasmo:

-Yo también, iré con ustedes dos.

Y Abu Kais agregó con timidez:

-Yo estoy ya viejo, pero, ¿creen ustedes que podré acompañarlos?

Rió Abuljaizarán con estrépito y después pasó su brazo por el de Abu Kais:

-Vamos, vamos, Abu Kais, ¿quién te metió eso en la cabeza? ¿Fue Im Kais? Nada de eso, tú vienes con nosotros.

Caminaron juntos unos pasos, mientras Marwán y As'ad permanecían de pie cerca del banco de cemento. Abuljaizarán volvió la cabeza y les gritó por encima del hombro:

-Abu Kais dormirá en el camión conmigo. Mañana bien temprano pasaré a recogerlos, tocaré la bocina delante del hotel.

EL CAMINO

Subir el techo del camión no fue demasiado difícil. Aunque arriba el sol quemaba sin piedad, con la velocidad corría un vientecito que mitigaba el calor infernal. Para la primera parte del viaje, a Abu Kais y a Marwán les había tocado ir arriba, mientras que As'ad iba sentado en la cabina junto al chofer. As'ad se decía para sus adentros: "Al viejo pronto le tocará sentarse aquí a la sombra. Por ahora no hay que preocuparse, el sol todavía es soportable, pero cuando sean las doce, ¡vaya si tendrá suerte de estar aquí dentro!"

Abuljaizarán le hablaba y se esforzaba porque su voz se oyera por encima del rugido del motor:

-¿Ves esos cincuenta kilómetros? Son como el camino que Dios nos ha prometido que atravesaríamos en el más allá antes de ir al infierno o al cielo. El que cae, va al infierno, el que lo atraviesa, va al cielo. Sólo que aquí los ángeles son los aduaneros.

Estalló en carcajadas mientras gesticulaba con las manos y la cabeza sobre el volante, como si no fuera él, sino otro, el que acabara de soltar aquella ocurrencia.

-¿Sabes?, tengo miedo de que la mercancía se nos eche a perder allá arriba.

Hizo un gesto con la cabeza para señalar el techo de la cisterna donde iban sentados el viejo y Marwán. Después estalló de nuevo en carcajadas.

-Dime, Abuljaizarán, ¿nunca te has casado?

-¿Yo?

Su voz sonaba extraña. El rostro, antes jovial, se le había ensombrecido de pronto. Para tratar de vencer su emoción, dijo con una voz que quería ser natural:

-¿Por qué me lo preguntas?

-No, no nada... Me decía que llevas una vida estupenda. No tienes a nadie que te retenga aquí ni allá, y puedes volar donde se te antoje, volar, volar, volar, libre como los pájaros.

Abuljaizarán levantó la cabeza y cerró a medias los párpados para protegerse de los rayos del sol que daban en el parabrisa.

La luz era intensa, cegadora, hasta el punto que no se podía ver nada. Sentía un dolor horrible como si le clavaran un tornillo entre las nalgas. Luego terminó por darse cuenta de que estaba con las dos piernas suspendidas hacia arriba atadas a unas anillas, mientras mucha gente se afanaba a su alrededor. Cerró los ojos; después, los abrió cuanto pudo. La luz del proyector, suspendido encima de su cabeza, le cegaba la vista y le impedía ver el techo. Atado en aquella posición

extraña, no conseguía recordar mas que una sola cosa de lo que hasta entonces le había sucedido. Corría con los demás hombres armados cuando algo como el infierno explotó ante él y lo hizo caer de bruces. Eso era todo. Pero ahora, aquel dolor atroz que le atenazaba los muslos y la luz del enorme proyector suspendido encima de los ojos, que lo obligaba a apretar los párpados con todas sus fuerzas cuando lo que él quería era ver lo que pasaba a su alrededor... De pronto se le ocurrió una idea horrible y se puso a gritar como un loco. Sintió que una mano envuelta en un guante viscoso le tapaba la boca, y sin poder recordar quién era el que le hablaba entonces, llegó hasta él una voz como si fuera a través del algodón:

-Sea usted razonable. De todos modos, esto es mejor que la muerte.

No sabía si habrían oído el alarido que se le escapó de entre los dientes, mientras las mano viscosa seguía tapándole la boca o sí aquel grito se había ahogado en su garganta. Pero, en todo caso, desde entonces oía sin cesar aquella voz como si fuera otro quien le gritara al oído: ¡Antes la muerte!

Ahora, habían pasado diez años desde aquel horrible drama. Diez años habían pasado desde que le habían tenido que amputar su virilidad. Día tras día, hora tras hora, vivió aquella vergüenza, se la tragó con orgullo, la analizó a fondo cada segundo de aquellos diez años pero, a pesar de ello, nunca pudo acostumbrarse, nunca la aceptó. ¡Diez años para tratar de aceptar las cosas como eran! Pero, ¿qué cosa? ¿Admitir fácilmente que había perdido su virilidad por la patria? ¿Qué había ganado con ello? Perder la virilidad y perder la patria. ¡Que se vayan al diablo todos ellos...!

No, ni diez años después había podido olvidar su desgracia ni hacerse a aquella idea. Ni siquiera pudo aceptarla cuando lo rajaban con el escalpelo y trataban de convencerlo de que perder la virilidad era mejor que perder la vida. ¡Dios de los infiernos! Eso es lo único que saben, nada, y después se empeñan en enseñar a todo el mundo. ¿O sería que era incapaz de aceptar? Desde el primer momento había decidido que no aceptaría. Si, así era, había sido incapaz de ver las cosas cara a cara. Incluso, sin darse cuenta de lo que hacía, había huido del hospital antes de estar completamente curado, como si con eso pudiera arreglar las cosas. Tardó mucho tiempo antes de acostumbrarse a una vida normal. Pero, ¿se había acostumbrado? Todavía no. Cada vez que alguien le preguntaba por casualidad: "¿Por qué no te casas?", sentía de nuevo aquel dolor atroz que se le clavaba entre los muslos como si siguiera echado bajo la luz cegadora del proyector, con las piernas en alto.

La luz era tan cegadora y tan intensa que los ojos le empezaron a llorar. En aquel momento, As'ad extendió la mano y bajó el parasol para que le diera la sombra en la cara.

-Así esta mejor, gracias. ¿Sabes que Abu Kais es un hombre con suerte?

As'ad notó que Abuljaizarán quería combar el tema de conversación que él había iniciado con su pregunta sobre el matrimonio y se prestó de buena gana a seguirle la corriente:

-¿Por qué?

-Si el destino hubiera querido que se fuera con uno de esos "pasadores", no habría llegado a Kuwait a menos que ocurriera un milagro. Ni más ni menos, ni menos ni más.

Abuljaizarán había cruzado los brazos sobre el volante y apoyando el pecho encima.

-Tú no sabes qué cosas pasan allí... Ninguno de ustedes tiene la menor idea. Pregúntenme a mí, pregúntenme. Conozco montones de historias, tantas como pelos tiene un gato.

-El hombre gordo parecía buen persona. Yo me había decidido por él.

Abuljaizarán inclinó la cabeza y se enjugó el sudor de la frente con el dorso de las manos agarradas al volante.

-El hombre gordo no atraviesa la frontera contigo y no sabe lo que pasa...

-¿Qué es lo que pasa?

-Tengo un primo llamado Hasanain que una vez atravesó clandestino la frontera y después de andar durante más de diez hora, cuando empezó a oscurecer, el "pasador" le indicó unas luces a lo lejos y le dijo que aquello era Kuwait y que llegaría allí después de caminar media hora. ¿Sabes lo que pasó?, que aquello no era Kuwait, sino una aldea perdida de Irak. Podría contarte miles de historia como ésa. Como la de aquellos hombres, igual que perros sedientos, buscaban agua aunque sólo fuera para mojarse la boca, ¿y qué crees que pasó cuando vieron unas tiendas de beduinos? Tuvieron que comprar el trago con todo el dinero que llevaban, o dar los anillos de boda y los relojes... Dicen que Hatem[10] era beduino, pero es una mentira como una casa. Aquellos tiempos ya pasaron Abu Sa'ad,[11]
ya pasaron, pero ustedes siguen sin entenderlo. Creen que el hombre gordo lo puede todo. Conozco a un tipo que se quedó solo durante cuatro días en el desierto y cuando lo recogió un automóvil en el camino de Yahra, estaba a punto de exhalar el último suspiro. ¿Sabes lo que hizo? Sólo quería una cosa en esta vida: recuperar fuerzas para después volver enseguida a Basora, otra vez por el desierto si fuera necesario, ¿sabes por qué? Me dijo que quería volver a Basora para agarrar por el cuello al hombre gordo y retorcérselo.

[10] Hatem Attal, legendario héroe árabe, famoso por su generosidad

[11] La utilización de Ab o de Um, seguidos de otro nombre está extendido que incluso a las personas solteras se les da a veces ese mote, en general, se transforma un poco el nombre de l apersona a base **de otra palabra** de la misma raíz, precedida de Ab o de Um. Así, por ejemplo, As'ad es un comparativo que significa "más feliz, mas afortunado", y Sa'ad quiere decir "buena suerte, buena fortuna", ambos de la raíz sa'ida, ser feliz, ser afortunado.

Luego que fuera lo que Dios quisiera. Había salido de Gaza con dos de sus amigos de la infancia, atravesó Israel, Jordania e Irak... Después el “pasador” los abandonó en el desierto antes de atravesar la frontera de Kuwait. Enterró a sus dos amigos en tierra extraña, sólo guardó los carnés de Identidad con la esperanza de que una vez en Kuwait, podría enviárselos a la familia. No quería recibir consejo de nadie. Decía que no quería ni olvidar ni perdonar. Después de menos de un mes volvió a Irak, pero lo agarraron y ahora hace ya dos años que está en la cárcel. ¿Qué te crees? Vienes a nosotros como niños de escuela pensando que la vida es fácil. ¿Acaso crees que Abu Kais no se jugaba la vida?, pero sería el que perdería. Estoy tan seguro de ello como de este maldito sol. Mañana cuando estés en Kuwait te acordarás de mí para bien y dirás: lo que decía Abuljaizarán era cierto. Después bendecirás mil veces a Dios por haber sido yo quien te salvó de las garras del hombre gordo... ¿Has visto alguna vez en tu vida un esqueleto sobre la arena?

-¿Qué quieres decir?

-Te pregunto que si has visto alguna vez en tu vida un esqueleto sobre la arena.

-No...

Abuljaizarán giró el volante bruscamente para sortear un enorme bache. El camión comenzó a atascarse y a vibrar en un camino lleno de altibajos. As’ad sintió que estaba a punto de echar los intestinos por la boca.

-Habrías visto muchos si hubieras hecho el camino con una “pasador”... Aunque, de todos modos, eso no te habría dicho nada...

-¿Por qué?

-Porque estarías demasiado ocupado para pensar en ello o, como decía Hasanain, porque hubieras preferido no pensarlo.

As’ad sonrió con la expresión estúpida del que no sabe muy bien qué responder. Después, dio un golpecito a Abuljaizarán en el costado y le dijo:

-¿Por qué no trabajas en esto de pasar a la gente clandestina?

-Pero si no me dedico a eso, no es mi oficio.

As’ad rió dando una palmada en el hombro de Abuljaizarán:

-Entonces, ¿cómo le llamas tú a eso’

-¿Quieres que te diga la verdad? Lo que quiero es más dinero, más y más dinero. Un día me di cuenta de que era difícil amansar una fortuna por medios honrados. ¿Has visto qué ser más despreciable soy? Tengo algo ahorrado y dentro de dos años dejaré todo y me instalaré. Quiero descansar, echarme panza arriba a la sombra y pensar o no pensar, es igual, pero, en todo caso, no volver a moverme más. Estoy cansado de trajinar toda la vida más de la cuenta. ¡Dios mío!, ya estoy requeteharto...

Abuljaizarán paró el motor y después de abrir la portezuela saltó al suelo:

-¡Vamos!, ahora empieza lo serio. Voy a abrir la puerta de la cisterna. Dentro debe ser un infierno.

Subió despacio la escalerilla de hierro y empezó a manipular en la trampa. Marwán lo observaba absorto y pensaba en lo fuertes que eran los brazos de Abuljaizarán. Todos chorreaban sudor. La camisa de Abuljaizarán estaba completamente empapada y su rostro parecía como si estuviera embadurnado de barro. Abrió la portezuela con un chirrido, levantó la tapa circular de hierro y la colocó en posición vertical a las bisagras. El interior aparecía cubierto de orín. Sentado al borde de la trampa con las piernas colgadas hacia dentro, se enjugaba el sudor con un pañuelo rojo que llevaba siempre enrollado al cuello debajo de la camisa. Casi sin aliento, dijo:

-Les aconsejo que se quiten las camisas. El calor aquí es terrible, es algo asfixiante. Van a sudar como si se frieran en una sartén, pero será sólo por cinco o seis minutos. Iré todo lo más de prisa posible. Dentro hay unos barrotes. Será mejor que se agarren bien a ellos, si no van a rodar de un lado para otro como bolas. Y quítense los zapatos.

Los tres permanecían en pie en el suelo, sin moverse. Abuljaizarán se incorporó y después saltó a tierra, mientras trataba de bromear:

-Casi se podría dormir dentro si hiciera menos calor...

Abu Kais miró a Marwán y después ambos a As'ad. Este, bajo el peso de aquellas miradas, avanzó dos pasos y después retrocedió y se detuvo.

Abuljaizarán lo observaba.

-Les aconsejo que anden algo más ligeros. Todavía es temprano, pero, dentro de poco, la cisterna será un verdadero horno. Pueden llevar con vosotros esta vasija con agua, pero no echen mano de ella cuando sientan que el camión está parado.

Por fin, Marwán se decidió y avanzó hacia la escalerilla de hierro. As'ad se le adelantó y trepó con rapidez. Una vez arriba, se agachó y después, a través de la tapa abierta, metió la cabeza dentro de la cisterna. Un segundo después se incorporó.

-¡Esto arde! ¡Es un infierno!

Abuljaizarán extendió sus grandes manos en gesto de impotencia.

-Ya se los había advertido antes...

Marwán fue el segundo en subir. Metió la cabeza por la trampa y después se incorporó con el rostro contraído por el terror. Abu Kais se unió a ellos, resoplando. Desde abajo Abuljaizarán les grito:

-Si a alguno le entran deseos de estornudar, ¿saben lo que tienen que hacer?

As'ad sonrió visiblemente desconcertado, mientras Marwán miraba hacia abajo y Abu Kais parecía no haberse enterado muy bien de la pregunta.

-Hay que poner un dado debajo de la nariz, bien derecho... así...

Abuljaizarán imitó el gesto, poniendo cara de payaso. As'ad respondió:

-No creo que ninguno de nosotros vaya a estornudar en el horno... Por ese lado, no tienes por qué preocuparte.

Con las manos en las caderas, As'ad permanecía en pie junto a la trampa y agachaba la cabeza como si quisiera ver lo que había dentro. Mientras tanto, Abu Kais se había quitado la camisa y mostraba el velludo pecho cubierto de pelos blancos y las clavículas salientes. Después de plegarla con cuidado, se la puso debajo de la axila y se sentó al borde de la trampa con las piernas colgando hacia dentro. Primero arrojó la camisa y después empezó a bajar despacio, rígido, apoyando los brazos en el borde e la trampa. Cuando los pies empezaron a tocar el fondo de la cisterna, soltó los brazos y dejó que el cuerpo se deslizara con cuidado.

As'ad se asomó y gritó:

-¿Qué tal ahí dentro?

Una voz que parecía salir de lo más profundo del abismo, retumbó:

-Maldita cisterna... ¡Anda, ven!

As'ad miró a Marwán que se había quitado ya la camisa y permanecía de pie esperando su turno, mientras Abuljaizarán volvía a trepar por la escalerilla.

-¿A quién le toca ahora?

-A mí.

Marwán se acercó a la trampa y se colocó de espaldas a ella. Echado sobre el vientre, metió primero las piernas y después deslizó el cuerpo con habilidad. Sólo quedaban las manos agarradas aún por un instante al borde de la trampa. Por fin, también éstas desaparecieron.

As'ad siguió a sus compañeros sin quitarse siquiera la camisa. Cuando desaparecieron en el interior de la trampa, Abuljaizarán se asomó para tratar de ver cómo iban las cosas dentro, pero fue en vano. Cada vez que se agachaba, su cuerpo ocultaba la luz que se filtraba a través de la trampa y le impedía ver el interior. Por último, gritó:

-¡Eh!

Desde dentro una voz respondió:

-¿Qué esperas? ¡Date prisa! Estamos a punto de asfixiarnos.

Cerro la tapa con rapidez dando dos vueltas a la manecilla. Después saltó al asiento y aún antes de cerrar la portezuela arrancó el camión. Otra vez a tragar camino...

La carretera estaba llena de baches que sacudían el camión y hacían que traqueteara sin cesar... Con aquel vaivén se hubieran batido huevos para una tortilla más rápido que con una batidora eléctrica... En aquellos momentos una sola idea lo obsesionaba. Por Marwán no había que preocuparse, era joven. Tampoco por As'ad, que era un muchacho robusto. Pero, ¿y Abu Kais? Los dientes le castañeaban como al que está apunto de morir en el hielo, con la

diferencia de que aquí no era precisamente de frío de lo que uno podía quejarse. Podía disminuir las sacudidas si aceleraba, si aquel tanque infernal rodara a una velocidad de más de 120 en vez de los 90 que la aguja indicaba. Pero si fuera más de prisa, ¿cómo estar seguro de que le camión no se volcaría en aquella maldita carretera? No le importaba que se volcara, no era suyo, pero, ¿y si, de pronto, daba una vuelta de campana y quedaba con las ruedas hacia arriba? Y además, ¿quién le decía que el motor soportaría esa velocidad con aquel calor y aquella carretera? Los fabricantes siempre ponían en el contador cifras muy elevadas que la prudencia de un buen conductor aconsejaba no sobrepasar.

No disminuyó la marcha hasta llegar a Safwan. Allí, sin levantar ni un ápice los pies del acelerador y dando un vasto viraje que levantó un enorme redondel de polvo, tiró en la plaza hacia izquierda en dirección del puesto fronterizo. No levantó los pies del acelerador hasta pisar a fondo los frenos ante la puerta del puesto, donde penetró como una flecha.

La plaza de Safwan, donde estaba la aduana, era grande y arenosa. En medio de ella, un gran árbol solitario extendía sus largas ramas y arrojaba una inmensa sobra. Alrededor, se alzaban edificios con puertas bajas de madera y en el interior los despachos eran un hervidero de gente, siempre atareada. Abuljaizarán invadió la plaza con su alta estatura sin ver a nadie, excepto a algunas mujeres sentadas a la sombra del árbol, envueltas en sus abaas[12]. Junto a la fuente había uno o dos niños. El ordenanza, sentado en su vieja silla de paja, dormitaba.

-¡Qué prisas llevas hoy, Abuljaizarán!

-Sí, el Hay Rida me espera. Si me retraso, me echa.

-¿Echarte el Hay Rida? No tengas miedo que no podrá encontrar otro como tú.

-¡Bah! Hay miles así, la tierra está plagada... no tiene más que hacer un gesto y caerán encima de él como moscas.

-¿Llevas algo que declarar?

-Sí, armas, tanques, blindados, seis aviones y dos cañones.

El hombre de la aduana estalló en una carcajada, mientras que Abuljaizarán le arrancaba con habilidad los papeles que tenía en las manos y se lanzaba hacia fuera, diciéndose para sus adentros que lo más difícil ya había pasado. Entró en otro despacho y después de permanecer allí un minuto, volvía a salir y con la velocidad del rayo, arrancaba el motor y rompía el silencio que pesaba sobre Safwan. De nuevo el camino...

El camión avanzaba como una saeta y dejaba tras de sí una estela de polvo. El rostro de Abuljaizarán chorreaba gotas de sudor que le confluían en

[12] Túnica larga, generalmente negra, que llevan las mujeres y que las cubre desde la cabeza hasta los pies

la barbilla. El sol era puro fuego y el aire ardiente estaba impregnado de un polvo fino como la harina. "Nunca en mi vida sentí un calor como éste. ¡Maldita sea!" Se desabrochó la camisa y se pasó los dedos por los pelos del pecho, empapados de sudor. La carretera era ahora más llana y el camión no traqueteaba tanto como antes. Apretó la velocidad y la aguja del contador saltó de pronto como un pero atado a una estaca. Miró hacia delante con los ojos velados por el sudor y divisó el alto de la pequeña colina. Detrás de ella, Safwan quedaba oculto a la vista. Era allí donde había decidido detenerse. Volvió a apretar el acelerador para tomar con impulso la subida de la pendiente y sintió que un músculo de la pierna se le agarrotaba hasta hacerle daño. El camión roncaba con estrépito mientras tragaba camino. El parabrisas reverberaba y el sudor le abrasaba los ojos. La cima del cerro le parecía inalcanzable, tan lejana como la misma eternidad. ¡Por Dios todopoderoso! ¿Cómo era posible que la cima de una colina pudiera ser la causa de aquel desasosiego, de aquella desazón, de aquel tropel de sensaciones que le bullían en la sangre y le abrasaban la piel, sucia de barro y de sudor salado? ¡Dios mío! ¡Tú que nunca estuviste a mi lado! ¡Tú que nunca te ocupaste de mí! ¡Tú, en quien jamás creí! ¿No podrías estar conmigo por esta vez, aunque sólo fuera por esta vez? Parpadeó varias veces para quitarse el sudor que le velaba los ojos y cuando volvió a abrirlos surgió ante su vista la cima del cerro. ¡Por fin! Apagó el motor y dejó que el camión se deslizara un poco. Después lo paró y, de un salto, subió al techo de la cisterna.

Marwán fue el primero en salir. Extendió los brazos hacia arriba y Abuljaizarán lo tiró con fuerza hacia sí y después lo dejó tumbado encima de la cisterna. Abu Kais asomó la cabeza: intentó salir por sí solo sin conseguirlo. Terminó también por extender los brazos para que Abuljaizarán lo ayudara a subir. Por último, As'ad consiguió trepar él solo hasta el orificio. Ya no llevaba la camisa.

Abuljaizarán se sentó en el techo de la cisterna que ardía como fuego. Resollaba. Parecía como si de pronto hubiera envejecido. Mientras tanto Abu Kais se había deslizado con suavidad hasta tocar las ruedas y se tumbó, después boca abajo a la sombra del camión. As'ad seguía arriba de pie y respiraba a fondo con todo el pecho. Parecía como si quisiera decir algo y no pudiera. Por último murmuró casi sin aliento:

-¡Uf! ¡Vaya frío que hacía ahí adentro!

Tenía la cara amoratada y empapada en sudor. El pantalón le chorreaba. Las marcas de orín en el pecho daban la impresión de que estuviera cubierto de manchas de sangre. Por fin, Marwán se puso en pie y bajó la escalerilla de hierro casi sin fuerzas. Tenía los ojos enrojecidos y el pecho cubierto de orín. Se tumbó despacio junto a la rueda y colocó la cabeza encima del muslo de Abu Kais. Después de unos instantes lo siguió As'ad y al poco rato

Abuljaizarán. Los dos se sentaron con las piernas plegadas y la cabeza en las rodillas. Al cabo de uno segundos Abuljaizarán rompió e silencio:

-Qué, ¿fue tan terrible?

Nadie respondió. Recorrió con la mirada los rostros que tenía enfrente. Le pareció como si estuvieran momificados. Si no fuera por el pecho de Marwán que se agitaba levemente y por el silbido de Abu Kais al respirar, hubiera creído que estaban muertos.

-Les dije que siete minutos y ni siquiera llegó a seis.

As'ad lo miró impávido, mientras Marwán, con los ojos muy abiertos, tenía la vista perdida en el vacío y Abu Kais había vuelto hacia otro lado.

-¡Se los juro por mi honor! ¡Seis minutos! Mira tu reloj, As'ad. Fueron seis minutos justos. ¡Vamos mira! ¿Por qué no quieres mirar? Se los dije desde el principio y ahora creen que les mentí. Aquí tienes el reloj. ¡Anda! ¡Míralo!... ¡Míralo

Marwán se volvió boca abajo, se apoyó en los codos, levantó un poco la cabeza hacía atrás y dirigió la mirada hacia Abuljaizarán. Sintió que la vista se le nublaba y no acertaba a verlo con claridad.

-¿Has probado alguna vez sentarte ahí dentro seis minutos?

-Pero yo se los había dicho...

-Para empezar no fueron seis minutos.

¿Por qué no miras tu reloj? ¿Por qué? Ahí lo tienes en la muñeca, ¡vamos, míralo!... ¡Míralo!... Y quítame de encima esos ojos de loco.

Abu Kais intervino conciliador:

-Fueron seis minutos. Estuve contando todo el tiempo, de uno a sesenta, un minuto, así hasta seis veces y la última vez conté muy despacio...

Hablaba con voz lenta y apagada. As'ad preguntó:

-¿Qué te pasa, Abu Kais? ¿Estás enfermo?

-¿Yo? ¡Qué va! Aspiro mi ración de aire.

Abuljaizarán se pudo en pie y se sacudió la arena del pantalón. Después se puso en jarras y paseo la mirada de uno a otro.

-¡Vamos! No perdamos más tiempo, dentro de poco les espera otro baño turco.

Abu Kais se levantó y se dirigió hacia la cabina, mientras As'ad trepaba por la escalerilla de hierro. Marwán permanecía sentado a la sombra Abuljaizarán se acercó a él:

-¿No quieres levantarte?

-¿Por qué no descansamos un poco más?

As'ad gritó desde arriba:

-Ya descansaremos cuando lleguemos... ¡Vamos!

Abuljaizarán rió con voz sonora dándole una palmada en el hombro:

-Ven a sentarte junto a Abu Kais. Eres delgado y no nos molestarás

demasiado. Pareces tan cansado...

Marwán subió a la cabina y se sentó junto a Abu Kais. Antes de cerrar la portezuela, Abuljaizarán grito a As’ad:

-¡Ponte la camisa si no te vas a achicharrar con el sol!

Marwán se dirigió a Abuljaizarán con débil voz:

-Dile que deja abierta la puerta del horno, puede que así se refresque algo.

Abuljaizarán agregó con tono festivo:

-¡Y deja abierta la tapa de la cisterna!

Roncó el motor y el camión arrancó mientras levantaba remolinos de polvo del desierto que se desvanecían en el aire tórrido.

SOL Y TINIEBLAS

Aquel pequeño cosmos se abría camino a través del desierto como una gota de aceite sobre una plancha de cinc al rojo vivo. El sol, muy alto, era un disco incandescente. Ninguno de ellos se preocupaba ya de enjugarse el sudor. As'ad se había cubierto la cabeza con la camisa y, en cuclillas, se dejaba achicharrar al sol. Marwán, con los ojos entornados, había apoyado la cabeza en el hombro de Abu Kais que, con los labios apretados bajo los espesos bigotes grises, escudriñaba el camino. Ninguno tenía ya ánimos para hablar. No sólo porque el esfuerzo que acababan de hacer los había extenuado, sino porque cada uno iba ensimismado en sus pensamientos. Aquel camión que hendía el camino, los transportaba con sus familias, sus sueños, sus ambiciones, sus esperanzas, su fuerza, su miseria, sus desesperanzas, su pasado y su futuro, como un ariete que arremetiera contra una puerta de gigante tras la que se ocultara un destino desconocido y en la que todos los ojos estuvieran prendidos con hilos invisibles.

Ahora podremos hacer que Kais estudie y comprarnos uno o dos pies de olivo. Quizás podamos también construir una casita donde vivir que sea nuestra. Ya soy viejo, así que no sé si lo conseguiré o no... ¿Pero tú crees que vale mucho más la pena vivir así que morir? ¿Por qué no pruebas y haces como nosotros? ¿Por qué no te levantas de ese almohadón y te lanzas por esos mundos de Dios a ganar el pan? ¿Vas a comer toda la vida la ración que te dan de alimento y a rebajarte ante esos funcionarios[13] por un solo kilo de harina?.

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor resoplaba sin cesar.

Shafika era una mujer buena... Era casi una niña cuando aquel obús de mortero le arrancó la pierna que los médicos le amputaron desde más arriba del muslo. Su madre no quería que nadie hablara mal de su padre... Zacarías se había ido allá, a Kuwait... Aprenderás muchas cosas. Llegarás a saber muchas cosas. Eres todavía un muchacho que no sabe de la vida más que un niño de pecho. En la escuela no se aprende nada más que a ser perezoso, así que déjala y "échate al agua" como antes hicieron otros.

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor hacía un ruido infernal.

¿Era una mina lo que había pisado mientras corría? ¿O una granada que le había lanzado alguien escondido tras una trinchera? Pero, ¡qué importaba todo

[13] Se refiere a los funcionarios del UNRWA (ver nota 1 del prólogo)

eso ahora! Estaba allí con las piernas colgadas hacia arriba y sus hombros reposaban en una cama blanca. Y aquel dolor atroz que se le clavaba entre los muslos... Y aquella mujer que ayudaba a los médicos... Cada vez que se acordaba de ella su rostro enrojecido de vergüenza... Di, ¿qué te trajo su patriotismo? Una vida de vagabundo, ¡Eres incapaz de acostarte con una mujer! ¡Eso fue todo lo que ganaste! No quiero volver a saber nada de nada... ¡Qué con su pan se lo coman! Lo único que quiero ahora es dinero... dinero.

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor resoplaba sin cesar.

El policía lo llevó a empujones ante el comandante. Así que te crees un héroe, ¿eh? ¡Y a hombros de esa pandilla de imbéciles te manifiestas en la calle! Le escupió en la cara, pero él no se inmutó. El escupitajo, viscoso, repugnante, se deslizó lentamente por su frente y se detuvo en la punta de la nariz. ¡Llévenselo! En el pasillo, oyó como el policía que lo llevaba agarrado del brazo susurraba con una voz apenas audible: "¡Maldita sea tener que llevar este uniforme...!" Después cuando el policía lo soltó, echó a correr. Así que su tío lo que pretendía era casarlo con su hija y, para ello, quería que empezara a abrirse camino... claro, si no fuera por eso, ¿por cuánto en su vida hubiera soltado aquellos cincuenta dinares?.

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor resoplaba como un monstruo gigantesco que, con sus fauces inmensas, fuera engullendo el camino.

El sol estaba en el cenit y dibujaba, en el cielo del desierto, una blanca cúpula de fuego. La estela de polvo reverberaba bajo aquella luz intensa y deslumbraba la vista... Contaba que fulano no había vuelto de Kuwait. Había muerto allí de una insolación. Cavaba la tierra con la azada cuando cayó desplomado al suelo. ¿Y qué? Lo había matado una insolación... Que lo entierren aquí o allí... Eso fue todo, una insolación. ¿No era genial el que había inventado aquella expresión[14]? Como si de aquella inmensidad surgiera un gigante misterioso que azotara sus cabezas con un látigo de fuego y alquitrán ardiendo. Pero ¿cómo iba el sol a matarlos así y a matar todo el ímpetu que encerraban sus pechos? Atormentados por la misma obsesión y como si se hubieran trasmitido los pensamientos, sus miradas se encontraron. Abuljaizarán miró primero a Marwán, luego a Abu Kais y sorprendió su mirada posada en él. Trató de sonreír, sin conseguirlo. Después de enjugarse el sudor con la manga dijo con voz casi inaudible:

-Aquí tienes el infierno de que tanto oíste hablar.

---

[14] Lo mismo que en inglés *sunstroke* o en francés *coup de soleil*, en árabe, insolación se dice *darbat ash-shams*, literalmente: "golpe de sol"

-¿El infierno de Dios?

-Sí, ése.

Abuljaizarán extendió la mano y apagó el motor. Después bajó del camión seguido de Marwán y de Abu Kais. As'ad seguí echado arriba. Abuljaizarán se sentó a la sombra del camión y encendió un cigarrillo. Luego, con voz apagada, dijo:

-Vamos a descansar un rato antes de volver a repetir la función.

Abu Kais:

-¿Por qué no salimos ayer por la tarde? Con el frío que hace de noche nos hubiéramos ahorrado toda esta fatiga.

Abuljaizarán contestó sin levantar la vista del suelo:

-De noche el camino entre Safwan y Mitla está lleno de patrullas... En cambio, de día, con una canícula como ésta, ninguna patrulla se aventuraría a salir...

Marwán intervino:

-Si a ti no te registran el camión, ¿por qué no nos quedamos fuera de esa prisión horrible?

Abuljaizarán contestó tajante:

-No seas estúpido. ¿Hasta ese punto tienes miedo de quedarte cinco o seis minutos dentro? Ya hicimos más de la mitad del camino y lo que nos queda ahora es lo más fácil.

Se levantó y fue en busca de la cantimplora que colgaba de la portezuela.

-Cuando lleguemos los invitaré a una comilona estupenda. Mataré dos pollos.

Empino la cantimplora y empezó a beber, el agua le goteaba por entre las comisuras de los labios hasta empaparle la barbilla y luego la camisa. Cuando sació la sed, se vació lo que quedaba por la cabeza y dejó que el agua le corriera por el cuello y el pecho. El aspecto que tenía así era de lo más extraño. Volvió a colgar la cantimplora de la portezuela, sacudió las manazas y exclamó:

-¡Vamos, ya conocen el tinglado de memoria! ¿Qué hora es? Las once y media. Cuenten, pues. Siete minutos a todo lo más y les abro la tapa. Recuérdenlo bien, ¿eh? Ahora son las once y media.

Marwán miró el reloj y movió la cabeza. Quería decir algo, pero se sintió incapaz. Avanzó hacia la escalerilla de hierro y empezó a trepar. As'ad plegó la camisa y después desapareció en la trampa. Marwán titubeó un instante y al fin se decidió a seguirlo, apoyó el vientre en el borde del orificio y se dejó caer poco a poco, con maña, sin poder evitar una expresión de espanto en la mirada. Abu Kais fue el último en bajar. De pie ante Abuljaizarán, movió la cabeza y musitó.

-¿Siete minutos?

Abuljaizarán le dio una palmada en el hombro y lo miró a los ojos. Estaban los dos uno frente al otro, chorreaban sudor y eran incapaces de pronunciar una palabra.

Abu Kais subió la escalerilla con decisión y después metió las piernas por el orificio. Marwán y As’ad desde adentro, lo ayudaron a bajar. Abuljaizarán cerró la tapa y después de dar dos vueltas a la manecilla saltó al suelo y, como un meteoro, se encaramó en su asiento. Un minuto y medio más tarde, el camión penetraba en el espacio rodeado de alambras del puesto de Mitla, y se detenía ante la gran escalera del edificio de un solo piso. A ambos lados de la escalera se alineaban pequeños despachos con las ventanas cerradas. No había ni un alma. Uno o dos automóviles estaban estacionados en un extremo de la plaza. Enfrente, había algunas carretas de vendedores ambulantes. Reinaba un silencio total que sólo rompía el zumbido sordo de los ventiladores de aire acondicionado empotrados en las ventanas. Junto a la gran escalera, un soldado permanecía de pie en su garita de madera.

Abuljaizarán subió la escalera como una exhalación y se dirigió hacia el tercer despacho a la derecha. Nada más abrir la puerta y entrar, sintió de inmediato, por las miradas que le dirigieron los empleados de la aduana, que algo iba a pasar. Sin inmutarse, depositó los papeles ante el funcionario gordo sentado al fondo del despacho.

-¡Ah, Abuljaizarán!

Con una indiferencia estudiada, apartó a un lado los papeles que tenía ante sí y cruzo los brazos de la mesa metálica.

-¿Dónde estuviste todo este tiempo?

-En Basora.

-El Hay Rida preguntó por ti por lo menos seis veces.

-El camión estaba roto.

Los tres funcionarios que ocupaban el despacho soltaron grandes risotadas. Abuljaizarán, perplejo, miraba en torno suyo sin comprender. Por fin, se dirigió al gordo:

-¿Qué es lo que les hacer reír tanto esta mañana?

Cambiaron miraditas entre los tres y volvieron a estallar en carcajadas. Abuljaizarán, nervioso, cambiaba de un pie a otro.

-No, ahora no, Abu Bark, te lo ruego. No tengo tiempo para bromear.

Alargó la mano y volvió a colocarle delante los papeles, pero Abu Bakr los apartó de nuevo al otro extremo de la mesa, se cruzó de brazos y soltó una risita maliciosa.

-¿Así que tenías el camión roto, eh?

-Sí, pero te lo ruego, ahora tengo prisa.

Los tres hombres cambiaron entre sí sonrisas de complicidad. En la

mesa de no de ellos no había más que un pequeño vaso de té, mientras que el otro había dejado su trabajo para seguir con atención lo que pasaba. El gordo, a quien llamaban Abu Bakr, dijo después de soltar un eructo:

-Pero bueno, Abuljaizarán, sé razonable, ¿Por qué tienes esa prisa por irte con el calor que hace? Aquí está fresco, voy a decir que te traigan un vaso de té. Acomódate a gusto.

Abuljaizarán agarró los papeles, y tomando la pluma que Abu Bakr tenía ante sí, dio la vuelta a la mesa hasta llegar a su lado. Después de ponerle la pluma en la mano, lo empujó por el hombro para que alargara el brazo.

-La próxima vez que pase por aquí me quedaré una hora. Te lo prometo. Pero ahora, deja que me vaya. ¡Por el amor de Dios y el de tu madre! ¡Toma, firma!

Pero Abu Bakr se negaba a tender la mano y lo seguía mirando fijamente, con expresión estúpida.

-¡Vaya granuja que estás hecho, Abuljaizarán! ¿Por qué no te acordaste de andar más ligero cuando estaban en Basora, eh?

-Ya te dije que tenía el camión en el garaje.

Volvió a tenderle la pluma pero Abu Bakr no movió un dedo.

-No mientas, Abuljaizarán... no nos vengas con cuentos. El Hay Rida ya nos contó toda la historia de cabo a rabo.

-¿Qué historia?

Se miraron unos a otros. El rostro de Abuljaizarán palideció de miedo. La pluma le temblaba en la mano.

-La historia de esa bailarina. ¿Cómo se llama, Alí?

Sentado tras la mesa vacía, Alí contestó:

-Kawkab.

Abu Bark descargó un puñetazo sobre la mesa y su sonrisa se hizo más amplia.

-¡Kawkab! Eso es, ¡Kawkab! Abuljaizarán, eres un pillo. ¿Por qué no nos cuentas tus aventuras en Basora? Delante de nosotros haces el papel de hombre de modales finos y después en Basora te entregas a todos los placeres con una bailarina... Kawkab, sí, eso ¡Kawkab!

Aunque trataba de no sobrepasar los límites de la broma, Abuljaizarán no pudo evitar alzar el tono de voz:

-¿Kawkab? ¡Qué Kawkab ni qué diablos! Déjame que me vaya antes de que al Hay Rida me eche.

-¡Nada de eso! Cuéntanos algo de esa bailarina. El Hay Rida está enterado de tu historia y nos la ha contado... Así que venga.

-Si el Hay Rida ya se los dijo todo, ¿para qué quieren que se los cuente yo otra vez?

Abu Bark se puso en pie resoplando con un toro:

-Así que entonces es verdad... ¡La historia ésa es verdad!

Dio la vuelta a la mesa y avanzó hasta llegar al medio de la habitación. Aquella historia de sexo lo había excitado. Había pensado en ella noche y día, despertando en él toda la lujuria que lo atormentaba después de una larga abstinencia carnal. La idea de que un amigo se hubiera acostado con una puta, lo excitaba y avivaba en él todas sus obsesiones.

-Así que te vas a Basora pretendiendo que el camión está averiado y después te pasas con Kawkab las noches más felices de tu vida. ¡Ay, Abuljaizarán! ¡Mira que eres sinvergüenza! Dinos como hace el amor. El Hay Rida dice que está tan enamorada, que se gasta todo el dinero en ti y que hasta te firmó cheques. ¡Ay, Abuljaizarán! ¡Menudo sinvergüenza estás hecho!

Se acercó a él con el rostro congestionado. Era evidente que había gozado pensando en la historia, desde que el Hay Rida se la había contado por teléfono. Con voz ronca le susurró al oído:

-Oye, ¿eres tú tan potente o es que allí no hay hombres?.

Abuljaizarán rió histérico y tendió los papeles a Abu Bakr que, presa a su vez de una risa convulsa, tomó la pluma y firmó sin prestar demasiado atención a lo que hacía. No obstante, cuando Abuljaizarán extendió la mano para agarrar los papeles los escondió detrás de la espalda y lo apartó con el otro brazo.

-La próxima vez iré contigo a Basora, ¿de acuerdo? Preséntame a esa Kawkab. El Hay Rida dice que es una beldad.

Abuljaizarán, temblando, alargo de nuevo el brazo tratando de agarrar los papeles.

-De acuerdo.

-¿Lo juras?

-Por mi honor...

Abu Bakr volvió a estallar en carcajadas convulsas, movió la cabeza y volvió a su asiento. Abuljaizarán se precipitó fuera del despacho con los papeles en la mano. La voz de Abu Bakr lo perseguía, implacable:

-¡Menudo sinvergüenza ese Abuljaizarán! Nos ha estado engañando desde hace más de dos años y hoy lo descubrimos todo.

Pero, ¡qué granuja!

Abuljaizarán irrumpió en el otro despachó. Echó una ojeada al reloj: eran doce menos cuarto. En menor de un minuto los demás papeles estaban firmados. Salió y cerró tras de sí con un portazo. Volvió a sentirse inmerso en un vaho de calor. No importaba. Saltó los tramos de la escalera de cuatro en cuatro. Cuando llegó ante el camión se paró un instante a observar la cisterna pensando que aquella chatarra iba a derretirse bajo el sol infernal. Al primer contacto arrancó el motor. Se escabulló tras la portezuela sin hacer ni siquiera

un gesto de despedida al centinela. Ahora la carretera estaba asfaltada y dentro de un minuto o un minuto y medio llegaría a la primera curva. Detrás, ya no se le vería desde el puesto de Mitla. Un camión se cruzó con el suyo. Disminuyó un poco la velocidad. Después, volvió a acelerar a fondo tomando la curva en un amplio viraje hasta casi tocar el contén arenoso. Los neumáticos chirriaron con un sonido prolongado como un quejido. Sentía la cabeza vacía. Sólo miedo. Pensó que estaba a punto de desmayarse. Las manos callosas le quemaban sobre el volante, que parecía puro fuego, pero seguían agarradas a él sin aligerar la presión. El asiento ardía y el parabrisas, cubierto de polvo, reverberaba bajo los rayos del sol. Parecía como si las ruedas desollaran el asfalto y producían un violento chirrido. ¿Por qué tenías que ponerte a filosofar, Abu Bakr? ¿Por qué tenías que arrojarnos a la cara todas tus marranadas? ¡Que la maldición de Dios, todopoderoso, que la maldición de Dios, que no existe en ningún sitio, caiga sobre ti, Abu Bakr, y sobre ti, Hay Rida, mentiroso! ¿Una bailarina? ¿Kawkab? ¡Vayan todos al diablo!

Paró el camión violentamente, colocó el pie sobre la rueda y trepó al techo de la cisterna. Al posar las manos sobre la superficie de hierro sintió que se le quemaban. Imposible tocar aquel horno. Tuvo que levantarlas. Se apoyó en los codos y se arrastró por el techo de la cisterna hasta llegar a la trampa. Con las mangas de su camisa azul agarró la manecilla, la hizo girar y levanto la tapa de hierro oxidada. Miró el reloj. Eran las doce menos nueve minutos.

El vacío. El agujero permanecía sumido en el silencio. Abuljaizarán estaba convulso, le temblaba el labio inferior, resollaba de temor. Las gotas de sudor que le caían de la frente se evaporaban de inmediato sobre la chapa ardiendo. Agachado, con las manos en las rodillas, metió la cabeza por el agujero negro y gritó con voz rota:

-¡As'ad!

La voz resonó dentro de la cisterna hasta traspasarle los oídos. Antes de que se desvaneciera el eco, gritó por segunda vez:

-¡Eh!

Apoyó las manos en el borde de la trampa y ayudado por los codos se deslizó hasta tocar el fondo. Dentro, la oscuridad era total. No veía absolutamente nada. Sólo cuando se apartó un poco del orificio, un disco de luz penetró hasta el fondo e iluminó un pecho cubierto de espesos pelo grises que despedían reflejos con una placa de estaño. Se agachó y pegó el oído sobre aquellos pelos empapados. El cuerpo estaba rígido e inerte. Extendió la mano y, a tientas, avanzó hacia otro rincón de la cisterna. Allí otro cuerpo seguía aún agarrado a la armazón de hierro. Buscó a tientas la cabeza, pero sólo consiguió palparle los hombros mojados hasta que sus manos descubrieron por fin la cabeza inerte sobre el pecho. Cuando le palpó el rostro, sus dedos rozaron la boca que colgaba, completamente abierta. Abuljaizarán sintió que

estaba apunto de asfixiarse. Chorreaba sudor por todos los poros. Tenía el cuerpo empapado, pegajoso, como si estuviera untado de aceite. ¿Temblaba a causa del sudor? ¿O era el miedo?. Volvió a abrirse camino a tientas hasta llegar al agujero. Cuando asomó la cabeza fuera, sin saber por qué le vino a la mente la imagen del rostro de Marwán. Sintió que aquel rostro llenaba todo su ser como una imagen fluctuante proyectada en una pared. Movió la cabeza con violencia, como para desecharla. De nuevo el sol implacable. Se detuvo un instante a respirar un poco de aire. Imposible apartar aquella imagen de su mente. El rostro de Marwán lo perseguía como un torrente desbordado. Volvió a su asiento, Abu Kais... Su camisa seguía allí tirada en el asiento de al lado. La agarró y la echó por la ventanilla.

Puso en marcha el motor y empezar a bajar la cuesta despacio. Volvió la cabeza y miró hacia atrás: a través de la ventanilla posterior veía la tapa de la cisterna abierta sobre los goznes enmohecidos. Después la tapa se esfumó tras las gotas de agua salada que le inundaban los ojos. La cabeza le dolía hasta estallarle. Se sentía mareado. Aquellas gotas saladas, ¿eran lágrimas o era el sudor que le manaba de la frente?.

LA SEPULTURA

Al caer la noche, Abuljaizarán condujo al camión fuera de la ciudad dormida. A lo largo de la carretera brillaban, vacilantes, los faros del camión. Sabía que aquellos postes que desfilaban a uno y a otro lado, terminarían pronto, un poco más allá de la ciudad. No tardaría mucho en verse envuelto en la oscuridad más total. En una noche sin luna y los bordes del desierto aparecían silenciosos como la muerte. Se apartó de la carretera asfaltada y se adentró en el desierto. A mediodía, había decidido que cavaría tres tumbas y los enterraría uno a uno. Pero ahora se sentía agotado, con los brazos como anestesiados. Si no tenía ni fuerzas para sostener la pala, menos iba a tenerlas para cavar durante horas los tres hoyos. Al salir del garaje de Hay Rida se había dicho, en su fuero interno, que no los enterraría. Dejaría los cuerpos abandonados en el desierto y volvería a casa. Pero la idea no le agradaba. Le disgustaba pensar que los cuerpos de sus compañeros se consumieran en el desierto y fueran devorados por los buitres o las hienas. Y que después de unos días no quedaría de ellos más que unos esqueletos blanquecinos sobre la arena.

El camión avanzaba por el camino arenoso con un leve crujido. Seguía pensando. No, no se podía decir que aquello fuera exactamente pensar. Eran una serie de imágenes que desfilaban por su cabeza sin orden ni concierto. El cansancio. Como columnas de hormigas en los huesos. Hasta él llegaron emanaciones de un olor a putrefacción. Era el vertedero municipal. Pensó: "¿Y si los echara aquí? Los descubrirán mañana por la mañana y los enterrarán a expensas del Estado." Giró el volante y avanzó despacio por el mismo rastro que había dejado antes sobre la arena las ruedas de otros vehículos. Después apagó las luces de carretera y dejó encendidas las de población. Cuando llegó junto a la montaña de basura, apagó todos los faros. El olor a podrido impregnaba la atmósfera a su alrededor... Terminó por acostumbrarse. Paró el motor y salió de la cabina.

Permaneció un momento de pie junto al camión, aguzó el oído para asegurarse de que nadie lo había visto y después trepó a la cisterna. Estaba fría, cubierta de gotas de rocío. Dio varias vueltas a la cerradura enmohecida y después levantó la tapa que chirrió, quejumbrosa. Se apoyó en los codos y se deslizó en el interior con agilidad... El primer cuerpo estaba helado, rígido. Lo alzó sobre los hombros. Primero la cabeza a través del agujero, después empujó todo el cuerpo hacia fuera por los pies. Oyó el ruido que producía al rodar hacia el borde de la cisterna y después el choque amortiguado al caer pesadamente sobre la arena. Tuvo alguna dificultad con el otro para soltarle las manos agarradas a la barra de hierro. Lo alzó sobre sus hombros y lo empujó por los pies hacia arriba. De nuevo el mismo ruido apagado del cuerpo al caer sobre la arena. Sacar el último cuerpo le fue más fácil.

Saltó al exterior, cerró la trampa despacio y después bajó la escalerilla. La noche era de una oscuridad total. Mejor, así se evitaría verles los rostros. Arrastró los cuerpos uno a uno por los pies hasta el final del camino donde los camiones municipales solían pararse a verter la basura. El primer chofer que llegara por la mañana temprano tendría que verlos.

Volvió a subir el camión y puso en marcha el motor. Avanzaba despacio en marcha atrás y trataba de confundir el rastro de las ruedas con las de otros camiones. Decidió continuar así hasta llegar a la carretera principal. No quería dejar ni una huella de su paso. De pronto se paró de golpe. Apagó el motor y volvió a pie sobres sus pasos hasta donde había dejado los cadáveres. Les sacó de los bolsillos todo el dinero que llevaban, quitó a Marwán el reloj, y volvió hacia el camión con pasos sigilosos sobre las puntas de los pies.

Cuando llegó a la portezuela de la cabina y se disponía a pisar el estribo, una idea le pasó de pronto por la cabeza y lo dejó como paralizado, incapaz de hacer el menor movimiento ni de pronunciar una palabra. Quiso gritar. Pero no, aquello sería absurdo. Trató de completar el movimiento que había iniciado y subir hasta la cabina, pero sintió que no tenía fuerzas para ello. La cabeza le zumbaba de cansancio, parecía que iba a estallarle. La agarró entre las manos y empezó a mesarse los cabellos como para apartar aquella idea de su mente. En vano. La idea enorme, inmensa seguía allí firme, fija, obsesionante. Volvió la vista hacia donde había arrojado los tres cadáveres. Aquella mirada sólo sirvió para avivar, aún con más vigor, la idea que lo atormentaba. Ya no podía guardarla por más tiempo dentro sí y al fin fluyó de su cabeza hasta infundirle movimiento a su lengua paralizada. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y con los ojos desorbitados, fijos en la oscuridad de la noche, gritó:

-¿Por qué no golpearon las paredes de la cisterna?

De pronto, giró sobre sí mismo como si fuera a caer al suelo. Ya en el camión, con la cabeza inclinada sobre el volante, volvió a gritar:

-¿Por qué no golpearon las paredes de la cisterna? ¿Por qué no llamaron? ¿Por qué?

Y toda la inmensidad del desierto repelía como un eco:

-¿Por qué no golpearon las paredes de la cisterna? ¿Por qué no llamaron? ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

LO QUE OS QUEDA

A Jaled, el primero que ha
retornado y que sigue caminado

G.K.

ACLARACION

Los cinco personajes de esta novela –Hamed, Mariam, Zacarías, el reloj y el desierto- al moverse, no siguen líneas paralelas ni tampoco contrarias, como parecería a primera vista, sino líneas discontinuas que a veces convergen hasta el punto de fundirse en sólo dos. Esta convergencia afecta también al tiempo y al espacio, ya que no hay ninguna separación precisa entre lo que sucede en lugares alejados uno de otros ni entre lo que sucede en diferentes momentos, por lo que a veces, el tiempo y el espacio también se confunden.

Reconocemos la dificultad que supone entrar en un mundo en el que todo se confunde, pero era inevitable que así fuera si queremos que la novela exprese de una sola vez todo lo que se ha propuesto decir. Por ello, para indicar los momentos en que sin previo aviso se producen las convergencias, los encuentros y los movimientos, hemos recurrido al artificio de utilizar diferentes caracteres de imprenta.

Hay que reconocer que esta artificio puede molestar sobremanera el paso de una secuencia a otra –que tendría que producirse por sí solo sin indicación alguna- y podría considerarse el establecimiento deliberado de un orden en un mundo en que la realidad es todo desorden. Pero experiencias anteriores de este género demuestran que este recurso era inevitable.

Gassan Kanafani.

Sólo entonces pudo mirar de frente al disco rojo que, colgado encima del horizonte, se extinguía como una antorcha inmersa en el agua. Instantes después, el sol se hundió por completo y dejó tras de sí, suspendidas en el cielo, estelas incandescentes que se desvanecían sobre un fondo, primero gris brillante y después como un lienzo esmaltado de blanco.

De pronto apareció el desierto. Inmerso, hasta donde alcanzaba la vista. Por primera vez lo veía respirar como un ser vivo, misterioso, terrible y manso a la vez, y cambiar bajo las cenicientas ondas de luz, hasta retroceder poco a poco, tras el manto negro del cielo, que descendía.

Inmenso, oscuro. Demasiado grande para amarlo como para odiarlo. Nunca silencioso. Lo sentía respirar como un cuerpo monstruoso. A medida que se hundía en él, le comenzó el vértigo. El cielo se cerraba sobre él sin ruido y, detrás, la ciudad se alejaba hasta no ser más que un punto negro perdido en el horizonte.

Ante sí, hasta donde alcanzaba la vista, el desierto. Sobre su vientre, sobres su pecho, oía el ritmo acompasado de su respiración. En el inmenso telón negro que se alzaba tras el horizonte, una a una se abrían las ventanas por donde asomaban las estrellas de hiriente fulgor.

Sólo entonces supo que no volvería nunca más. Tras de sí, en la lejanía, Gaza desaparecía en la noche como de costumbre: primero la escuela, después su casa, luego la playa plateada que se hundía en las tinieblas y, por último, las luces débiles, mortecinas, de la ciudad, que vacilaban unos instantes hasta extinguirse una tras otra, lentamente. Avanzaba, y sus pasos en la arena producían un crujido sofocado. Tenía la misma sensación que cuando se lanzaba al mar en medio de las olas: una sensación de fuerza y de poder, pero también de impotencia y de fragilidad.

Se hundía en la noche como un ovillo de lana cuyo cabo hubiera quedado sujeto en su casa de Gaza. Durante dieciséis años aquel ovillo de lana se había devanado en torno suyo y, por fin, hoy se libraba de él mientras se arrastraba en la noche: "Repite: Te doy por esposa a mi hermana Mariam –te doy por esposa a mi hermana Mariam- por una dote de –por una dote de- diez guineas[1] –diez guineas- pagaderas más tarde –pagaderas más tarde". Estaba sentado frente al *Sheik*[2]. Detrás de él los presentes tenían los ojos clavados en su espalda. Todos sabían que nunca la habría dado por mujer si no fuera porque estaba en cinta del que iba a ser su cuñado, de aquel canalla sentado a su lado, que con gesto burlón parecía reírse para sus adentros.

---

[1] La guinea, es decir la libra egipcia, era la moneda utilizada en Gaza desde que este territorio pasó a estar bajo administración egipcia después de la guerra árabe-israelí en 1948.

[2] Además de anciano y de jefe de tribu, *sheik* es también el título que llevan los gobernantes y los personajes de alta alcurnia de algunos países del Golfo Arábigo, y, como en este caso, el título dado en los países de Oriente Medio a los dignatarios o jefes religiosos de la comunidad islámica.

El total pagadero más tarde, claro, lo que ahora corría prisa era el feto que se agitaba en las entrañas. Fuera de la habitación la agarró por el brazo: “He decidido irme de Gaza”. Ella sonrió. Su boca pintada de rojo parecía una herida abierta “¿Adónde te irás?. Parecía querer añadir algo, decirle que aquello era imposible. “Me voy a Jordania por el desierto”. “¿Huyes de mí?”. Movió la cabeza como para asentir: “Lo eras todo para mí y te has deshonrado, me has engañado... Si tu madre estuviera aquí”.

Mañana cuando acueste a su hijo bastardo le dirá: “Si tu abuela estuviera aquí...” Después el niño crecerá, se casará y tendrá hijos y a su hijo le dirá: “Si tu bisabuela estuviera aquí...” Si... si... Desde hacia dieciséis años no había hecho más que repetir: “Si tu madre estuviera aquí”. Cuando reñía, le decía: “Si tu madre estuviera aquí”. Cuando reían, cuando a ella le dolía algo o cuando faltaba un plato, cuando a él lo echaban del trabajo y cuando encontraba otro: “Si tu madre estuviera aquí, si tu madre estuviera aquí”.

Su madre nunca había estado en Gaza, a unas horas a pie de Jordania. Durante dieciséis años nadie pudo ir hasta allí. Pero él, inconscientemente, justo en el momento en que pronunciaba las palabras: “Te doy por esposa a mi hermana Mariam...”, había decidido que se iría allí.

Bullía por dentro y se tragaba toda la amargura que le consumía las entrañas. Ella, con su sonrisa como una herida abierta, volvió sobre sus pasos y dijo al canalla que más que hablar, gruñía detrás: “Tu cuñado Hamed quiere irse de Gaza”. Zacarías respondió sin mirarlo, como si no lo conociera, como si no estuviera allí: “Hamed habla mucho, déjalo” En el mismo instante se preguntaba para sus adentros: “¿Dónde habrá podido ocurrir?”. Le miraba el vientre ligeramente abultado bajo el vestido. Seguro que un día se había ido de la escuela pidiendo permiso al director, quizás con el pretexto de que tenía un dolor de cabeza terrible. Eso era lo que decía siempre: “Me duele la cabeza que me estalla”. Después había ido a la casa mientras él estaba ausente. Ella le abrió la puerta y él había entrado, le había desabotonado la blusa... Y ella pretende que no se dio cuenta de nada. Pero, ¿cuándo sería?.

Ella se dio vuelta sin pronunciar palabra y, con aire ausente, empezó a responder a las felicitaciones de los invitados. En todo el cuarto flotaba una letanía de enhorabuenas[3]. Él, sin dejar de mirarla, estrechaba las frías manos que le tendían. Desde hacía dos meses lo roía una obsesión cada vez que la ira lo aguijoneaba. Con un largo cuchillo en la mano, se abalanzaba sobre su cama y le descubría el rostro mientras a sus ojos desorbitados asomaba el espanto. La agarraba del cabello murmurando unas palabras breves, pero tajantes y claras; otras veces, sin pronunciar una palabra, le bastaba con mirarla y ella comprendía. Después, de un solo golpe le clavaba el cuchillo en el corazón y se lanzaba fuera

---

[3] La palabra árabe es *mabruk* y equivale a lo que sería en español “felicitaciones” o “enhorabuena”.

de casa en busca de él, su cuñado. "Te doy a mi hermana Mariam por esposa por una dote de diez guineas pagaderas más tarde". Su cuñado.

Había dejado que la deshonrara. Se había dado a aquel canalla en un cuarto de hora que le había robado a él. Y ahora el niño que crecía en su vientre. Lo tenía agarrado por el cuello: "Eres libre de dármela o no por mujer. No seré yo el que pierda". "¿Pero, por qué no me dijiste nunca que querías casarte con ella?" Movió la cabeza sonriendo con el aire de un comerciante honrado que tratara de indemnizar por una mercancía dañada: "Lo que pasó, pasó". Le entraron ganas de levantarse y pegarle. El otro seguía con la misma sonrisa: "No irás a pegarme, ¿eh? La gente va a decir que me has pegado porque soy el que..."

"¡Basta!". Era un ser insignificante, horrible como un mono. Se llamaba Zacarías. Con sus grandes manos hubiera podido agarrarlo por la cintura y estrujarlo hasta ahogarlo. Pero no, no podía hacerlo. Su hermana Mariam escuchaba detrás de la puerta con el crío que se agitaba en su vientre. Cuando el último invitado se fue, el cuñado cerró la puerta y, como si estuviera en su casa, se quitó los zapatos y se arrellanó en el asiento igual que una porquería que se hubiera posado allí por casualidad en el lugar menos indicado. Después lanzó un suspiro, cruzó las manos detrás de la nuca y su mirada odiosa recorrió el cuarto con satisfacción. Por último, se posó en ella: "Así que entonces quiere irse por el desierto. Ni siquiera me felicitó. Ahora soy su cuñado, ¿no?, y además soy más viejo que él". Después se levantó bruscamente, como si un resorte lo proyectara en el aire y se puso a recorrer la habitación con los ojos fijos en el suelo: "Lo que quiere es intimidarnos, Mariam. ¿Por qué no le dices que a nosotros eso nos deja fríos?". Apoyada contra la pared, ella permanecía en silencio en actitud encogida como una vieja esposa que estuviera de más. Se detuvo y la miró de nuevo, su voz adoptó un tono patético: "El desierto puede tragar diez como él en una sola noche". Le daba la espalda como para mostrar bien a las claras que era sólo a Mariam a quien se dirigía: "En primer lugar, tendrá que atravesar la frontera nuestra, después la de ellos dos veces, y luego la frontera jordana. Y además de esas cuatro posibilidades de encontrar la muerte hay cientas más en el desierto. .. ¿No te das cuenta de que nos está gastando una broma pesada?". Ella seguía sin responder. La atmósfera del cuarto era tensa, sofocante. El cuello de la camisa aparecía rodeado de un hilo de sudor. Oía el jadeo de su propia respiración. Sabía muy bien que sería absurdo decir algo, pero tampoco podía permanecer callado. Se levantó, se dirigió a la puerta con decisión y, antes de salir, se volvió: "Me voy mañana por la tarde".

Bajó la escalera con precipitación. Hubiera deseado oír una llamada, la voz de Mariam que gritara para retenerlo: "¡Hamed, vuelve!", pero nada, sólo el ruido de sus pasos en la escalera. Antes de llegar a la acera, oyó la puerta que se cerraba sin que saliera de allí una palabra. Después, se hizo el silencio.

Ahora, la noche había caído por completo y con ella encima, soplaba en el

desierto un viento helado como el aliento de un muerto. Ya no sabía si tenía miedo de aquel cuerpo que se extendía hasta el infinito y que con los latidos de un solo corazón llenaba la inmensidad del cielo. Se detuvo un momento y miró hacia el firmamento como una tienda negra agujereada, el espacio oscuro como un abismo. Se alzó el cuello del abrigo y hundió las manos en los bolsillos. De pronto, el ruido se desvaneció. Estaba solo con aquel ser vivo debajo de él, dentro de él, que respiraba con un silbido y se bañaba majestuoso en un mar de oscuridad rutilante. Sintió un ruido a lo lejos, pero no le pareció extraño. En aquella inmensidad plana abierta a todo, nada podía sorprender, nada podía ser más que pequeño, nítido, familiar. El ruido que, al principio, parecía venir de todas partes no tardó en volverse más preciso. Como una inmensa aguja blanca, un rayo de luz barrió el horizonte y dibujó un semicírculo. Luego, a lo lejos, dos ojos luminosos se movieron en todas direcciones y proyectaron a sus alrededor destellos de luz. No tenía miedo. Sin vacilar un instante, se echó al suelo. Bajó su cuerpo, la tierra temblaba como una muchacha virgen. El hilo de luz acarició con suavidad las ondulaciones de arena. Se apretó contra ella y la sintió suave, caliente. De pronto el ruido aumentó. El auto estaba ahora completamente enfrente. Hundió los dedos en la arena. Como un ser vivo, aquella carne infundía calor a todo su cuerpo, el soplo ardiente de su respiración se desparramaba por sus mejillas. Hundió más la boca y la nariz. Los latidos se hicieron más intensos. De pronto, el automóvil cambió de dirección. Brillaron las luces rojas de atrás y después se fundieron en la noche. "Te doy a mi hermana Mariam por esposa..." Recostó de nuevo las mejillas contra aquel pecho ardiente. La brisa fresca que soplaba, lo baño. Las luces rojas habían desaparecido ahora, como si una mano las hubiera apagado. "Si mi madre estuviera aquí... si mi madre estuviera aquí...". Se dio vuelta y sus labios rozaron la tierra ardiente. "No puedo odiarte, ¿pero seré aún capaz de amarte? Y a ti que en una sola noche puedes tragar diez hombres como yo, he elegido amarte. No me queda otro remedio más que amarte, eres todo lo que me queda". *Eres todo lo que me queda... Tan lejos de mí aunque estés en mi cama... Me dejas sola mientras cuento esos golpes metálicos, fríos, contra la pared. Golpean. Golpean. Golpean en ese ataúd de madera colgado frente a la cama. Lo trajo él mismo de zoco un día de julio. Cuando llegó a la puerta no podía sacar la llave del bolsillo porque no llevaba en los brazos y, como me dijo después, era demasiado pesado. Cuando llegué, lo encontré de pie delante de la puerta, pensativo, como si se hubiera olvidado de sí mismo. Chorreaba sudor y no parecía enfadado. Me miró y dijo: "¿Por qué has tardado tanto?" ¿Tardado? ¿Qué es eso que traes ahí?.* Echó una mirada a lo que llevaba en los brazos: "Es un reloj de pared, pero parece un pequeño ataúd, ¿no?". Entramos en casa y se dirigió de inmediato al dormitorio. Frente a su cama había un clavo grande en la pared. Lo colgó allí mientras yo le sostenía la silla. Luego bajó,

retrocedió unos pasos y lo miró satisfecho. Pero no funcionaba. Reflexionó un momento. Se me ocurrió decirle: "Quizás haya que darle cuerda". Movió la cabeza: "No, lo que pasa es que está inclinado. Un reloj de pared con péndulo no funciona si no está derecho". Volvió a subirse a la silla, lo movió ligeramente y, como si hubiera dado en el blanco, en el mismo instante empezó a sonar. Nos pareció que los golpes metálicos eran como los de una muleta contra el suelo. Cuando volvió a poner la silla en su sitio, le hice la pregunta que sin duda estaba esperando: "¿Cuánto te costó?" Pero la que me sorprendí fui yo ante la respuesta que no me esperaba: "No lo compré, lo robé". Desde ese día, sigue allí colgado y golpea sin caer con ese ruido metálico como el de una muleta, golpea... golpea... golpea... Zacarías. Golpea... Ahora sólo me quedas tú y el reloj. A él lo dejamos irse sin una palabra. Oí sus pasos en la escalera como si vacilara. Creí que volvería. Estaba desgarrada entre él, todo mi pasado, y tú, que eres todo mi futuro. Pero no me moví y tú tampoco te moviste. No volvió. Luego cerraste de un portazo, cerraste todo y entraste en el otro cuarto. Cuando me reuní contigo, me aseguraste que volvería, que era demasiado joven para atravesar solo el desierto y que pronto se daría cuenta de que lo que pretendía hacer era un disparate.

Si mi madre estuviera aquí se habría refugiado en la casa de ella. Y yo también. Las dos habríamos hablado de él. Una sola palabra. No habríamos dejado nunca que las hojas de la puerta se hubieran cerrado tras él para borrarlo por siempre de nuestras vidas.

Con el hijo del panadero me envió su primer y último mensaje; "Me voy al anochecer. Te escribiré desde Jordania, si llego". Debajo, con trazado cuidadoso, su pequeña firma: "Hamed", como cuando salía por alguna razón y dejaba un recado en el reverso de un paquete de cigarrillos que ponía de manera visible sobre la radio: "Vuelvo enseguida. Hamed". Sabía que nada más llegar a casa lo primero que hacía era dirigirme a la radio... Pero lo hemos engañado, Zacarías, lo hemos engañado. Tenemos que reconocerlo. Ahora está lejos. Camina desde hace por lo menos tres horas y sus pasos puedo contarlos uno a uno como eso golpes metálicos que resuenan contra la pared. Los golpes del ataúd. *Golpes llenos de vida que resuenan sin cesar contra mi pecho sin otro eco que el miedo. Contra el alto muro que se alzaba tras él, caminaba como un animal perdido resuelto a ir hasta el final de aquel viaje sin fin cargado de cólera, de pena, de asfixia y quizás de muerte. La canción única de la noche en mi cuerpo. Desde que sentí su primer paso supe que era extranjero. Al verlo, me convencí. Estaba solo, sin armas, y quizás también sin esperanzas. A pesar de ello, desde el primer instante de pavor, me pidió que lo amara porque no podía odiarme.* No puedes odiarme, Zacarías, no puedes, eres todo lo que me queda. Él se ha ido, ha quedado borrado de esta habitación. De él no queda nada más que ese sonido metálico contra la pared, incesante, como una muleta sin

rumbo. No me queda nada que hacer, más que contar esos golpes, mientras tú duermes tan cerca de mí, lejos... como la muerte.

No lo conoces aunque hayan trabajado juntos en la tienda que llamabas la "escuela del campo". Y él tampoco te conoce a ti. Yo soy la única que los he conocido a los dos. Su opinión sobre ti se limitaba a una expresión muy breve que pronunció el día que te encontramos por casualidad. Era la primera vez que yo te veía. "-¿Cómo se llama? –Zacarías... -¿De dónde lo conoces? –Es un colega de la escuela del campo -¿Es amigo suyo? –Por supuesto que no, "es un cerdo"."

Y eso era todo: "Es un cerdo". Nunca cambió de parecer, incluso cuando se enteró de lo nuestro, la única palabra que pronunció fue ésa: "¡Cerdo!". Después se fue... El péndulo se detuvo de pronto, un solo instante, y el reloj dio nueve campanadas. Caminaba desde hacía tres horas... No supo que tres días más tarde me paraste en la calle y me dijiste: "Saludos a Hamed". No le trasmití tus saludos porque sabía que me habías parado por otra razón... *Se detuvo de pronto y miró primero el cielo, después el reloj. Supe que pensaba en lo que piensan todos: recorrer el mayor camino posible antes de que amaneciera. Todo el mayor camino que le permitieran sus piernas jóvenes. Yo estaba extendido ante él, entregándome sin reservas a su juventud, a sus pasos que golpeaban mi carne. Pero como los demás, tenía miedo de esa extensión infinita, sin colinas, sin hitos, sin caminos. Permanecía de pie y miraba un punto ante sí, allí donde la negrura de la tierra se confunde con la negrura del cielo. Después volvió a caminar lleno de juventud, pero también de cólera, de angustia, de tristeza*. No podía decirle que se había desviado un palmo hacia el sur y que el amanecer lo sorprendería en medio del desierto con el ardiente sol encima. Nunca supe por qué pasé aquella tarde delante del café donde estabas sentado. Como si fuera por casualidad. Ni por qué me rezagué para darte la ocasión de verme y de que me alcanzaras. No sabía que ese instante tan breve me llevaría, cuatro meses después, a tu cama, frente a ese ataúd colgado de la pared, que no deja de sonar. Sonar. Frente a su cama, la cama de él. Era en esta habitación donde dormíamos juntos. Entonces la tía todavía no había muerto y dormía en la otra habitación. Mi cama estaba debajo de la ventana y la suya al otro lado de la habitación, frente al reloj. Después de la muerte de la tía, pasó mi cama al otro cuarto y él se quedó aquí frente al reloj, en esta cama, escuchando los golpes metálicos, secos, que resuenan contra la pared sin cesar.

La tía murió en la cama de él... Se me ocurrió ahora pensar que eso era lo que él quería porque cuando cayó enferma por última vez decidió llevarla a su cama sin decir nada. Allí murió una noche cuando el reloj acababa de dar la una. Una campanada, una sola, con un golpe seco, hiriente. O como un último paso. Eso nos pareció a los dos. Puede que a ella también. Dirigió una mirada al reloj y después a mí, mientras le hablaba a él: "Recuerdos a mi hermana. Si Dios

quiere algún día irán a reunirse con ella o vendrá ella aquí con ustedes". Volvió a mirar el reloj que había empezado otra vez a sonar como si fuera por primera vez y, sin dejar de mirarlo, dijo: "Cuida de la muchacha". Salí de la habitación. La muchacha. La muchacha... Allí seguía la muchacha en mis vestidos, en mi cuerpo ardiente, en mi cama. Tan extranjera como la separación misma... *No me di cuenta de que había salido, pero la tía señalaba con su dedo escuálido hacia la puerta: "Cásala, Hamed, cásala. Sé muy bien lo que es una muchacha". Pero la muy sinvergüenza no había esperado. Me vino con un crío en el vientre. ¿Y el padre? Ese cerdo, ese canalla de Zacarías. Me engañaron los dos y después me echaron de casa. Me hundió en su vergüenza. "Te doy a mi hermana Mariam por esposa... Pagadero más tarde... más tarde". Vino y me dijo: "Tengo que contarte algo grave". Con el corazón palpitante le dije: "Pues siéntate". Se sentó con las manos cruzadas sobre el regazo. Posé la mirada en aquellas manos y enseguida comprendí. Sobrecogido de espanto, el sudor me manaba de la frente y me anegaba los ojos. Creí oír un grito que salía de sus entrañas, un grito desgarrado que se escapaba de entre sus nalgas detrás de las manos cruzadas como si quisiera esconder algo. Entonces se echó a llorar y dijo con voz débil: "¿Dios mío, lo sabías?" Me agarró la mano entre las suyas y la acarició con los labios húmedos de lágrimas. Divagaba: "Pero nos casaremos, Hamed, nos casaremos". Casi sin pensar con un autómata, le pregunte: "¿Quién es él? -Zacarías- ¿Zacarías? ¿Zacarías? –Espera un momento, ¿Zacarías? ¡Dios mío!". Detrás del campo se alzaba el gran paredón. Fue allí adonde nos llevaron a todos. En el pasadizo angosto que lleva al edificio en ruinas hubo apretones. Nos imprecaban en hebreo, salpicado de palabras en un árabe entrecortado. Después nos pusieron en fila y nos registraron a fondo, con las piernas separadas y las metralletas bajo el brazo, apuntándonos. De pronto empezó a lloviznar y el campo se sumió en un silencio negro y desolado. A mediodía, llegó el oficial y llamó: "¡Salem!". La fila, calada hasta los huesos, permaneció silenciosa. Volvió a gritar el mismo nombre con voz más chillona. Uno de los hombres, nervioso, dio unos pasos para desentumecerse y se oyeron crujir los guijarros. Después, de nuevo el silencio. Incapaz de contener su impaciencia, el oficial parecía a punto de estallar. Detrás de él, como la música de fondo que acompaña con perfección sin igual una obra de teatro magistralmente interpretada, se oyeron chasquear las mandíbulas de acero de los fusiles al engullir las balas. Despacio, el oficial se apartó y dejó el campo libre a los cañones que nos apuntaban. "Sabemos que está entre ustedes, pero si se empeñan en ocultarlo vamos a mandarlos a todos al infierno". Los guijarros volvieron a crujir. Cerré los párpados, el mundo se alejaba de mí, ya nada tenía sentido. Fue en aquel momento cuando Zacarías salió de la fila y, postrado, de rodillas, con los puños cerrados sobre el pecho, se puso a gritar. Los cañones de acero se apartaron vacilantes. El oficial se*

acercó y le dio una patada. Después ordenó a dos solados que lo ayudaran a levantarse porque las piernas le flaqueaban tanto que era incapaz de hacerlo por sí solo: "Les diré quién es Salem". Pero antes de que lo hiciera, Salen salió de la fila sorpresivamente. Se detuvo delante de nosotros y nos dirigió una mirada cargada de gratitud. Una mirada inolvidable. Después se lo llevaron. Se volvió hacia Zacarías para decirle adiós. En su mirada se anunciaba ya la muerte. Helada, dura, como la de un espectro. Desapareció tras el paredón. Después se oyó una descarga, una sola. Todos, como si hubiera habido transmisión de pensamiento, miramos a Zacarías, Zacarías, Zacarías. Mi cuerpo ardía bajo mis vestidos aquella llama viva me devoraba día y noche. Cuando me cambiaba de ropa y colgaba los vestidos en la pared, delante del reloj que todas las mañanas en su pequeño ataúd repetía incansablemente su fúnebre tictac, mis pechos de fuego brincaban como presos en la red de Hamed y mis manos se deslizaban inconscientemente a lo largo de mis nalgas, bajo el eterno tictac del reloj. En casa no había ningún espejo grande en que pudiera mirarme de cuerpo entero. Sólo podía ver mi rostro y, si inclinaba un poco el espejo, el pecho, el vientre, las nalgas. No era más que pedazos sueltos de un cuerpo de muchacha desgarrada perseguida por los sonidos roncos, secos, zahirientes del ataúd, que golpean contra la pared sin piedad. Fuiste el primero que me tocaste. En aquel momento parecías tan cerca de mí como si toda la vida hubiéramos vivido juntos en la misma ropa. Entre tus dedos, tus manos, tus labios, y bajo tus ojos, te entregué treinta y cinco años de mi vida, año tras año, al sonido de aquel tictac, como una muleta que hubiera perdido el rumbo. ¿Tendré que verte toda mi vida como un ladrón que te robas una mirada a la vuelta de una esquina? "¿Por qué no nos casamos entonces?" Tu hermano Hamed me pedirá una dote de veinte camellos[4]. "Pregúntale". Ese pequeño no soporta ni el sonido de mi voz, lo conozco. Preferiría matarte antes que verte con un hombre, así que no digamos si, encima ese hombre se llama Zacarías. Entonces, ¿es que no quieres casarte conmigo? Sí, claro que sí, ¿pero por qué no quieres verme? Le di todo lo que hay en mí de salvaje, pero él, sin saberlo, se alejó de su camino. Una sola cosa no podía darle: el tiempo. Se le escapaba a cada paso que daba. Después de todo, no era el tiempo lo único que tenía en contra suya. Más que rivalizar con él, luchaba tan sólo por no perderlo. Con un ímpetu salvaje que sin saber de dónde le venía, agitaba todo su ser, sintió que tenía que detenerse y se detuvo. Ante sí, en el horizonte se divisaban luces y un camino y se oían ruidos lejanos. Si hubiera sabido que iba adelantado, pero no lo sabía. Se detuvo y se puso a meditar. Con el movimiento le había entrado calor a pesar del viento frío que soplaba en todas direcciones. Escupió. No importaba. ¿Qué tenía que ver yo con los sentimientos que se agitaban en su

[4] Expresión de origen beduino que equivale a decir, "una dote muy elevada".

interior? Lo único que me importaba era el rumbo que tomaría y, en aquel momento, estaba en la mala dirección. Parecía seguir furioso por algo con lo que yo no tenía nada que ver y que tampoco tenía la menor relación con aquella parada de media hora lejos del buen camino. Sucedió exactamente lo que yo me había imaginado. Al querer mantenerse a una distancia prudente de las luces, volvió a equivocarse de rumbo y se dirigió directo hacia el sur, casi sin reflexionar, fiándose sólo de su instinto que el miedo avivaba y ofuscaba al mismo tiempo. La misma mezcla de sensaciones que llenarían a un intrépido aventurero perseguido que golpeara con ambos puños una puerta desconocida. Cuando lo vi ante la puerta temblé de miedo y de emoción. Hamed acaba de irse hacia sólo cinco minutos y Zacarías estaba allí en el umbral, seguro de sí mismo. Me preguntó: ¿Está en casa?" Y sin esperar repuesta avanzó. Entraste, me pusiste la mano en el hombro y bajo aquel peso me sentí dominada. "Quisiera hablarte de nuestro matrimonio". Sentí tal embriaguez que ni supe cómo acerté a decirle: "No está en casa". "¿Tardarás mucho? Quiero decir, ¿puedo esperarlo?" "No sé, creo que no. Fue a buscar las cartillas de racionamiento. Estamos a primeros de mes, ya sabes". Entonces avanzó hacia dentro y de pronto se volvió: "¿Tienes miedo de mí?" "No ¿por qué?" Te acercaste, me plantaste en el cuello tus labios ardientes y caímos juntos en el sofá que me servía de cama. Ahogada contra mis vestidos me llegaba tu voz: "Así que entonces va a tardar", sentí tu mano apretándome el pecho, "entonces va a tardar, pasaba por aquí casualmente". Tu cuerpo se apretujaba todo él contra el mío y yo me sentí arder, "pasaba por casualidad cerca del centro y vi una multitud increíble. Es verdad, estamos a primero de mes", no supe cómo sentí después tus manos toscas en mi espalda desnuda, "así, que entonces va a tardar". Las palabras me llegaban al oído y allí revoloteaban sin sentido. Ya no me importaba que tardara o dejara de tardar. Después te volviste a vestir: "Es mejor que me vaya". Estaba desplomada, muda, todo se desmoronaba en mi interior. Cuando la puerta se cerró, oí el reloj que daba ocho campanadas como si también él llamara a la puerta. Si mi madre estuviera aquí, Zacarías, si mi madre estuviera aquí. Pero no hay nadie más que tú. Y Hamed me degollaría si lo supiera. Creo que estoy encinta. Sonreíste y me posaste la mano en el hombro mirándome el vientre como si pudieras ver a aquella criatura perdida, envuelta en mis entrañas, que desde su escondrijo observaba furtiva el mundo con sus ojillos extraviados. Fue en una callejuela donde me dijiste: "Eres una tierra fértil, diablesa, una tierra fértil. Te lo digo yo". *Una tierra fértil sembrada de ilusiones y de incógnitas. Todas las hojas de acero del mundo se han quebrado contra tu dorado pecho desnudo. Tu pecho árido que se extiende hasta mi infinito y hasta el suyo y se baña majestuoso en un mar de tinieblas. Todos los aceros del mundo se han quebrado uno tras otro sin poder arrancar una sola raíz de tu cosecha vigorosa y exuberante. Al que se adentra en tu seno lo engulles hasta hacer de él una raíz*

más perdida en la inmensidad, pero firme, que en tus entrañas se nutre de la sustancia necesaria para crecer. No hay nada que cosechar. No me lo digas, aunque lo pienses. Tengo miedo. No me atrevo a deshacerme de él, a deshacerme de mi vergüenza. Pero Zacarías es mi única vergüenza en treinta y cinco años de castidad y recato.

El reloj dio las diez. Golpea... Golpea... Como una miserable muleta abandonada que repite siempre el mismo sonido en el pequeño ataúd cuidadosamente cerrado. Camina sin parar desde hace cuatro horas mientras tú, acostado junto a mí –oigo tu respiración- me dejas sola con él contando sus pasos contra la pared. ¿Qué es lo que le queda? ¿Acaso lo sabes?, Zacarías... Zacarías...

-¿Sigues sin dormir?

-No, pero dime, Zacarías, ¿cuánto se tarda en ir de Gaza a Jordania a pie?

-Ya te lo dije mil veces.

-No, no me lo dijiste.

-Doce horas...

Se recostó de lado. El reloj seguía con su tictac. Apoyado en el brazo, añadió:

-Eso, si conoce bien el camino.

Se me acercó y buscó mi rostro en la oscuridad:

-Y si no tropieza con una patrulla...

Se sentó, se pasó los dedos por el pelo y miró su reloj:

-¿Qué hora es?

-Acaban de dar las diez.

-¿Y aún piensas en él?

-Sí.

-Hice a mi manera todo lo que pude por impedírselo. ¿No estás enfadada conmigo, verdad?

-No.

-Entonces trata de dormir.

-Eso intento desde hace dos horas por lo menos.

Volvió a deslizarse en la cama y hundió su rostro en la almohada.

-De todas maneras, de nada sirve pensar en él toda la noche. Lo mejor es que mates el tiempo y duermas.

-No puedo.

Se dio vuelta y calló. De nuevo me sentí sola en aquella habitación vacía, pero llena de aquellos golpes monótonos e incesantes que me penetraban por los oídos y me invadían la cabeza. Extendió la mano para tomar una caja de fósforos el velador y después encendió un cigarrillo. La luz le iluminó el rostro, cuadrado, tosco, con los pequeños ojos semicerrados que le brillaban en la oscuridad. Se incorporó, se recostó en la almohada y aspiró una bocanada. En la

negrura de la noche flotó un punto luminoso que los golpes de la muleta no tardaron en extinguir.

-Cambiaremos los muebles de la casa en la medida de nuestras posibilidades. Las dos camas pueden pasar, pero trataremos de cambiar los sillones de la otra habitación.

-Hay que pensar en el niño.

-¡Estás loca! Créeme, vas a perder la juventud por causa de esa criatura. Un día lo maldecirás, maldecirás a su padre y la hora en que no hiciste caso de un buen consejo. Te vas a volver una mujer fofa con todo el vientre lleno de vetas como si hubieras tenido la viruela. Sé lo que te digo, yo lo he visto con mis propios ojos, y durante todo un año no serás una mujer sino un barril de leche.

Se acercó a mí con el cigarrillo entre los labios, y me pasó la mano por el pecho y el vientre.

-Tienes un cuerpo maravilloso, no sabes hasta qué punto. Mañana, cuando hayas puesto tu enorme huevo, te volverás una montaña de carne y no te quedará más que ese "pequeño berreón" que hará de tu vida un infierno.

De pronto surgió ante mí. Me había dicho a mí misma que nunca pensaría en ella hasta el punto de que ni siquiera le pregunté cómo se llamaba. Pero de súbito, apareció a los pies de la cama con sus hijos a cuestas mientras él me hablaba y seguía con su gruesa mano cálida en mi vientre.

-Nunca me dijiste cómo se llamaba.

De pronto retiró la mano y aspiró una bocanada de humo. Hubo un silencio. La muleta volvió a golpear con velocidad redoblada.

-Sabía que me lo preguntarías un día. No es que no quiera decírtelo, pero ¿por qué ahora?, ¿por qué te ha pasado eso ahora por la cabeza?

-Tu mano, tu mano encima de mi vientre... ¿Hacías igual con ella?

-¡Qué sé yo!, pero te daré un consejo, sólo por tu bien: trata de no pensar demasiado en ella.

-¿Qué fue lo que te dijo?

-No dijo nada. No hacia más que llorar sin parar, ¿cómo iba a encontrar tiempo para hablar?

Se me acercó aún más y su aliento avivó la llama que en mí ardía. Sabía lo que pasaría y que sería incapaz de resistir. Mis vestidos se deslizaban entre sus dedos, que recorrían mi cuerpo exuberante, en torno a mí, la noche palpitante exhalaba olor a hombre. De pronto, me sentí balanceada hacia arriba hacia abajo, agarrada por los hombros, arrojada, empujada, levantada, apartada, arrastrada, estrujada, inmersa en una ola de horror helada y ardiente a la vez. Hasta que perdí el conocimiento. Hamed me sacudió, me apretaba por los hombros con sus manecitas llenas de ternura: "Mariam, ¿te sientes mal?" "No, no pasa nada, ¿dónde está mamá?" "La dejaron allá, en la playa, pero se reunirá con nosotros. La tía nos acompaña". Era pequeño, pero de un valor increíble.

Escudriñaba a la gente con ojos tiernos y una expresión de reto en la mirada; y se pegaba a mí como un pequeño escudo de acero al acecho de la punta de una lanza. Tras la playa, en la oscuridad, Jaifa ardía en llamas. Una lluvia de bólidos de fuego se abatía con estruendo sobre la ciudad. Nos arrastraba una ola oscura de gritos y de llamadas, "¿Por qué dejaste a mamá en la playa?" " No la dejé, la barca estaba llena, pero tomará otra. Los hombres cuidarán de ella, yo tenía que venir contigo y la tía también". Sólo tenía diez años y yo veintitantos, y creo que fue entonces, en aquel momento de locura, cuando comprendió todo. Pasó la noche sin dejar de mirarme con sus ojos de pequeña ave rapaz. En torno a nosotros el vacío negro, infinito. Los remos golpeaban la superficie de las olas. Golpeaban, golpeaban, y al poco rato Jaifa se esfumó en el horizonte como una antorcha inmersa en el agua. *Te he querido, más que a mi propia vida, sinvergüenza. He pasado mis días y mis noches sólo para servirte sin descanso. Quería hacer de ti una mujer honrado y casarte un día con un hombre honrado. Pero te abriste de piernas ante el primero que vino. El primer cerdo. Y ahora lo llevas en tus entrañas, sin pensar en mí ni un solo instante. Puede que hasta tampoco en él. Sinvergüenza, más que sinvergüenza. Pero te vas a encontrar enfundada en sus calzones como la otra y se repartirá entre las dos. Allí morirás, diré a nuestra madre que has muerto y que te enterré en el pantalón de un cerdo casado con otra mujer a la que ya le hizo cinco chiquillos y puede que un sexto esta misma noche*. ¿Cómo vamos a vivir los dos juntos? ¿Te instalarás aquí conmigo y la dejarás a ella? ¡Pensar que ni siquiera se me ocurrió preguntártelo! Puede que te quedes toda una noche sin venir porque la pases en la cama de ella y al volver de su casa para ir a la escuela llames a mi puerta. O quizás ni llames. Cada vez que vayas a verla, pasarás por delante de mi puerta. ¡Dios mío! Nunca me había parado a pensar que mi casa está a medio camino entre la suya y la escuela. ¿Te imaginas que pases ante mi puerta sin volverte siquiera? ¿Le tiras a ella también el pelo cuando los dos gozan de ese placer que hace daño? "Ya te dije que dejaras de pensar en ella y que pensaras en mí. Estoy contigo". Me alzó entre sus brazos robustos, frente al reloj –no se divisaban sus agujas en la oscuridad, pero e péndulo seguía con su eterno tictac- y nos sumergimos en una especie de inconsciencia. ¿Cómo Hamed habría podido entenderlo? Había sido siempre maravilloso pero, después de todo, no era más que mi hermano. Que el tiempo pasara, eso a él no le decía nada mientras para mí era la muerte. Pensaba en ello por lo menos dos veces al día. Para él, me convertía día a día en una madre y él en un tabú para mí. Nunca logró comprender que mi primer encuentro con un hombre de verdad nos perdería a los dos y a ese pequeño mundo que nos habíamos empeñado en construir, un mundo absurdo que no estaba dispuesto a aceptar a otra solterona más. ¿Qué es lo que esperabas entonces? Se retiró y volvió a echarse boca arriba desnudo. Miraba fijamente el techo mientras jadeaba. "¿Estabas ausente, estoy seguro! Estabas

igual que un pedazo de madera, pero no será por mucho tiempo. Sé muy bien lo que hay que hacer contigo para que te me des". Hubo un breve silencio y después resolló: "Fathia era como tú al principio". "Así que entonces se llama Fathia". "De todo lo que te dije nos has entendido más que eso nombre, Fathia... Fathia... ¿Qué quieres que haga? ¿Qué la repudie? ¿Es eso lo que quieres, no? Eres más joven y más guapa que ella, ¿de qué tienes miedo entonces? Espera un poco y ya veremos lo que piensa ella".

Me levanté haciendo crujir el bastidor y me dirigí a la otra habitación. En la escuela inglesa de Jaifa teníamos una compañera pequeñita que cuando hablaba no paraba de hacer guiños, como si con ella el único tema de conversación fuera las historias de amor. Tenía un boquita bien perfilada, de gruesos labios carmesí que durante la clase no hacia más que morder para tenerlos siempre encendidos. Era pequeñita y su cuerpo enfundado en el vestido azul marino era como el de una gata en celo. Todo el tiempo escribía y recibía cartas. Cuando hablaba de un hombre siempre decía "él" y guiñaba un ojo. ¿Qué habrá sido de ti, Fathia? Su padre no hacía más que repetir que no se iría de Jaifa aunque tuviera que volver a la edad de las cavernas. Cuando hablaba soltaba una sarta de Ahlan wa sahlan[5] como un beduino repitiendo las fórmulas de la hospitalidad. Un día que habíamos ido a visitarlo durante los sucesos, entró en la habitación para traer un libro y de pronto se volvió hacia mí:

-¿Qué ha decidido tu padre, Mariam?

-No lo sé, pero tiene intención de quedarse, por lo menos eso es lo que dice.

-Ahlan wa sahlan. También yo tengo pensado quedarme.

Se dirigió hacia la puerta mientras Fathia nos hacia guiños y sonría a espaldas suyas. Pero no llegó a salir sino que volvió sobre sus pasos y se dirigió a nosotros:

-¿Por qué me voy a ir? Si ocurriera una catástrofe, Ahlan wa sahlan, el destino no podrá nunca rebajarnos a seres inferiores a los monos.

Cuando desapareció al final del pasillo, Fathia se dirigió a mí rápidamente:

-Un día te casaré con mi hermano Fathi. Él busca mujer, ¿qué te parece la idea?

-Ya te dije que antes quiero terminar los estudios.

Guiñó un ojo, sonrió y después se mordió los labios.

-¡A otro perro con ese hueso!

Mi madre utilizaba el mismo tono: "Si te prometes a Fathi no diré: "esta bien", sino, como su padre: Ahlan wa Sahlan". Mi padre, que estaba delante de

[5] Ahlan wa sahlan quiere decir literalmente "bienvenidos" dirigido a la persona que nos visita, pero, a veces, cuando se utiliza con un tono de resignación, puede equivaler a algo así como: ¡Paciencia, qué le vamos a hacer!"

la puerta, se encolerizó y comenzó a temblar como le sucedía siempre que se enfadaba. Empezó a gritar hasta desgañitarse: "Aquí nadie habla de boda mientras no se haya resuelto la cuestión". Cuando decía "la cuestión" era como si un peligro horrible e inminente nos acechara. Pronunciaba la palabra a su manera, recalcaba bien la primera sílaba y se comía el final. Hamed hace lo mismo, lo más probable es que lo haya heredado de nuestro padre. *Estaba junto a la puerta exterior cuando los vi aparecer al final de la calle, llevaban el cuerpo cubierto de sangre. Uno de ellos me preguntó: "¿Eres tú, Hamed?" Me eché a llorar.* Mi *madre se asomó entonces a la ventana y lanzó un alarido desgarrador. De pronto, todas las ventanas se abrieron y se empezaron a oír gritos y lamentos. Los hombres subieron la escalera en silencio. Iba envuelto en dos abrigos y un brazo desnudo que le colgaba se balanceaba de atrás para delante. Mariam no estaba allí. Si lo hubiera visto de aquella manera se habría vuelto loca. Eso era lo que mi madre no paraba de repetir hasta el último instante, por lo que me envió a esperarla al extremo de la calle para decirle que se fuera a dormir a casa de la tía. Después, también me mandaron a mí allí. Mi madre se quedó sola con las vecinas que habían venido para llorar al difunto. Al día siguiente, Jaifa ardía en llamas. Manchya no era más que un montón de ruinas ennegrecidas. Las ametralladoras aún silbaban. La tía vino para llevarse también a mi madre para su casa.*

Ahora las luces quedaban detrás de mí, pálidas silenciosas, pegadas al límite del horizonte. El ruido continuo de los camiones que se abrían camino en la noche venía de detrás de la loma, así que estaba a salvo. El suelo era ahora una planicie rocosa y podía caminar con paso más firme y seguro. Soplaba un viento frío que reanimaba. Quise ver la hora sin conseguirlo, tan negra era la noche. Pero después de todo, ¿qué más daba? Lo único que importaba eran las tinieblas frente a la luz. En aquel espacio negro e infinito, un reloj no era más que una pulsera de chatarra que sólo servía para inspirar miedo y expectación. Por eso, al poco rato me lo quité y lo arrojé al suelo. Hasta mí llegó su sonido apagado. *El tictac empezó a resonar dentro de mí, triste y abandonado como un corazoncito metálico en un cuerpo de gigante. Cuando más me alejaba de él, más me llamaban sus golpes que pedían socorro, aplastado bajo la bóveda infernal de aquel cielo de rutilante oscuridad que parecía abatirse sobre él como un loco. Después, se perdió poco a poco, él, cuya única misión en este mundo era señalar el paso del tiempo frente a una eternidad inmóvil y silenciosa.*

Me sentí más aliviado a solas con la noche sin ningún intermediario. La barrera entre ella y yo se había desplomado al fin y ahora nos encontrábamos frente a frente en un combate de verdad con armas iguales y con honor. Ante mí se extendía una inmensidad negra formada por millones de pasos y ajena por completo a aquellas dos pequeñas agujas. *Murió su pequeño tiempo limitado por una cuerda ridícula. Sobre las piedras frías parecía un ser extraño en un mundo*

fuera del tiempo, como un abejorro que zumbara sin cesar en un revoloteo loco, sobre un río del que no se divisaran ni las orillas ni el fondo. Sentí como si me hubieran amputado parte de la muñeca. Me agradaba entregarme a aquella sensación y dejar que mis pasos me condujeran sobre aquel suelo duro. Estaba seguro de que aquello no era una amputación, aunque mi deseo de librarme de él quizás fuera la causa de que lo pensara. Se había quedado tirado allí, en un lugar ignorado e imposible. Lo que había pasado era, ni más ni menos, como haberme arrancado de la muñeca, un viejo grano. Tuve el mismo placer doloroso que se siente cuando se arranca con dificultad y cuidado una postilla seca. El recuerdo de la herida misma desaparece como si hubiera estado pegada bajo esa costra bien ajustada y no quedara de ella más que una mancha ajena. *Se volvió loco y se sumió en la soledad de su tictac tras un muro infranqueable como el que los locos erigen entre ellos y el mundo.*

Vino a mí en silencio y encendió la luz. Se sentó enfrente y me miró dispuesto a lanzarse en una perorata sin fin. Pero no acababa de decidirse y aún chupaba el cigarrillo. Los golpes del reloj se alejaban de mí como una muleta solitaria que se hubiera abierto camino o cuyos pasos se perdieran como lo hacen siempre que me voy de la habitación:

-¿Te vas a quedar ahí sentada a esperar hasta que llegue?

-Pues sí, ya ves.

-Pero entonces, tal como tú lo esperar, no llegará nunca.

-¿Cómo?

-No sabrás nunca si llegó. ¿Cómo lo vas a saber?

-Dijo que me escribiría.

-Y sí...

-Si qué...

-Si te escribe, la carta tardará cinco días en llegar. ¿Entiendes lo que te digo? Me explico. Por lo que veo no estarás tranquila hasta que te haya escrito y te diga que llegó. ¿No es así? Bueno, se te escribiera mañana por la mañana, no recibirías la carta hasta dentro de cinco días, con lo que para ti sería como si hubiera caminado durante esos cinco días. Pero estoy seguro de que no te escribirá. Si se fue de Gaza es porque quería huir de ti. ¿Entonces por qué va a escribirte? Así que para ti, si no te escribe quiere decir que no ha llegado.

-Tonterías.

-Si mañana por la mañana lees en el periódico que mataron a uno al pasar la frontera...

-¡Basta!

-¿Hablamos, no? ¿Entonces, por qué te enfadas? Quería decir que si le pasara algo y los periódicos lo trajeran mañana por la mañana, seria...

-Ya te dije que basta...

Se calló. Por la puerta entreabierta penetraron, sordos, huecos, los golpes

metálicos del reloj. Conté las campanadas una a una. Seguro que él también las contaría mientras se desperezaba, estiraba los brazos y bostezaba.

-Las once. Todavía le queda más del doble por recorrer y nosotros, mientras tanto, sentados aquí como dos imbéciles sin poder hacer nada. Pero, ¡por todos los cielos!, ¿qué es lo que ha ido a hacer a Jordania? ¡Ver a su madre, ah!

La primera vez que tuvimos noticias de mi madre fue un crudo día de invierno. Fue después de cenar. Llamaron a la puerta apareció una vieja arrebujada en una manta oscura de la que chorreaba la lluvia. Preguntó por mi tía y la hice pasar adentro. Con su boca desdentada, soltó la noticia. "Tu hermana Um Hamed salió en la radio, pidió noticias tuyas, de Hamed y de Mariam, y quisiera saber dónde están". La tía se echó a llorar. Las lágrimas se deslizaban por su rostro terroso y seguían siempre los surcos de las mismas arrugas. Estaba sentada en medio del cuarto con las piernas cruzadas. Sin saber muy bien qué hacer, estrechó a Hamed con fuerza entre sus brazos mientras, con voz entrecortada por el llanto, le pedía que llorara con ella. Decidimos escribir a la radio para tener más detalles. Hamed insistió en que la carta estuviera dirigida a Um Hamed, y por fin, nos pusimos de acuerdo sobre una fórmula cualquiera. Cuatro días después recibimos una respuesta. Se levantó y como un fantasma pasó a mi lado y se dirigió a la otra habitación. Me llamó para que fuera a dormir, pero no quise. Volvió a llamarme otra vez, hasta que por fin, se calló. Poco después oí su respiración pesada y regular. Entonces me levanté, apagué la luz y me metí en la cama. Con los ojos cerrados, lo veía caminar con paso firme por aquella tierra remota. Hubo un instante en que lo vi con toda claridad, me miraba fijo, con ojos tristes y furiosos, solo, errante, quizás perdido. Me puse de nuevo a contar sus pasos. Zacarías dormía a pierna suelta con la cabeza hundida en la almohada. ¡Pero por todos los cielos!, ¿qué es lo que ha ido a hacer en Jordania? ¿Quiere atravesar todo ese desierto sólo para llorar en el regazo de su madre? ¡Pobrecito, es como un niño grande! Vivió toda su vida ante una sombra protectora que se había creado durante más de quince años y se refugió en ella a esperar que un día ocurriera una calamidad cualquiera. Había hecho de su madre lejana un refugio al que acudir en la desgracia. Había agrandado y recreado hasta tal punto aquella sombra, que se había olvidado hacer de sí mismo un hombre que no necesitara ningún refugio en los momentos de adversidad. Pero, ¿qué es lo que creías, pobrecito Hamed, que esta tierra fértil iba a seguir siempre virgen sin que a ningún arado le fuera dado entregarla?, ¿qué iba a pasarme la vida mirando tus pantalones colgados, mientras pensaba en un tal Fathi de Jaifa que ha estado ausente durante todos estos años y que trabaja callada y honradamente para reunir una dote digna de la hija de Abu Hamed? Pero Jaifa está perdida, desgraciado, perdida, perdida, como Fathi, como todo. Fuiste tú mismo quien colgó frente a mí ese ataúd para que me repitiera incansable día y noche esa

verdad trágica, tú quien me presentó a Zacarías, tú quien hizo de nuestra madre una obsesión. *¿Qué crees que va decirte esa madre que casi no conoces?: "¡Pobrecita Mariam! ¡Qué vida más desgraciada habrás tenido por haber terminado así! ¡Tú, la rosa del barrio, llena de ambiciones, tan instruida, tan de buena casta! ¿Cuánto habrás tenido que soportar para aceptar a un hombre como Zacarías con todos sus años a cuestas, su mujer y sus hijos? ¡Querida pequeñita mía!" ¿Qué te imaginaste cuando, en un momento de arrebato, decidiste dejar todo e ir en busca de tu madre? ¿Pensabas acaso que iba a irse contigo, atravesar el desierto para volver a Gaza, irrumpir en casa y poner a Zacarías en la calle para después devolver a Mariam su frescor, sus ambiciones, su virginidad?* Las piernas le flaquearon de pronto al pie de aquella loma. Se puso a temblar y se detuvo. Esta vez era definitivo. Ahora si que estaba seguro de que nunca más volvería atrás. Sus pies parecían haberse hundido en mi pecho como un tronco imposible de arrancar. Por un momento hasta creí que no podría continuar y se quedaría allí plantado jadeando hasta morir. Como el relojito abandonado que sonó hasta pararse sin que a nadie le importara. Un instante después, como si su mirada fija y ausente fuera la causa, un haz de luz roja brotó del cielo para después caer tras el horizonte como una cascada imaginaria. Era la primera vez que lo veía. Tenía un rostro de expresión adusta, quizás debido a la barba naciente, gris de polvo, la frente recta y las cejas muy juntas bajo las que apuntaban un par de ojos pequeños y negros. El cabello era corto, crespo y negro, pero el polvo le daba reflejos plateados. Con sus grandes manos y su cuerpo adolescente robusto y ágil, enfundado en un abrigo color de yute rugoso, parecía un gato salvaje. Era muy moreno, de ese color moreno que sólo se pega quemándose al sol durante generaciones, con un baño diario en la tierra y en la sangre. Un moreno cálido y vigoroso. El haz de luz roja siguió por un instante suspendido entre el cielo y la tierra, luego, sus rayos se volvieron verdes y con ellos las dunas, a lo lejos, pasaron del marrón al amarillo oscuro. De pronto, la noche se elevó del horizonte, invadió de nuevo el cielo y sembró tras de sí las estrellas en su orden. Estaba allí en pie, inmóvil, como delante de una puerta cuyas hojas, de súbito, se hubieran abierto de par en par. *De un infierno a otro, ¿no se te ocurre nada mejor que arrojarte al abismo, imbécil? ¿Qué quieres que diga tu madre? Habrías podido igual degollarla sobre tus rodillas y a él mandarlo al infierno. Después le habrías enjugado las manos llenas de sangre en la cara y en las paredes de la casa. Y entonces te habrías quedado. Pero no tuviste valor. Para eso tenías que haber sido menos cobarde. No, todo aquello era estúpido, estúpido. ¿No era también estúpido querer poner a tu madre entre tú y Mariam, hacer de ella una barrera de olvido? ¿Quieres imponerle una nueva catástrofe? Tu madre era par ti un caballero legendario dispuesto en todo momento a desenvainar la espada contra todo lo que pudiera ponerse en tu camino. Toda tu vida te apoyaste en ella. ¿Qué quieres ahora de ese paladín*

imaginario que, por tu fracaso y tu impotencia, sólo tiene ya un caballo enteco de madera? Siéntate aquí bajo la capa de ese cielo que te envuelva en sus profundidades y piensa con calma: Gaza ha desaparecido detrás de ti, sumida en la noche. El ovillo de lana ya está completamente desenrollado. Has dejado de ser ovillo de lana devanado durante dieciséis años. ¿Quién eres ahora? Cayo de rodillas como derribado por una mano invisible. EL haz de luz verde se desintegró en un solo punto en el cielo y arrastró consigo el fulgor que había lavado las tinieblas. Prosternado, con las manos en las caderas, parecía un ser animado que el haz de luz había arrojado sobre mí, para después irse como había bienvenido, solemne y sin ruido. *¿Estás seguro de que ella no se habrá casado también? Movió la cabeza con violencia como para desechar aquella idea. ¿Quién sabe si no se volvería a casar de inmediato, después de habernos perdido? En las cartas que escribía siempre decía que vivía con su hermano y que cuidado de los hijos de éste, y no tuviste más remedio que creerlo. Pero si al entrar en su casa te dijera: "Éste es mi marido. Creí que había perdido todo, ¿qué otra cosa podía hacer más que volverme a casar?", ¿qué harías entonces, di? ¿Volverás a Gaza? Piénsalo bien. Imagínate que te dice: "Todavía no tenía cuarenta años cumplidos y estaba sola por completo. Tenía que escoger entre quedarme con tu tío y los niños y pasarme la vida sirviéndoles o casarme con un hombre que cuando me muera pueda pagarme una mortaja y una tumba. ¡Hamed, pequeño mío! ¡Pobre hijito mío!, ¿por qué tenías que chocar con la vida tan duramente?* ¿Por qué no llevaste contigo un guía o un arma para acompañarte en este difícil trance? Parecía triste, angustiado, anonadado. Se había extraviado y la noche fluía en torno suyo sin que se diera cuenta. Hubiera querido decirle algo, pero el silencio es mi destino. Arrojado en aquel vacío negro, agotado, acongojado, transido de pena, no decía una palabra. *Ni una sola palabra. Mientras él aún golpeaba, golpeaba, golpeaba... Sólo me queda la espera amarga que sé que nunca terminará. A menos que lea su nombre en el periódico de la mañana. Sólo entonces acabará todo irremediablemente. Sólo quedaremos Zacarías y yo, y también ella, de pie, frente a la cama, con sus hijos a cuestas. Me mirará y me verá apagar mi sed en su fuente, desnuda entre los brazos de él lamiéndole el pecho como una perra. Dime, Hamed, ¿nunca has ido con una mujer? Me miró asombrado como si le hubiera dado una bofetada. Quizás se diera cuenta de que esta pregunta que le lancé de manera repentina, se me había ocurrido al ver su cuerpo desnudo envuelto en una toalla desde la cintura. Después de atarse bien la toalla con un nudo, me preguntó: "¿Qué quieres decir?" "Quiero decir que si nunca has pensado en casarte" Movió la cabeza, denegando: "Sólo me casaré cuando haya reunido a toda la familia en una casa que no sea este agujero inmundo". Di una vuelta en torno suyo y después volví a insistir: "Pero no has contestado a lo que te pregunté antes: ¿Has estado alguna vez con una mujer?" De nuevo leí en sus ojos la misma*

expresión de asombro. Me midió de arriba abajo con la mirada –quizás fuera la primera vez en su vida que me miraba así- y después comenzó a peinarse. Tenía el cabello negro y crespo que peinaba siempre hacia atrás sin necesidad de mirarse al espejo. Pero, al poco rato, el pelo volvía de nuevo a encrespársele. Lo sabía perfectamente y al principio era algo que lo irritaba. Después, al ver que era inútil, terminó por resignarse. Aquella noche volvió tarde, haciendo ruidos aquí y allá para despertarme. Cuando abrí los ojos, todavía no se había desvestido y comprendí enseguida que quería continuar la conversación de la mañana. Siempre recurría a la misma treta, con tal ingenuidad, que se le notaba a las claras que era incapaz de hacer teatro. Primero, hacia como que buscaba algo y después se volvía hacia mí y continuaba la conversación como si acabara de interrumpirse en aquel mismo instante: "Vi con mis propios ojos cómo se desangraba. Fue en una escalera. Lo llevaban envuelto en dos abrigos manchados de sangre. Un brazo desnudo le colgaba exangüe y se balanceaba de atrás para delante, parecía que me invitaba a seguirlo. Subí la escalera mientras sollozaba y me abría camino entre las piernas firmes y sólidas de los hombres. Vas a decirme que es imaginación mía, pero no lo olvidaré nunca... Te contaré mi secreto que hasta ahora nunca dije a nadie. Recuerdo que un día entré de sopetón en su habitación, no sé muy bien por qué. Abrí la puerta y los vi a los dos juntos en la cama. Debían de estar desnudos, pero lo único que vi fue su brazo, un brazo moreno y fuerte que rodeaba una criatura de piel muy blanca. Di media vuelta, cerré los ojos y eché a correr. Al día siguiente vino a sentarse junto a mí y comenzó a hablarme. No recuerdo nada de lo que me dijo, lo único que recuerdo de mi padre, lo único, todo mi padre, es un brazo: una vez cuando hacia el amor con mi madre y otra vez manchado de sangre con la rigidez de la muerte... Ese es todo mi padre, todo él, todo él".

Pequeño, eso dicen todos, pequeño. Y ahora aquí te encuentras de pronto, todo diminuto, arrojado en este vacío absoluto como una burbuja de aire que flota en un lugar ignorado y es incapaz de elegir su camino. Quizás fuera mejor que pasaras el resto de tu vida ahí de rodillas, prosternado, con la frente en el suelo y el cuerpo carcomido por la vergüenza y por la roña, esperando que una patada te enderece. Pero lo que buscas aquí es la mirada de Salem, que aún te remueve las entrañas, esa mirada de adiós a tu vergüenza eterna. Eso es lo que buscas aquí. Ni siquiera te quedará un látigo para sacudirte, como lo hizo durante años de vacío y de silencio, el látigo que Salem dejó tras si cuando se fue para siempre. Un día Salem me detuvo –una semana después de que entraran en Gaza-, me agarró del brazo y me preguntó: "¿Nunca has tenido ganas, ni siquiera un día, de tirar aunque sólo sea una bala en esta batalla? ¿Vas a dejarte aniquilar sin disparar un tiro?" Empecé a temblar. Era el hombre peligroso sólo a unos centímetros de mí. Aunque debió de sentir bajo su mano el temblor de mi cuerpo, siguió como si no se diera cuenta: "Por lo que me han dicho, mataron a

tu padre y durante todos estos años has vivido carcomiéndote, pensando en la forma de vengarte y diciéndote...” ¡bueno! Se calló de pronto y su sonrisa se esfumó tras sus pómulos salientes y sus ojos pequeños. “Tenemos todo lo necesario, ¿vienes?” Pero al día siguiente nos llevaron detrás del campo y nos colocaron en fila, Zacarías... Zacarías... Zacarías... Aquello me lo esperaba de él, pero nadie quería creerme. Cuando lo llevaron detrás del paredón, lo vi decir adiós a Zacarías con una mirada cargada de desprecio, hiriente. Su rostro adquirió, de pronto, la expresión rígida de los que saben que van a morir en la plaza pública, a la vista de todo el mundo, por una causa justa, una expresión trágica y arrogante a la vez, en la que no se leía la menor vacilación. Entonces las miradas de todos confluyeron en Zacarías que permanecía de pie con las manos cruzadas y la vista clavada en el suelo. Bajo una lluvia torrencial esperábamos la detonación. Se oyó un disparo que parecía haber sido a quemarropa. Zacarías se estremeció como si le hubieran dado a él en el vientre y se retorció un poco, parecía que iba a desplomarse. Después oímos un segundo disparo. Todos teníamos la mirada fija en él, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo. La tierra crujió. Poco después regresó el oficial con la sonrisa en los labios y aire de satisfacción. Nos grito: “Pueden volver a casa. Lo que acaban de ver les bastará”. Bajamos de nuevo al campo, cada uno llevaba a cuestas su propia humillación. *Cuando entró en casa tenía un aspecto tranquilo y serio. Se sentó y me miró mientras se mordía el labio. Después se levantó, se dirigió a la cocina y desde allí me anunció: “Hoy han matado a Salem, mañana quizás le toque a cualquiera de nosotros”. Cuando acudí a su lado llenaba el jarro de agua. No bebía nunca más que del jarro. Allí me di cuenta de lo pálido que estaba. Después de beber se volvió hacia mí. “Puede que mañana me toque a mí”. Salí de la cocina y me asomé a la ventana. Sentí sus pasos detrás de mí: “¿Y por qué va a tener que tocarte a ti? Tú no has hecho nada. Si a Salem lo mataron es porque... bueno, ya conocías a Salem... ¿pero a ti, por qué van a tener que matarte?*”. Con toda seguridad quería tranquilizarme, pero no se daba cuenta de que lo único que hacía era aumentar mi vergüenza. ¿Por qué van a tener que matarte a ti? ¡Claro, un ser tan insignificante qué mas daba que llevara una vida insignificante y muriera con una muerte insignificante, mediocre! *Ahora está postrado sobre mí como si el viento helado hubiera reblandecido sus huesos y lo hubiera arrojado al suelo sin conocimiento. Pronto no será más que un esqueleto calcinado por el sol y la arena, un mojón que, en vez de servir de guía, extravíe a los caminantes.*

Escudriñó las tinieblas y trató de distinguir el reloj en la oscuridad. Debía de ser cerca de medianoche. La vista se me acostumbró a la penumbra y en la esfera, de un blanco brillante, acerté a ver las dos agujas negras que se acercaban dispuestas a dar el salto final. Sus pasos resonaban cada vez más rápidos jadeantes en espera del momento tumultuoso del encuentro. Zacarías se volvió

del otro lado y se puso a roncar, sumido en sus sueños. Con la vista fija en aquella aguja negra que se arrastraba sobre la esfera de esmalte blanco pensaba: ¡Qué esfuerzo de todo un día para llegar a ese breve encuentro! Y la otra que, como una pequeña lanza, la esperaba impasible, suspendida sobre su cabeza. ¿Y si las dos se pararan y se fundieran de repente hasta expirar como expiran los deseos cuando se realizan? Al poco rato se oyó un ruido y el reloj dejó de sonar un breve instante como si adoptara un aspecto grave para anunciar una noticia terrible a la muchedumbre silenciosa agolpada ante su Majestad. La aguja grande dio un pequeño salto para juntarse con la pequeña y las dos se desvanecieron en un estrepitoso repiqueteo metálico. Sonaron doce campanadas. La última, como ese estremecimiento de lasitud que se produce cuando se derrama la última gota de esperma. La aguja grande prosiguió su recorrido con su paso solitario que sonaba en el vacío. Medianoche. Dentro de cuatro horas, a todo lo más, amanecería y la luz del día es cruel enemigo de los que huyen. De pronto, lo sentí latir por primera vez en mis entrañas, moverse dentro de mí desde el fondo insondable de lo desconocido, temblar leve como un gorrión prisionero en las dos manos. Después, dudé que aquella pudiera ser verdad. Abrí la mano y la quise posar sobre él, pero él permanecía silencioso, lejos de mí, quizás aún dominado por la ira. Pronuncié su nombre: "Hamed", y me puse a sollozar sin razón o más bien por todas las razones juntas.

Estaba seguro de que ocurriría. Un cohete rojo surgió de detrás de la loma. De un salto se elevó en las tinieblas y dejó tras de sí una cola de chispas azuladas. Cuando recorrió su trayectoria, estalló con un ruido apagado para transformarse en una luminosa nube violeta que, suspendida muy bajo en el cielo, terminaba en medio arco de humo blanco. Después, la nube se espesó poco a poco, arrojó una lluvia de chispas. El desierto se había iluminado de pronto, pero aquella luz lo hacía aún más misterioso, más irreal. Por primera vez desde que empecé a caminar en aquel desierto, sentí miedo, un miedo como nunca antes había sentido. Me parecía que aquella loma que estaba justamente delante de mí y que la luz del cohete me había revelado, tal vez ocultara un ser misterioso: un demonio, un profeta, un hombre. Con gran esfuerzo traté de dominar los nervios y también los músculos de las nalgas que me temblaban como lo hacen esos animales reacios a dejarse sujetar. Me rehice y traté de razonar: no tendría nada de extraño que detrás de esa loma hubiera un hombre o incluso varios, y fueran ellos los que lanzaran esa señal luminosa. La certidumbre de estar completamente solo, me atizaba el deseo de defender con ferocidad mi vida. Así que logré recuperar poco a poco el aliento, los movimientos y la cabeza, me eché bien pegado al suelo cuan largo era. Si ese hombre había lanzado una señal luminosa era que quería que lo localizaran. Sentí que me amenazaba un peligro y para que no me vieran me pequé aún más contra el suelo, todo cuanto pude. Seguro que estaba detrás de la loma, de allí

era de donde había surgido la señal luminosa. Tal vez estábamos los dos perdidos. *No sabía nada en absoluto, pero ese peligro misterioso que lo había sorprendido avivaba todos sus instintos hasta la punta de los dedos. Se echó boca abajo, bien pegado a mi cuerpo, y permaneció inmóvil. Sentí su pulso ardiente y regular que fluía hacia mí. En el silencio absoluto que nos rodeaba se oyó un ruido de pasos lentos sobre la arena, justamente detrás de la loma*. Estaba pendiente de aquellos pasos con todos mis cinco sentido. Parecían dirigirse hacia mí, lentos, cautelosos. Por primera vez en mi vida eché de menos un arma, en un lugar como aquél, donde era imposible encontrar una piedra o un garrote. Ante mí, en lo alto de la colina, surgió una cabeza que se destacaba como una bola aún más oscura que el fondo negro del cielo. El hombre vaciló unos instantes como si sintiera la presencia de un peligro desconocido. Por fin, se decidió a subir hasta lo alto del cerro. Allí, en pie, parecía la sombra oscura de una estatua de piedra animada por un alma espectral. Después, bajó con precaución y se dirigió hacia mí. Retuve el aliento porque el silencio neutro puede significar todo. La única arma de que disponía era la sorpresa. Aunque esta arma me producía un sentimiento de superioridad. Ignoraba hasta dónde podría actuar en mi favor. Sus pasos se hicieron más perceptibles. Estaba seguro de que estaría armado, pues un hombre solo en el desierto, que dispone de un lanzacohetes, no es posible que no lleve un arma. Además, puede que fuera un soldado entrenado en los métodos de lucha cuerpo a cuerpo. Pensé que si me pasaba sólo a dos metros, todo terminaría en paz. Pero venía derecho hacia mí como si yo fuera su objetivo. Cuando llegó a mi lado, la tierra me propulsó de un empujón sobre él y rodamos juntos. Conseguí sujetarlo, lo agarré bien por los brazos y lo aplasté con todo el peso de mi cuerpo. Me di cuenta de que era más fuerte que él. Le clavé la rodilla entre las nalgas. Lanzó un gemido y murmuró algo. Sin darle tiempo a que reaccionara le arrojé un puñado de arena a la cara. Así podría registrarlo con cuidado: primero le quité la metralleta que llevaba suspendida del hombro y la arrojé lejos. ¿Porqué?, no lo sé. Después, le quité también el lanzacohetes y sólo me quedé con el cuchillo. Lanzó un profundo suspiro, pero siguió inmóvil en la misma postura. Era evidente que la sorpresa lo había paralizado por completo. Hablaba sin parar, o más bien, no hacía más que repetir siempre la misma frase. Por fin, ya más tranquilo, se sentó y se frotó los ojos. Escupió la arena que tenía en la boca y me lanzó unas palabras entrecortadas que parecían un insulto. Le dije que se callara y entonces colocó las manos en el suelo para apoyarse y miró en torno suyo, pasmado. Después, con una rapidez vertiginosa se irguió y me echó las manos al cuello. Pero cuando sintió la punta del cuchillo en el vientre, volvió a su postura de antes y miró en derredor con expresión atónita. De pronto me di cuenta de que no era mi fuerza lo que había conseguido dominarlo sin dificultad, sino que pensó que se trataba de una broma de sus compañeros y no había opuesto ninguna resistencia.

Aunque la broma no parecía haberle hecho ninguna gracia, todavía le hacía menos haberse llamado a engaño. Nunca hubiera pensado en oír una palabra en árabe en un lugar tan recóndito y era evidente que tardaría en creer que aquello pudiera ser verdad. Se puso la cabeza entre las manos y yo me senté a su lado mientras agarraba con fuerza el cuchillo. *La espera era ya en mi una costumbre, algo consustancial. Creí que podría dormir después, pero en vano. Me puse a imaginarlo de niño en un mundo extraño y cruel, un niño ante un juguete roto, disperso en mil pedazos, que sus bracitos no consiguen alcanzar. Decidí que iría a verla y además sería la primera cosa que haría al día siguiente por la mañana. Llamaría su puerta y le diría: "Soy la segunda esposa". La dejaría que me mirara a placer, pero por la menos la conocería y sabría como habérmelas con él y con ella. Lo que no tiene sentido ni sirve para nada es seguir esta espera. Sería condenarme a muerte si le permitiera que me considerar sólo un lugar de paso en su vida entre la escuela y su casa, un lugar donde evacuar su esperma y después largarse. ¡Mira que haber esperado tanto tiempo, Mariam, para al final no ser más que eso, un lugar de paso! ¡Vaya espera! Sus pasos golpean en la pared toda la noche, pasan por encima de ti vienen de... van a.... Golpean... Golpean... Golpean... Y se deslizan entre sus dedos como la arena. Para ti ese largo viaje se termina en algo tan insignificante como eso, un lugar de paso. Por encima de ti pasa todo lo que habrías deseado tener pero que nunca tendrás.*

Permanecían los dos sentados en aquel extenso vacío, sólo separados por la hoja del cuchillo. Parecían dos espectros, dos seres irreales con el viento frío de la muerte abatiéndose sobre ellos, en espera del momento de la verdad única, tan lejana como sus hombros tan cercanos. Su encuentro en aquella inmensidad infinita parecía obedecer a un extraño destino. Quizás fuera el azar pero, en todo caso, era algo inevitable. Se sentaron juntos para comprenderlo y creerlo. *Por último le pregunté: "¿De dónde vienes?" Levantó la cabeza, traté de distinguirlo en la oscuridad, pero la noche era demasiado negra. Masculló una sola palabra y después escupió. Con la punta de la navaja lo aguijoneé en la cadera y volví a preguntarle: "¿De dónde vienes?". Pensativo, guardó silencio un instante. Por último, hizo un gesto con la cabeza extendió las manos ante sí y soltó una palabra entrecortada. Luego intentó ponerse en pie, pero lo obligué a quedarse sentado, sin oponer resistencia volvió a su sitio y abrió las manos, perplejo. Procuré no perder la calma: "¿Está lejos de aquí Zahiriya?" Por toda respuesta alzó los hombros e hizo el mismo gesto de antes con las manos. De pronto me acordé de la señal luminosa. Sin duda esperaba la llegada de una patrulla que no andaría lejos. Me arrepentí de haber arrojado la metralleta, aunque de todas maneras no sabía cómo utilizarla. Y quizás fuera mejor no hacerlo. En aquel silencio absoluto, sonaría como un trueno y retumbaría hasta el otro extremo del desierto. Ahora tenía entre las manos un rehén, pero no*

sabía adónde llevarlo ni cómo sacarle partido. Habría sido mejor haberlo degollado cuando salté sobre él. Ahora eso parecía imposible, cuando no ya inútil y, además, superior a mis fuerzas. Lo oía respirar junto a mí. Parecía cansado y distraído y, sin embargo, al acecho, dispuesto a saltar al menor gesto mío. Todas esas horas de la noche eran como una horrible pesadilla, un extravío sin fondo. Una vez más tenía que hacer frente a una situación nueva de la que no sabía cómo salir. Empecé con una sonrisa para después estallar en una carcajada. Zacarías se dio vuelta y me miró. Después volvió a dormirse pensando que quizás fuera él quien había tenido un sueño loco. *Puede que no sepas más que el hebreo, pero no importa. Escucha, ¿no es algo de verdad conmovedor eso de encontrarnos así sin más, en este vacío y no poder cruzar una palabra? Aún me miraba con rostro enigmático, aunque en sus ojos pude leer una ligera expresión vacilante. Sin duda tenía miedo.* Yo ya lo había superado. Lo que sentía ahora era algo extraño, indescriptible. *No es posible que seas un fantasma, habrá que encontrarte un nombre e inventarte una vida. Nos sobrará tiempo. Hasta que te descubran con sus proyectores y sus perros, me dará tiempo a recrearte. Y sólo entonces, degollarte tendrá un sentido.* Aquí no es posible que permanezcan dos, así que: ella o yo. Ni el mismo diablo podría vivir entre ustedes dos. Son como dos alucinaciones, como las dos planchas de una prensa que me estruja. *Bueno, empecemos otra vez con clama: "¿Tu nombre?" Es inútil. Aunque comprendieras lo que te digo, no me responderías la verdad, así que estamos en un círculo vicioso. Pero el tiempo no está en contra de los dos de la misma manera. Puede que estén más cerca de ti de lo que yo me imagino, pero también tú estás más cerca de mí de lo que ellos piensan. Así que, como ves, no es más que una cuestión de distancia, o quizás también de tiempo. Bueno, el tiempo no me preocupa demasiado, como ves, y la distancia está a favor mío: estás más cerca de la hoja de mi cuchillo que yo de los cañones de sus fusiles. Además, hay otra cosa que también tiene su importancia y que debes tener en cuenta: matarte aquí a unos pasos de los tuyos, quizás no lejos de tu campamento, es más grave que matarme a mí, un enemigo infiltrado en vuestra fortaleza, solo y sin armas... La cosa depende de cómo se mire y, por extraño que parezca, no seré yo el que pierda. Hace sólo unos instantes todo en este mundo parecía estar en contra mía. Todo, en Gaza y en Jordania. Yo estaba allí, exactamente allí, rodeado de desdichas por todas partes. Ven, te diré algo importante: ahora no tengo nada que perder y por eso no podrás nunca sacar nada de mí.* Si sólo pudiera hacerle comprender que no tengo nada en contra de ella, que no tiene nada que ver con lo que pasó, pero eso a ella la tendrá sin cuidado. El caso es que soy una segunda esposa en los brazos de su marido. De la mañana a la noche andaré en boca de los vecinos y las mujeres: "Ésa es la que le quitó el marido a Fathia, la pobre, tiene de él cinco hijos que ahora deambulan por las calles, abandonados a su suerte". Y tú, ¿qué

responderás a ello? Tú, tú, sí tú. ¿Qué soy yo para ti? También dirán: "Su hermano se volvió loco de vergüenza y se marchó. Y además parió tan sólo a los cinco meses de casada. ¡Qué vergüenza!" ¡Que se vayan todos al infierno! Pero tú, tú, ¿qué les dirás? Dirán: "La tuvo gratis, es joven, ardiente, y tiene una casa con dos habitaciones, dos camas y todo lo necesario. Consiguió echar de la casa a su hermano pequeño y nunca más volvieron a dar noticias suyas". ¡Embusteros! Pero tú, Zacarías, ¿qué dirás?, di, ¿qué dirás? Ahora sólo te tengo a ti y todo se oscurece en torno mío. Dime. ¿Qué dirás tú?.

El cielo empezó a elevarse. En el horizonte se extendía una franja de un color gris oscuro y las estrellas parecieron de pronto más apagadas y lejanas. El silencio abrumador aumentaba su miedo. Miraba en torno suyo. Aquella espera se volvía un pantano sin fondo. El tiempo era ahora su enemigo. Hamed permanecía inmóvil, decidido a quedarse allí hasta el final. La superioridad sobre su adversario residía en que no esperaba nada. Lo mismo que yo. Eso, en mi caso, significa lo perdurable frente a lo perecedero. En cuanto a él, se había extraviado, pero eso no significaba nada porque no era que no supiera el camino, sino que no deseaba ir a ninguna parte. Desde le comienzo de la noche había luchado con tanto ahínco para terminar encerrado en aquel pedazo de tierra que ahora casi había llegado a ser su propiedad. *De pronto me rondó su recuerdo, me volví hacia él y le pregunté: ¿Conocías a uno de Gaza llamado Salem? Pero permanecía sin mirarme, con los ojos clavados en el suelo, entre los pies. Proseguí: Te lo pregunto porque puede que seas tú quien lo hay matado. Pero deja que la luz de la mañana me lo descubra. Entonces se volvió hacia mí y soltó una parrafada interminable. Agitaba los brazos y señalaba tan pronto hacia atrás como hacía delante. Se veía que estaba nervioso, dominado por la ira. Le acerqué la punta del cuchillo al costado y por fin se calló. Oye, no te quité el lanzacohetes para que te pongas ahora a utilizar la voz, ¿eh? Además, no entiendo ni una palabra de lo que dices ni hay aquí nadie que te entienda, así que no pierdas el tiempo.*

Sonaron dos campanadas y después de pararse un instante continuó su caminar solitario mientras golpeaba contra la pared y en mi cabeza. Me diste ese ataúd y lo colgaste delante de mí para que te meta dentro de él, pero siempre oiré el ruido de tus pasos y será sólo a mí a quién entierren. Y hasta cuando me hayan sepultado, tus pasos resonarán arriba, abajo, por todas partes, hasta la eternidad. A ese pequeño ataúd iremos a parar todos y cuando estemos dentro, sus pasos nos machacarán. Sólo tú te quedarás fuera y seguirás tu camino sin fin. ¿Sin fin? ¡Dios mío, sólo tú lo sabes!.

De pronto, movido por una idea repentina, le quitó el cinturón y le ató con cuidado las manos detrás de la espalda sin que el otro opusiera la menor resistencia. Después, volvió a sentarse en el mismo sitio con el cuchillo bien agarrado. De la colina silenciosa descendía un viento frío y cortante. Se

acurrucó con las rodillas en el pecho y la cabeza entre las manos. De lejos llegaba hasta él un ruido apagado. Se levantó y escudriñó las tinieblas en torno suyo. Aunque empezaba a clarear, la luz del amanecer todavía no había conseguido rasgar por completo el velo de la noche. Volvió de nuevo hacia él y comenzó a registrarle los bolsillos. Mis dedos palparon una cartera. Se la saqué e intenté descubrir lo que contenía, pero en la oscuridad me era difícil saber si aquellos documentos eran importantes, así que lo guardé todo en el bolsillo de la camisa. Me miraba perplejo. Esperaba sin duda que surgiría un milagro que lo salvara, pero de lo que yo estaba seguro es que no tardaría de darse cuenta de que ese milagro, si llegara a producirse, significaría su propia muerte. Cómo llegaría a darse cuenta de ese sino ineluctable, eso es lo que yo no sabía. De pronto pareció como si hubiera oído ruidos a lo lejos porque empezó a temblar, miraba en torno suyo y después hacia mí. Le mostré el cuchillo para hacerle comprender lo que pasaría si ese milagro llegara a realizarse, y volvió a acurrucarse en su sitio. Entonces sucedió algo extraordinario: estaba de pie, con él sentado ante mí y, de pronto, en aquel desierto silencioso se diría que cada partícula de arena, cada vibración del aire, cada estrella, cada punto de tinieblas, todo nos miraba. Como mirábamos a Zacarías cuando se arrastró a los pies del oficial en aquel instante en que todos esperábamos la muerte. Salem estaba con nosotros en la fila y antes de que supiéramos lo que iba a pasar Zacarías empezó a chillar: "Les diré quién es Salem". Pero Salem no le dio tiempo a culminar su traición y después de avanzar con firmeza tres paso se detuvo. Sus pasos que caminaban hacia la muerte resonaron implacables en el silencio del desierto y los años de silencio mortal cayeron sobre mí como una lluvia. ¿Por qué tenían que matarte a ti? Salen se me acercó y me agarró del brazo: "Seguro que has pasado todos estos años carcomiéndote y diciéndote si... Bueno, ¡Anda, ven!" Cuando los hombres subían la escalera, un brazo desnudo le asomaba entre los dos abrigos manchados de sangre y se balanceaba de atrás hacia delante como si me invitara a que lo siguiera. Detrás del paredón en ruinas hubo una sola detonación y Zacarías se retorció como la bala lo hubiera tocado a él. Después la madre de Salem vino a verme: "Fui allí esta noche, pero no lo encontré. Lo enterraron a escondidas, ¿sabes tú dónde? ¡Hijo mío, corazón mío, hijo de mis entrañas! ¡Lo único que me quedaba!" La barca abarrotada se balanceaba como en un universo negro en llamas. ¿Dónde lo enterraron? Mi madre guardó el secreto con ella y después nos separamos. Lo que le quedaba. Lo que nos quedaba. Lo que me quedaba. Contar los restos, contar las pérdidas, contar la muerte. Lo que me quedó en este mundo: un pasadizo negro de arena, una pasarela entre dos mundos perdidos, un túnel sin salida. Cerró dando un portazo y después de descalzarse se sentó como si estuviera en su casa. Si hubiera tenido un palmo de tierra donde plantar una viga de madera, lo habría ahorcado. Pero ella no dijo nada, dejó que me fuera sin una palabra. *De pronto, me recorrió un escalofrío y*

empecé a temblar: algo le ha pasado en este mismo momento... Me diría que estoy loca si lo despertara y le dijera. "A Hamed le ha pasado algo en este mismo instante. Lo siento dentro de mí". Salté de la cama y, a tientas, me dirigí a la cocina. El silencio era abrumador, sólo lo rompían los golpes del reloj que a través de la puerta llegaban a mis oídos, amortiguados pero insistentes. Bebí por hacer algo y después abrí la puerta suavemente y miré hacia la escalera sumida en la oscuridad. Me acerqué a la ventana y miré la calle, vacía, silenciosa, débilmente alumbrada por las pálidas luces de los faroles. Volví a la cocina y sentí de nuevo el mismo pequeño escalofrío misterioso, rápido pero sobrecogedor. De pie, apoyada contra la puerta, lo llamé; "¡Hamed!", y me eché a llorar. Por la ventana abierta entraba un frío que cortaba. Empecé a tiritar y fui a la habitación a buscar algo con que taparme. Al acercarme a la cama y oír la respiración de Zacarías, pesada y regular, me pregunté a mí misma: "¿Aceptaría que el niño lo llamara Hamed?" Agarré la manta y me pregunté de nuevo: "Pero, ¿aceptaría Hamed que el hijo de Zacarías llevara su nombre?" Decidí que sería mejor volver a la cocina y que un té caliente nos reconfortaría a mí y al pequeño. Encendí el fuego y, mientras contemplaba la llama azul, un torbellino de ideas me cruzó de nuevo por la mente: "¿Y por qué voy a tener que llamarlo Hamed?" No se pueden ver el uno al otro. Siempre lo llamaba "cerdo", eso era todo, "cerdo", la única palabra que tenía para nombrarlo, mientras que Zacarías, a él, lo llamaba siempre "el pequeño". Pensaba que aun era un niño incapaz de afrontar la vida por sí mismo. Entonces, ¿cómo se podía pensar en volver a reunirlos? Aquello sería imposible y hasta mortal. Además, Zacarías no lo deseaba en absoluto y me pedía que me deshiciera de él como fuera: esa criatura infernal que berreará todo el día va a hacer de ti una botella de leche con forma humana. ¡Dios mío!, ¿cómo es posible que exista un destino ordenado de manera tan cruel?, ¿cómo es posible? Hamed llegó detrás de mí sin hacer ruido, como de costumbre, y se sentó en la silla de cara al respaldo con los brazos apoyados en él: "Haces un té maravilloso... ¿Hay para mí?" Le di un vaso y se puso a sorberlo con placer mientras chasqueaba los labios porque quemaba. Había venido para decirme algo después del silencio de varios días de enfado. Traté de no mirarlo de frente para dejarlo que hablara a su gusto. Entonces, sin ningún preámbulo, fue derecho al grano: "Bueno... ¿no podrías deshacerte de él por uno u otro medio? Es un bastardo, después de todo". No contesté. Se dio cuenta de que, para empezar, había sido demasiado abrupto. Entonces, se levantó, vino hacia mí y me miró a la cara: "No puedo impedir que se casen, lo han organizado todo sin contar conmigo, pero..." Se calló un momento y después volví a oír su voz a mis espaldas: "Tengo razones para hablarte de lo que no me incumbe. ¿Crees de verdad que merece vivir ese niño que se va a criar a la sombra de un individuo como Zacarías?" Se detuvo un breve instante y después añadió la palabra de

siempre, la que ya me esperaba: "Ese cerdo". Apreté los dientes y salí, pero me siguió fuera del cuarto y me agarró del brazo: "De todos modos, vas a casarte con él dentro de unas horas. Pese a todo. Si tú quieres perderte y que él se pierda contigo, deja que el niño se salve. Y la única manera de salvarlo es deshacerse de él..." Se fue. Bajó corriendo la escalera y salió dando un portazo. Lo que ha quedado. Lo que os ha quedado. Lo que nos ha quedado a los dos, espíritu silencioso y huraño, dime ¿qué es lo que nos ha quedado? Mi vida y tu muerte están unidas de modo tan indisoluble que ni tú ni yo podremos separarlas nunca. Aunque nadie sabe cómo se harán las cuentas en este mundo.

Una ráfaga de aire levantó la arena fina y les azotó los tobillos como un látigo. El viento pasó y lo cubrió todo, las huellas de sus pasos y aquel pedazo de hierro tirado a lo lejos, que había sido un arma. Después, en una carrera contra sí mismo, empezó a soplar hacia el sur con silbido susurrante. Les recordé a los dos mi presencia y les dije que en aquella espera amarga yo era lo primero con lo que tenían que contar. El silbido del viento se desvaneció en la noche y giró en torno a sí mismo, ronco, seco, desconocido. Sintieron que aquel espacio infinito, poderoso y retador, que los rodeaba por todos lados, era más extenso de lo que creían y más profundo de lo que podían imaginar. El miedo. El aire transparente portador de todas las sorpresas. Aquel cuerpo infinito que se ama y se odia pero que no se olvida. Enraizado en el tiempo hasta lo más profundo de su ser. Amor y odio. Violencia e ira. Y, sobre todo, humildad. De pie, ante la ventana de la cocina, bebía a sorbos el té caliente cuando sintió un carro de madera desvencijado tirado por un borriquillo que traqueteaba en el extremo de la calle. El animal parecía cansado y avanzaba despacio con paso zigzagueante, olfateaba el camino, y de vez en cuando, recogía algo aquí y allá. Encima del carro, un hombre dormido, cabeceaba. Mientras deambulaba así perdidos en la noche, parecía como si una corriente pavorosa, insondable, los arrastrara lo mismo que arrastraba el péndulo del reloj cuyos golpes amortiguados se confundían lo lejos con el golpeteo de los cascos. Hamed se había ido lejos y se había hundido en la corriente. De pronto desapareció de mi vista. Traté en vano de hacerlo volver, pero se desvaneció en mi cabeza como una sombra, como cuando desapareció detrás de la puerta y el ruido de sus pasos se perdió en la escalera. Se fue a formar parte de esa corriente oscura que fluye bajo nuestras vidas y nos arrastra minuto a minuto, insensible, pero con fuerza arrolladora, hacia lo desconocido. De pronto me di cuenta de que durante toda la noche había escudriñado la oscuridad, con los ojos llenos de tinieblas, transportada en sus brazos de gigante, a la deriva, como un navío con el timón roto por las olas, que impulsado por la corriente, descubriera nuevos mundos a su paso sin darse cuenta. Era una terrible ilusión pensar un solo instante que después de haberse ido pudiera cerrar los ojos cuando sus pasos llevaban allí clavados día y noche. " Te escribiré si llego". Pero quién sabe si no se quedaría

allí suspendido para siempre entre su madre y yo, tendido sobre nuestros dos cuerpos en aquel mundo en donde el tiempo y el espacio que nos separan son tan terribles como lo desconocido. Pero allí permanecerá mientras Zacarías siga aquí... Hasta mí llegó el ruido de sus pasos. Arrastraba los pies como si llevara zapatos de corcho. Permaneció un instante en la habitación antes de venir a la cocina.

-¡Creí que habías salido de casa!, ¿qué tienes? No has dormido ni un minuto... Pero, ¿qué té pasa? ¿Sigues pensando en el pequeño?

-¿Qué hora es'

-¡Ni idea! ¿Qué te crees, que vigilo el reloj mientras duermo?

Se acercó a mí despacio y miró a su alrededor como si descubriera por primera vez la habitación. Después se detuvo junto a la ventana y fijó la mirada en el camino, primero en el negro cielo, que se abatía sobre las azoteas de las casas, después en los tugurios de hojalata y las casuchas de adobe de enfrente.

-Ya casi amanece... ¿Qué té pasa?

-No puedo, no puedo... Sus pasos. Me llenan toda la cabeza. Golpean...

-¿Pero qué pasos? ¿De quién?

-De él, de Hamed, ¿te has olvidado?

-¿Qué oyes sus pasos? ¡Pero estás loca!

-Sí, los oigo. A cada golpe del reloj me parece oír un paso... ¿No se te ocurre que...?

Me callé de pronto y lo miré. Parecía frío, lejano. Quizás ni siquiera se había dado cuenta del reloj. Me volví hacia la ventana pero, con su gruesa mano, me agarró por el hombro y me obligó a mirarlo de frente, después empezó a hablarme en tono condescendiente y comprensivo, como si se dirigiera a un niño:

-Oye, Mariam, si lo que te impide dormir es ese maldito reloj no te preocupes que eso lo arreglo yo. ¿Entiendes lo que te digo? Si lo inclinamos un poco, el péndulo se parará. Sé muy bien lo que son esos condenados relojes de pared. Sólo funcionan cuando están bien derechos. Debías habérmelo dicho ayer por la noche. Anda, ven.

Se dirigió a la puerta de la cocina pero yo me le adelanté, puse el cuerpo atravesado y le impedí salir. Me miró extrañado.

-No, no, déjalo, ya no puedo dormir a estas horas. Y además no es sólo el reloj el que golpea... También...

Me detuve un momento. Seguía mirándome con estupor. Entonces sin poderme contener me señalé el vientre, cerré los ojos y terminé la frase:

-También él golpea, aquí.

-¿Él?

Lo observaba atentamente: con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, cerraba y abría los puños como si se preparara para un combate desconocido y moral. Sentí un nudo en la garganta:

-Él... tú hijo. Acaba de moverse por vez primera. Se ha movido dos veces.

Retrocedió y frunció el ceño. Entre las cejas, dos profundas arrugas le surcaban la frente como dos heridas transversales. Después se dio vuelta y se dirigió despacio hacia la ventana. Tras su ancha espalda algo encorvada, el cielo se alzaba sobre las azoteas de las casas de adobe y de hojalata y dibujaba una espesa línea cenicienta. Permaneció allí con las manos detrás de la espalda. El reloj dio tres campanadas sordas y el péndulo arrancó de nuevo su marcha solitaria con un sonido insistente, obstinado. Pensé que aquellos sonidos debían de ser la voz del silencio. No hay silencio sin voz si no, no podría oírse de esa forma única, cargada de ausencia, de soledad, de misterio. Si me hubiera vuelto la espalda refunfuñando no me habría extrañado, pero lo que me sorprendió fue su expresión atónita. Y eso que sabía lo que pasaba. Los golpes del reloj aún resonaban como disparos mortales entre él y yo. Hubiera querido terminar con aquella espera angustiosa, que se volviera, que dijera algo. A mí misma me sorprendió oír mi propia voz como si fuera otra y no yo la que hablara y pronunciara en tono humilde y culpable aquellas palabras que salían de mi garganta:

-Es difícil que nos deshagamos de él ahora.

Por toda respuesta me lanzó a la cara.

-Ya lo sé.

De nuevo el silencio y la espera como si entre nosotros se extendiera una barra metálica. No era un puente ni un muro, sino simplemente una fría barra metálica de silencio suspendida en el vacío. La noche escondía sus garras y liberada de ellas las azoteas del campo. El cielo se elevaba lentamente como un águila que emprendiera el vuelo. De pronto, como un destello, como un relámpago que iluminara todas las dimensiones del horror y de lo desconocido, vislumbré cuál sería mi futuro. Empecé a temblar. Sentí su ausencia como algo terrible, que se materializaba en vez de esfumarse. Y esperar, esperar. Esperar los dos de pie, mi hijo y yo, mi hijo acurrucado en mis entrañas, esperar a que dijera una palabra, era horrible. Después empezó a hablar despacio, en voz baja y sin volverse como si se dirigiera a todo lo que nos rodeaba, bañado en una claridad cenicienta. Yo lo observaba atenta, pendiente de sus palabras.

-¿Un sexto hijo? ¡Un sexto! Pero, ¿te das cuenta de ello? ¿Esperas acaso que me ponga a bailar contento? ¡Un sexto hijo! Te aconsejé mil veces que te deshicieras de él, pero claro, eso para ti es algo grave, vergonzoso.

Hizo una pausa como si recitara un libro y se detuviera después de una coma.

-¡Y la gente! ¡Qué dirá la gente! Otro escándalo. ¡Un chiquillo a los cinco meses de casados!

En medio de su cólera buscaba aquí y allá argumentos que soltaba con

frases nerviosas y temí que volviera a sumirse en sus lamentaciones, pero tenía ante sí un campo fecundo que explotar y no tardó en volver a la carga.

-Dar de comer a seis boca además de ti y de ella. Tendría que hacer milagros. Ah, son todas iguales, creen que con eso tienen al hombre bien amarrado. Un pedazo de carne, eso es lo que nos une a vosotras las mujeres. Pero no, estás muy equivocada, te lo digo yo. A un hombre que ya tiene cinco hijos, maldito si le importa eso un comino.

Se volvió hacia mí, dio un paso y se me acercó. De espaldas a la ventana, la luz mortecina del día se proyectaba en torno a sus hombros y dejaba su rostro en la oscuridad.

-Si ese maldito pequeño de Hamed estuviera aquí...

Como si movida por una fuerza desconocida alcé los brazos, me llevé las manos a los oídos y los apreté con toda la fuerza de que era capaz. Su voz me llegaba apagada, pero seguía ante mí gesticulando furiosamente con los brazos. Después avanzó y me pasó por enfrente sin dejar de mover los labios con rapidez. Su voz se estrellaba contra los objetos que nos rodeaban y volvía amortiguada para después fundirse en aquella horrenda luz cenicienta como la superficie de un pantano oscuro. Otra voz brotó de lo más profundo de mí ser y resonó en mi cabeza con miles de ecos como el ladrido de un perro herido atrapado debajo de un barril de metal vacío: "ya no podríamos deshacernos de él, y no podríamos deshacernos de él". De pronto comprendí que tampoco yo podría deshacerme de Zacarías, ni él de mí. No me quedaba otro remedio más que andar con él el resto del camino, taparme los oídos y morderme los labios. Hamed se había ido. Sus pasos obstinados resonaban sin piedad en nuestra frente. Desapareció y se desvaneció en el espacio. De él ya no quedaba más que el eco sin fin de sus pasos obstinados. El último tren de una estación abandonada. Nos dejó en el andén mientras escuchábamos la voz del silencio llena de ausencia, de soledad, de lo desconocido, un silencio que retumba... retumba... retumba.

De súbito, despuntó el día y apareció el desierto que dormía bajo las dunas infinitas. Silencio y espera. De nuevo la sangre fluía por mis venas. Rendido de fatiga, el otro se había ido aplacando. Hacía esfuerzos por mantener erguida la cabeza. Después abrió los ojos, respiró profundamente y trató de levantarse sin conseguirlo. Me miró por primera vez e intentó decir algo. Le devolví la mirada helada mientras pasaba la hoja del cuchillo por el borde del zapato. Con una ojeada rápida lo observé a fondo y, en la profundidad de sus ojos que brillaban y parecían negros en aquella luz gris y mortecina en que nos bañábamos, pude leer el miedo, la espera desesperada. Como si sintiera mi pequeña victoria efímera, cerró los párpados un breve instante y después fijó la vista en el suelo, en algo que había detrás de mí. Empezó a arrastrarse sobre las nalgas mientras pronunciaba unas palabras,

alargaba el cuello y señalaba un odre de metal que debía habérsele caído durante el combate nocturno y que estaba a dos pasos de mí. No me moví y para que comprendiera mejor me esforcé en pronunciar despacio: "Morirás de sed". Sin atender mis palabras siguió con el cuello tendido en dirección del odre. Lo agarré y lo moví junto al oído. Dentro había todavía un poco de agua, pero sin abrirlo lo arrojé adonde estaba antes. Con los labios entreabiertos, su rostro aparecía crispado por una cólera impotente. Volví a repetirle: "Morirás de sed". Intentó de nuevo llegar hasta el odre, se arrastraba sobre las nalgas y los talones de las botas. Cuando estuvo cerca de él, lo agarré por el cuello y lo volví a su sitio. "Morirás de sed", Tras él surgió el disco rojo del sol en la inmensidad del horizonte. Como una ola súbita de terror que cubriera la arena y se retirara, nuestras miradas, que permanecían fijas en el odre, se cruzaron. El color de sus ojos parecía de miel y el reflejo del sol ardiente daba a su rostro un aspecto enfermizo con la barba que empezaba a salirle en el mentón. Bajo las mangas de la camisa sus brazos parecían robustos, cubiertos de un fino vello rubio. Mientras me miraba, saqué sus papeles del bolsillo aunque de nada me sirvieron. Después me puse a examinar la foto de su carné de identidad, en la que parecía más joven de lo que era, con la raya al lado y una ancha sonrisa. Debajo aparecía su nombre en hebreo. Le puse el carné delante y señalé con el dedo el lugar en donde estaba escrito su nombre. Movió la cabeza con energía y apretó los labios. Sonreí: "Por mí, puedes guardarte el secreto". Registré los demás papeles sin encontrar más que un pequeño sello color morado al pie del carné, escrito en caracteres latinos que me resultaron legibles junto a los garabatos hebreo: "Jaifa".

Doblé los papeles con cuidado y los metí en el bolsillo del pantalón. Después, cambié de sitio y me senté frente a él. El sol había empezado a elevarse en el cielo, lento y majestuoso. Todavía era soportable. Aún me miraba con cautela y expectación tratando de descubrir mis intenciones, sin conseguirlo, seguramente porque ni yo mismo las conocía. Le dije tiempo suficiente para que me estudiara a fondo y cuando todos sus sentidos estaban concentrados en mí, en espera de un movimiento o de una palabra, le dije: "Vamos, sé amable y hablemos de Jaifa. Esperar así en silencio sólo sirve par aumentar el miedo". Pero seguía observándome fijamente con los ojos empequeñecidos por la fatiga. "Vamos, ¿qué fue de aquel barrio que iba desde la mezquita del Sheik Hasán hasta los baños judíos de Manchya, aquellos que se quemaron?". De pronto, sin saber muy bien por qué, tuve la impresión de que me había comprendido a la perfección y que esperaba el fin de mis palabras. Continué: "Eso me interesa, conozco ese barrio como la palma de mi mano. Vivíamos en él". Pero mis palabras debieron parecerle sin sentido. De todos modos, quería hacerle comprender que para él ya nada tenía importancia, que aún no había decidido nada y que nos quedaríamos allí los dos sentados hasta...

¿hasta cuando?...

Un vientecillo venido de lejos sopló en dirección nuestra, levantó la arena y nos bañó en la primera ola de calor. Inquieto, no dejaba de removerse en su sitio. De pie, escudriñó el horizonte que nos rodeaba como un muro, a pesar de la distancia. Sólo el espacio que se extendía inmenso, silencioso, inundado de luz y de desolación. Ante nosotros, el sol como un disco candente en una inmensa pared grisácea. Me senté a su lado y, con las manos, traté de explicarle que ya no había nada que hacer, pero sin fijarse para nada en mis gestos, observaba con atención el cuchillo que tenía entre las piernas cuya hoja de acero brillaba a la luz del sol. Lo agarré y me puse a afilarlo de nuevo contra el borde del zapato. El roce del acero contra la suela produjo un chasquido semejante a un grito de agonía. Sólo entonces me miró a los ojos y en su rostro apareció de nuevo una expresión de espanto e impotencia. En aquel momento comprendí que sería capaz de degollarlo sin inmutarme lo más mínimo y que ese momento llegaría sin remedio bajo el peso de aquella expresión de espanto en la mirada, del chasquido de la hoja del cuchillo en mi zapato y del sol candente que me abrasaba la nuca sin piedad. Tras él, el horizonte de arena se destacaba frente al cielo blanco como las bambalinas de un teatro donde, al sonar la señal, se precipitaran automóviles, perros y hombres armados de metralletas negras con cañones preciso, que permanecen inmóviles clavados detrás de la escena ante un fondo vacío y, de pronto, descubren que el drama se desarrolla allí y que ellos no son más que lo espectadores.

Me agarró por los hombros y, violentamente, me dio vuelta y me puso frente a él. Veía como sus labios se movían con furia en un rostro contraído por la ira, pero yo, con las manos pegadas a los oídos, no oía nada. Se dio cuenta de ello y sujetándome por los puños me obligó a bajar los brazos. De nuevo los ruidos del mundo se atropellaban en mis oídos, confundidos con los sonidos del reloj que llegaban por el pasillo hasta la cocina donde permanecíamos frente a frente la mañana de nuestra boda y que, cual llamadas de socorro, se confundían con su voz y resonaban en mi cuerpo como címbalos gigantes.

-Pero, ¿qué te has creído, que acaso me casé contigo para que me dieras un hijo, más que puta?

De pronto sentí que se me humedecían los ojos, y sin poderlas contener, las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas. Traté de liberarme de sus garras, pero me apretaba las muñecas con manos de hierro. Un rayo de sol entró por la ventana, le dividió el rostro a la mitad y le dio un aspecto todavía más iracundo y colérico:

-Escúchame bien y después no digas que no me oíste: si no te deshaces de ese pequeño puto...

Grité con todas mis fuerzas con un alarido enloquecido que lo llenara todo y cubriera su voz, pero ésta brotaba aún de sus labios convulsos y me atravesaba

los oídos: "Si no abortas, te repudio... te repudio... te repudio... ¿me oyes? Te repudio". De pronto la garganta se me paralizó. Un silencio pesado y tenso se abatió sobre nosotros en aquella espera amarga. *Se oyó el ladrido de un perro y al poco rato otros ladridos resonaron por todos lados hasta fundirse en un solo aullido prolongado en medio de un ruido infernal que era imposible saber de donde venía.* Lo sentí moverse por tercera vez; se removía en mis entrañas con un pequeño estremecimiento semejante a un escalofrío que me recorría los muslos y me llegaba hasta las rodillas. Cerré los ojos pero su voz me asaltaba sin piedad: "¿Has oído lo que te dije?" Me sacudió repetidas veces con furia: "Dime que lo has entendido". Me empujó contra la pared donde choque me despidió contra la mesa como una muñeca de goma. *Entonces, ante mí vi brillar sobre la mesa la hoja larga y afilada del cuchillo.* Lo agarré con las dos manos y lo apreté con fuerza, bajé los brazos hasta la parte inferior de su vientre y apunté la hoja en dirección suya. Nos miramos frente a frente y nos abalanzamos el uno contra el otro. *Sentí como la hoja penetraba en él.* Lanzó un gemido prolongado. Intentó arrancársela, pero la hoja se hundía cada vez más. Sus manos agarraron con fuerza las mías que apretaban el mango del cuchillo y después cerró los ojos. Entonces lo solté y retrocedí un paso. Tenía la hoja hundida en la ingle e intentó arrancársela de nuevo, pero ya sus manos empezaban a tomar un tono azulado y estaban tan convulsas que no lograban asir el mango. Al derrumbarse, se agarró de la mesa. La sangre empezaba a empaparle el pantalón, una sangre rojo escarlata. Abrió los ojos y me miró débilmente. Lo hice girar en redondo, lo agarré por los hombros y lo empujé contra la pared. Entonces se curvó, se apoyó en el antebrazo y la frente para que el mango no chocara contra la pared, pero lo agarré bien por los hombros, le clavé la rodilla en los riñones y lo empujé con todas mis fuerzas. Oí como la hoja del cuchillo se le hundía en la carne, lenta pero con decisión, y el mango de madera raspaba la pared. Lanzó un ronquido como si de pronto despertara. También oí el barboteo de la sangre que corría a chorros en torno a la hoja. Después se estremeció y se derrumbó junto a las patas de la mesa. *Un rayo de sol se filtró por la ventana e iluminó el delgado hilo de sangre que corría por las baldosas de la cocina de un blanco reluciente. Resonó la voz del silencio. Afuera, los perros ladraban rabiosos, sin cesar y sólo los acalló el ruido de sus pasos que, como el ataúd colgado en la pared, golpean: golpean con cruel insistencia, implacables, contra mi frente. Golpean encima de él, masa inerte. Golpean... golpean... golpean...*

UM SA’AD

A Um Sa’ad, voz viva del pueblo

G.K.

INTRODUCCION

Um Sa'ad es un personaje real, una mujer de carne y hueso. La conozco bien. Nunca he dejado de verla, de hablarle, de aprender de ella. Lo que a ella me une es algo que no sabría explicar con exactitud, aunque quizás sea su arraigamiento profundo en esa clase heroica y oprimida, arrojada a la miseria de los campos, esa clase en medio de la cual he vivido y con la que aún vivo, aunque no sabría decir hasta qué punto vivo para ella.

Aprendemos de las masas y, a cambio también les enseñamos. Con todo, creo con firmeza que aún nos queda mucho que aprender de ellas, única maestra de verdad que, con una visión clara de la realidad, hace que la revolución sea parte inseparable del pan, el agua, las manos trabajadoras y los latidos del corazón.

Um Sa'ad me ha enseñado mucho y casi puedo decir que, en las líneas que siguen, cada palabra brota de sus labios y de sus manos, de sus labios, que a pesar de los pesares, siguen siendo palestinos, de sus manos que desde hace veinte años esperan las armas.

Y, sin embargo, Um Sa'ad no es sólo una mujer. Si no encarnara en cuerpo y alma el sufrimiento de las masas, sus penas y cotidianas, no sería lo que es. Su voz es, para mí, la de esa clase de palestinos que pagaron caro el precio de la derrota y que hoy, bajo techos miserables y en la vanguardia de la lucha, siguen pagando aún más caro que todos los demás.

Gassan Kanafani.

UM SA'AD Y LA GUERRA QUE SE ACABA

La mañana era triste. A través de la ventana, el sol brillaba como una bola de fuego incandescente suspendida en la cúpula del espacio. Nos replegábamos en nosotros mismos como banderas arriadas. De pronto, la vi venir al comienzo de la calle bordeada de olivos, como si surgiera de las entrañas de la tierra sobre un fondo de vacío, de silencio y de pena. Me asomé a la ventana para verla caminar con su alta estatura como una lanza que apuntara hacia un destino desconocido. Mi mujer se me acercó y miró a la calle:

-Ahí tenemos a Um Sa'ad[1].

Con la precisión de un reloj, volvía siempre. Surgía del centro de la tierra como si hubiera una escalera sin fin. Mientras contábamos sus pasos, mi mujer me decía: "Veremos lo que piensa ahora Um Sa'ad". Yo me decía que para mí: "No lo sé". Suponía que no estaría enterada. Detrás de nosotros, se amontonaban en la arena blindados destruidos y las divisiones enteras no cesaban de huir. Mientras tanto, yo oía en la radio el fragor de la guerra y el silencio de nuestros combatientes. Tras de mí, encima de la mesa, plañía como una viuda. Su voz, la de la derrota, daba a todas las cosas un aspecto de futilidad: el escritorio, la silla, el plato de comida, la mujer, los niños, los proyectos futuros..., todo aparecía difuso, desvaído. Hasta la tinta había perdido el color.

-Um Sa'ad desapareció desde que estallaron los combates –me dijo mi mujer- pero ahora vuelve a aparecer como si tuviera algo que ver con la derrota... Combatieron por ella y perdieron, sólo que ella perdió dos veces. ¿Por qué viene? ¿Qué es lo que va a decir? Se diría que quiere escupirnos a la cara. ¿Qué es lo que habrá pensado esta mañana al salir del campo?

Preguntas todas que quedaban suspendidas en el aire como el polvo que flotaba y que casi me parecían dentadas, afiladas, con puntas como cuchillos, sumergidas en aquel haz de rayos plateados que el sol derramaba en el centro de la habitación.

Um Sa'ad se acercaba a nosotros con su atadito del que nunca se separaba, y caminaba erguida como un estandarte alzado por brazos invisibles. Entró Um Sa'ad y toda la habitación se impregnó de olor a campo. Me pareció que era la misma de hacía diez años. Sólo diez días, ¡Dios mío, cómo habían cambiado las cosas en diez día y cuántas ilusiones se habían esfumado! Puso su miserable fardito en una esquina, sacó de él una raíz que parecía seca y me la tendió.

---

[1] Literalmente, "madre de Sa'ad". Para Abu y Um seguidos del nombre, véase de la nota 1 de Hombres en el sol.

-La arranqué de una viña que encontré en el camino. Te la doy a plantar delante de la puerta y dentro de unos años comerás uvas.

Di vueltas a aquella raíz que parecía un trozo de madera pardo oscuro del que no se podía sacar nada.

-¿Es ahora el momento, Um Sa'ad?

Volvió a atarse el chal blanco en la cabeza como hacía siempre cuando tenía el pensamiento puesto en otra cosa:

-Parece que no sabes lo que es la viña. Es una planta que da fruto y que no necesita más que un poco de agua, no mucha, porque se pudre. Me dirás que cómo es eso, pues te lo diré. Hay siempre humedad en la tierra y en el cielo, pues de ellas saca el agua que necesita y, después, da fruto sin parar.

-Pero si no es más que un palo seco.

-Eso es lo que parece, pero es un trozo de viña.

-Bueno, eso ahora no tiene importancia...

De súbito preguntó:

-Ya todo terminó, ¿verdad?

-Sí.

-Eres tú el que lo dice.

Salió al balcón y la seguí despacio.

-¿Cómo estaba el campo hoy?

Me miró, y en su frente color de tierra me pareció leer toda la historia. Después extendió las manos:

-La guerra empezó en la radio y en la radio terminó. Cuando terminó, me levanté para romper el aparato, pero Abu Sa'ad me lo arrancó de las manos. ¡Ah, hijito, ah!

Se había apoyado en la balaustrada y miraba los olivares que se extendías hasta las colinas. Después, tendió la mano por encima de ellos y me dijo:

-El olivo tampoco necesita agua. Lo que necesita es la humedad que chupa desde muy adentro de la tierra.

Luego me miró:

-Sa'ad se fue, pero lo volvieron a traer. Yo creía que llevaba dos días luchando. Esta mañana me enteré que estaba preso. ¡Que vergüenza! Hubiera preferido verlo muerto.

-¿Cómo supiste que estaba preso?

-El lunes por la mañana oímos la radio. Entonces agarró sus cosas y fue a reunirse con sus compañeros. Como diablos que surgieran de las entrañas de la tierra, aparecieron todos en el campo. Los seguí, tomé un atajo, y conseguí alcanzarlo cerca de la entrada del campo. Le lancé algunos gritos de júbilo y vi como se reía hasta que desapareció de mi vista... Pero, ¡mala suerte!, no consiguió llegar, lo detuvieron.

-Y ahora, ¿qué?

-El mujtar[2] fue a verlo. Pasó por casa esta mañana para decirme: "No tengas miedo, Um Sa'ad, que te lo volveré a traer" ¡Qué imbécil! Piensa que eso es lo que yo quiero... ¡Pero abrase visto que imbécil! Cree que eso es lo que le va a gusta a Sa'ad. ¿Sabes?, ya verás como el mujtar volverá esta noche y me dirá: "Tu hijo es un sinvergüenza, lo saco de la cárcel y se me ha escapado para huir a la montaña y cruzar la frontera..."

-¿Cruzar la frontera para ir adónde?

Con el brazo tendido no señalaba a ninguna dirección precisa. Después se volvió y empezó a señalar todo lo que nos rodeaba: el escritorio, la silla, los niños, la mujer, el plato de comida y, por último, a mí.

De momento, no me di cuenta de lo que quería decir. El gesto de su brazo me pareció algo simbólico, demasiado complicado para ocurrírsele a una mente tan sencilla. Volví a preguntarle:

-¿Pasar la frontera para ir adónde?

En las comisuras de sus labios advertí una sonrisa que nunca le había visto antes y que desde entonces he de ver siempre. Era como una lanza tendida.

-¡Como si no lo supieras! ¡Anda, como si no lo supieras...! ¿Pasar la frontera para ir adónde? Eso es lo que tanto preguntas, eso es lo que los demás preguntan... ¿Por qué no desayunas?

Sorprendido por la pregunta dirigí una mirada a la comida que esperaba, desde hacía dos horas, a que se me abriera el apetito como una puerta cerrada para siempre con las hojas oxidadas por la herrumbre. Mi herrumbre era ahora la derrota, el sabor a humillación.

Insistió de nuevo:

-¿Pero no desayunas? Yo tampoco desayuné nada hoy. Espero que algo me abra los deseos de comer y, no sólo de comer, sino de vivir también, ¿comprendes? Y no hay nadie que pueda hacer eso más que Sa'ad. –Se calló un momento y después musitó como si hablara para sí:

-¿Sabes?, si Sa'ad vuelve a casa esta noche, si volviera, no podré probar bocado... ¿Entiendes ahora por qué era necesario que pasara la frontera? –Volvió a tender el brazo para señalar a una frontera imaginaria y recorrió de nuevo el escritorio, la silla, los niños, la mujer, el plato con comida, hasta detenerse en mí como si su brazo fuera un puente o una barrera.

-¿Y tú, qué piensas hacer, hijito? Han pasado veinte años de eso. Ayer por la noche me acordé de ti cuando oí que la guerra había terminado, y entonces me dije que tenía que pasar a verte. Si Sa'ad hubiera estado allí me habría dicho: "Esta vez le toca a él venir a visitarnos..." Entonces dime, ¿qué vas a hacer? –Sin esperar respuesta volvió a la habitación, tomó de encima de la mesa la raíz de

[2] El mujtar (literalmente "el elegido") es el nombre que designa en Oriente Medio(Siria, Líbano, Palestina) al alcalde de una aldea, o bien al alcalde de barrio en las ciudades importantes. Aquí se trata del mujtar del campo de refugiados en el que vive Um Sa'ad.

viña y se puso a examinarla como si la viera por vez primera. Después, se dirigió a la salida.

-La voy a plantar, ya verás como da uvas, ¿No te dije que no necesita agua? Exprime las gotas de la tierra, bien abajo, y bebe de ellas.

Al verla caminar así por el pasillo me parecía inmensa, como una torre enhiesta. Sin saber por qué, pensé en el mujtar que intentaba que soltaran a su hijo de la cárcel.

-¿El mujtar te dijo lo que haría para sacar a Sa'ad de la cárcel?

Al final del pasillo se volvió hacia mí. Plantada en el umbral de la puerta abierta parecía un titán que penetrara con la luz del sol. No conseguía ver su rostro con claridad, pero sí la oí decir:

-¿Pero aún piensas en el mujtar?

-¿No te lo había dicho?

Eso fue lo primero que dijo Um Sa'ad al día siguiente por la mañana. Llegó temprano, como de costumbre. El día anterior me había acostado tarde, así que me encontró todavía en la cama. No le importó, estaba impaciente por contarme algo.

-¿No te había dicho que no pensaras más en el mujtar? ¿Sabes lo que pasó? Pues se fue a verlos y quería que cada uno de ellos le firmara un papel con la promesa de que serían buenos chicos, pero se negaron y lo pusieron de patitas en la calle.

-¿Ellos, quiénes?

-Sa'ad y sus compañeros. El mujtar me dijo que se habían burlado de él y que Sa'ad le había preguntado: "¿Qué quiere decir eso de buenos chicos?". El mujtar contó que estaban amontonados en la celda y que todos se habían echado a reír. Uno de ellos, a quien no conocía, le había dicho: "Buenos chicos quiere decir que seamos sensatos, ¿no es eso?" Y otro: "¿Quiere decir que nos traguemos una torta sin masticas y encima digamos gracias?" Por fin Sa'ad se puso de pie y dijo: "Amiguitos, ser buenos chicos quiere decir combatir, eso es lo que quiere decir, eso mismo". –Se sentó en la silla rebosando una alegría secreta-. ¡Que Dios los proteja! Mientras el mujtar me contaba la historia, yo reía para mis adentros. Al final, le dije: "¡Has tenido suerte de que no te pegaran, puedes dar gracias a Dios!" Y se enfadó.

-¿Se negaron a firmar?

-¡Claro que se negaron!... Le dijeron al mujtar: "¡Te ha salido el tiro por la culata!" Y se enfadó. Sobre todo cuando les preguntó se necesitaban algo del campo y Sa'ad le contestó: "Saludos a la familia, hijito". Se ofendió. Figúrate, es mucho más viejo que Sa'ad, más o menos de la edad de su padre. Me dijo que Sa'ad le había faltado el respeto llamándolo "hijito" como si fuera un chiquillo...

-¿Y qué le contestaste al mujtar?

-Le dije que Sa'ad tenía un corazón de oro y que si le había dicho eso no había sido con intención de ofenderlo. Todo lo que había querido decir era que ahora le había llegado el turno a él...

-Um Sa'ad, ¡tanto quisiste arreglarlo que fue peor! [3]

-¿Yo? ¡Pero si lo hice con toda intención!

-Y ahora, ¿qué va a hacer Sa'ad? ¿No sería mejor que saliera de la cárcel?

Se calló y después me miró, y esbozó una sonrisa en las comisuras de la boca.

-¡De acuerdo! Pero tú, ¿acaso no estás preso? ¿Y qué es lo que haces?

Los periódicos estaban dispersos por el suelo y la radio, que había dejado encendida toda la noche, dio el boletín de noticias. Um Sa'ad miraba tan pronto a la radio como a mí. En su mirada me pareció advertir algo extraño, era como si entre ella y yo se alzaran unos barrotes de hierro que mis manos no lograban arrancar.

-¿Crees que no vivimos en la cárcel ahora? ¿Qué hacemos nosotros en el campo más que movernos dentro de una prisión extraña? ¡Cárceles las hay de todas clases, hijo mío! De todas. El campo es una cárcel, tu casa otra, y el periódico, la radio, el autobús, la calle, los ojos de la gente... Nuestra edad, también es una prisión, y los veinte años que acabamos de pasar. El mujtar. Todos son cárceles. ¿Y hablas de cárcel? Pero si toda tu vida estás preso... ¿Te crees, hijito, que los barrotes tras los que vives son arriates de flores? Cárceles, cárceles, cárceles. Tu mismo eres una cárcel. ¿Por qué va a ser Sa'ad solo el preso? ¿Por qué no firmó ese papel y prometió que sería buen chico? ¡Buen chico! ¿Quién de nosotros es buen chico? Todos hemos firmado ese papel de una u otra manera, pero eso no nos impide estar presos...

Nunca la había visto tan airada. Toda ella temblaba. Me levanté:

-¡Cálmate, Um Sa'ad! No he querido decir eso.

Ya más tranquila, me respondió.

-Todos dicen ahora: "No he querido decir eso". Entonces, ¿por qué sucede todo lo que está sucediendo? ¿Por qué? ¿Por qué no dejar hablar a los que tienen algo que decir?

-Y tú, ¿no tienes nada que decir?

Se acercó a mí:

-Escucha..., sé que Sa'ad saldrá de la cárcel, pero no sólo de ésta sino de todas las cárceles. ¿Comprendes?.

---

[3] Literalmente dice: "Quisiste alkoholarlos (es decir, pintarle los ojos con kohol para embellecerlos) y los cegaste". Proverbio muy utilizado y que se aplica a una persona cuando pretende adornar o arreglar algo y lo único que hace es estropearlo o empeorarlo.

DE UNA TIENDA
A OTRA

Um Sa'ad había vivido en Gabsiya[4] con mi familia, pero hace mucho tiempo de eso. Después, durante años y años vivió la vida desgarradora, insoportable, de los campos de refugiados. Todos los martes viene a visitarnos y proyecta sobre las cosas una mirada profunda como si tuviera parte en ellas. A mí me considera como si fuera su hijo. Me cuenta sus penas, sus alegrías, su cansancio, y, sin embargo, nunca la oí quejarse.

Tendrá unos cuarenta y tantos años. Más sólida que una rocas. Más tenaz que la tenacidad misma. Vive diez veces su vida, pues va y viene sin parar de acá para allá y trajina todos los días de la semana para ganar honradamente su pan y el de sus hijos.

La conozco desde hace años y en mi existencia representa ya algo indispensable. Cuando llama a la puerta y deja los fardos miserables a la entrada, todo se impregna del olor a las tiendas del campo, con su miseria, su determinación, su esperanza, y me viene a la boca el resabio de la amargura que mastico año tras año hasta la náusea.

El martes pasado vino, como de costumbre. Después de dejar sus paquetes, se volvió hacia mí:

-Hijito, tengo algo que decirte. Sa'ad se ha ido.

-¿Adónde?

-Con ellos.

-¿Quiénes son ellos?

-Los fedayines.

Hubo un silencio. Estaba sentada con las manos plegadas sobre el pecho. En aquellas manos descarnadas, nudosas como sarmientos, en aquellas manos que años de trabajo y de fatigas habían surcado de arrugas, pude ver su penoso caminar con su hijo Sa'ad desde que era un niño hasta que se hizo un hombre, protegiéndolo con ellas como la tierra protege al tallo delicado de la planta joven y que ahora, de pronto, me habían abierto para que de ellas volara el pajarillo. Veinte años habían pasado...

-Se ha ido con los fedayines.

No podía dejar de mirar aquellas manos que, tendidas hacia él para acompañarlo en el peligro y en lo desconocido, gritaban, desde lo más profundo de su dolor... ¡Dios mío!, ¿por qué el destino quiere que las madres tengan que perder a sus hijos? Entonces, por primera vez, comprendí lo que destroza el corazón, como si en una tragedia griega viviéramos una escena de dolor

[4] Barrio de las a fueras de Akka (Acre).

incurable.

Traté de ahuyentar aquellos pensamientos y le pregunté:

-¿Qué fue lo que te dijo?

-Nada. Se fue así sin más. Uno de sus compañeros pasó a verme esta mañana para decirme que se había ido con ellos.

-¿Nunca te había dicho antes que se iría?

-Sí, dos o tres veces me dijo que tenía pensado irse con los fedayines.

-¿Y no le creíste?

-Claro que sí, conozco a Sa'ad y sabía que se iría.

-Entonces, ¿por qué te sorprendiste?

-¿Yo? Si no me sorprendí. No hago más que contártelo. Me dije que te gustaría saber de Sa'ad.

-¿Y no estás triste ni enfadada?

Sus manos se agitaron. Las miré de nuevo y me parecieron bellas, fuertes, capaces de forjar cosas, y sollozaban, sí, sollozaban.

-Nada de eso. Esta mañana le dije a mi vecina que desearía haber tenido diez como Sa'ad. Hijo mío, estoy harta... Toda la vida en ese campo. Todas las mañanas y todas las noches no hago más que repetir: ¡Señor...! Hace ya veinte años. Si no iba Sa'ad, ¿quién iba a ir entonces?.

Se levantó y toda la habitación se impregnó de una atmósfera íntima, cálida. Las cosas tomaron un aspecto más familiar. Todo volvía a ser como en Gabsiya. La seguí a la cocina. Allí e sintió otra vez animada. Ahora sonreía.

-A una mujer que venía sentada en el autobús junto a mí le dije que mi hijo se había hecho fedayin (aquí le cambio el tono de voz y por eso recuerdo ahora lo que dijo), le dije también que lo quería mucho y que lo echaría de menos... ¿Crees que le darán una metralleta?.

-Claro, a todos los fedayines les dan siempre una.

-¿Y de comer?

-Todo lo que necesiten, y también cigarrillos.

-Sa'ad no fuma, pero estoy segura de que aprenderá allí. ¡Luz de mis ojos! Si estuviera más cerca le llevaría todos los días comida hecha con mis manos.

-Comerá con sus compañeros.

-¡Que Dios los guarde!

Se calló un instante y después se volvió hacia mí:

-¿Crees que le gustaría que vaya a verlo? Puedo ahorrar algún dinero para el viaje y pasar allí dos días.

Después de reflexionar algo, añadió:

-¿Sabes? Por los hijos tiene uno a veces que humillarse. Si no tuviera esos dos chicos, ya me habría ido con ellos. ¿Qué viven en tiendas? Y nosotros, ¿no vamos de una tienda a otra? Viviría con ellos y les prepararía comida, me

desvelaría por atenderlos, pero cuando hay hijos...

-No tienes por qué ir a verlo allá. Déjalo que se las arregle solo. Los fedayines no necesitan estar bajo el ala de ninguna madre.

Se enjugó las manos en el delantal. En su mirada se leía la decepción de toda madre al sentir que ya no es indispensable y que se le arrincona como algo inútil.

Se acercó a mí:

-¿Lo crees de verdad? ¿Piensas que no serviría de nada que fuera a ver a su jefe para recomendárselo? –Se turbó ligeramente y mostró la angustia que la consumía-. O si no, podrías tú recomendárselo a su jefe y decirle: cuida de Sa'ad y que Dios guarde a tus hijos.

-¿Cómo? ¿Qué es lo que dices? Con los fedayines no hay recomendación que valga.

-¿Por qué?

-Porque lo que tú quieres es que su jefe se las arregle para no exponerlo al peligro, cuando el propio Sa'ad y sus compañeros piensan que la mejor recomendación para ellos sería que los enviaran a luchar de inmediato.

Volvió a sentarse. A pesar de la angustia que leía en sus ojos y en sus manos, me pareció más fuerte que nunca.

-Te digo esto para que le recomiendes a su jefe que no haga nada para enfadarlo. Dile: Um Sa'ad te pide que jures por tu madre que dejarás a Sa'ad hacer lo que quiera. Es un buen muchacho, pero cuando no se sale con la suya, se exaspera. Por Dios te lo pido, dile que le deje hacer lo que quiera... si quiere ir a luchar, pues que lo mande.

LLUVIA
Y LODO

Aquel martes por la mañana llovía. Um Sa'ad entró chorreando agua. Tenía el cabello empapado y las gotas de lluvia le corrían por el rostro. Era como una tierra recién regada. Tomó su abrigo y posó su raído paraguas en una esquina como quien coloca una vieja espada.

-Esto no es lluvia, hijo, son mares.

Sonrió. Cuando se dio vuelta vi que tenía una mancha de barro en el borde del vestido.

-¿Qué es eso Um Sa'ad? ¿Te has caído?

Giró rápidamente.

-¿Caerme yo? Nunca. ¿Por qué?.

-Tienes barro en la falda.

Frotó un poco las manchas con la mano y después las dejó al ver que el barro seguía húmedo.

-Esta noche se inundó el campo. ¡Qué vida, que Dios nos libre de ella!.

Ante mí aquella montaña temblaba. Lágrimas profundas empezaron a abrirse camino. Vi a mucha gente llorar. No he visto pocas lágrimas. Lágrimas de decepción, de fracaso, de desesperación. Lágrimas de tristeza, de desgracia, de desgarramiento. Lágrimas de emoción y de súplica. Lágrimas de rechazo impotente, de ira contenida. Lágrimas de hambre y de fatiga. Lágrimas de arrepentimiento. Lágrimas de amor. Pero como las de Um Sa'ad jamás las he visto. Aquellas lágrimas surgían de la tierra como un manantial esperado desde la eternidad. Como una espada desenvainada de su funda, sin ruido. Después se detienen un instante junto al ojo imperturbable. En toda mi vida he visto a nadie llorar como a Um Sa'ad. Su piel estalla en sollozos por todos los poros, sus manos descarnadas sollozan con voz audible, lloran sus cabellos, sus labios, su cuello, su vieja ropa rota, su frente alta, y ese lunar en el mentón, pero sus ojos nunca vierten lágrimas.

-Vamos, Um Sa'ad, ¿estás llorando?

-No hijito, no lloro. Si pudiera... pero, ¡hemos llorado tanto! Tú lo sabes. Hemos vertido más lágrimas que el agua que cayó anoche en el campo. Y después, una mañana, Sa'ad se fue. Ahora lleva un fusil y le cae una lluvia de balas, pero nadie llora. Sí hijito, he envejecido, estoy acabada. He pasado toda la noche hundida en el agua y el fango. Veinte años... –No pudo continuar. La voz se le quebró en la garganta en un sollozo ahogado. Extendió las manos en un esfuerzo por sobreponerse y vencer el dolor y la angustia que la dominaban.

-¿Qué es lo que te decía hijito? Sí, esta noche sentí que estaba cerca el fin... ¿Para qué sirve todo esto? Quiero vivir para verlo. No quiero morir aquí

entre el fango y la basura. ¿No comprendes hijito? Tú sabes escribir cosas, yo nunca fui en mi vida a la escuela, pero sentimos lo mismo, ¿no es verdad? ¡Dios mío!, ¿por dónde iba? Anoche pensé mucho en esto y encontré las palabras que hacían falta para decirlo, pero por la mañana ya me había olvidado de todo... Bueno, ¡que le vamos a hacer! Tú escribes lo que piensas, yo no sé escribir, pero las envío allá a mi hijo... Así, de esta manera, digo lo mismo que tú, ¿no es verdad?

Sentí que aquellas palabras sencillas, hirientes de verdad y disparadas como dardos, me atravesaban el pecho. La mancha de barro que le orlaba el borde del vestido parecía una corona de espinas.

-Ven, Um Sa'ad, siéntate aquí. Lo que pasa es que estás cansada. Sólo piensas en Sa'ad y te preocupas demasiado por él, eso es lo que te atormenta. Además, con un tiempo como el que hace, también te sientes abatida porque sabes que no parará de llover en todo el día y vas a pasar toda la noche quitando el barro con la pala. Ven a sentarte aquí y no te dejes llevar del desaliento.

Se sentó y respiró profundamente, como si quisiera desvanecer las nubes negras que pasaban por su pecho, soplando sobre ellas aire puro.

-No, hijo mío, no es eso. ¿Sabes lo que hacía Sa'ad cuando el campo se inundaba? Se quedaba de pie, inmóvil, mientras los hombres trataban de quitar el barro con las palas, y les gritaba: "Una noche desaparecerán enterrados en el fango", Una vez su padre le dijo: "¿Por qué dices esas cosas? ¿Qué quieres que hagamos? ¿Acaso crees que hay en el cielo un tubo y que basta con ponerle un tapón?". Todos rieron. Pero había en su rostro una expresión que me asustó. Como si aquella idea le gustara y estuviera dispuesto a irse al día siguiente para taponar aquel tubo.

-Y, ¿se fue?

-Se fue.

Me miró de frente. Hubo en ella un cambio increíble. Refluyó el diluvio de lágrimas en que flotaba y pareció radiante como algo iluminado desde el interior.

-¿Sabes, hijito? No estoy preocupada por él. No, no es eso. No es preocupación, es otra cosa. Tú que has ido a la escuela quizás sepas como se llama eso... Uno de sus compañeros vino a verme ayer para decirme que estaba bien.

-¿Fue a tu casa?

-No. Ni le vi la cara. Hacía una noche muy oscura y estábamos allí luchando con el barro y el agua cuando se me acercó. Uno muy alto. ¡Que Dios lo guarde! Me dijo: "Sa'ad te manda saludos. Está bien. Mañana te obsequia con un auto". Después se fue.

-¿Cómo que te obsequia con un auto?

-Claro, ¿no lo entiendes?. Lo que quiere decir es que va a hacer saltar

uno.

-¿Y lo hará?

-¿Cómo que no? Sa'ad no dice nada que no cumpla. Lo conozco muy bien.

Afuera, el sol se abría camino en medio de las nubes oscuras como un arado que traza su surco en la tierra. Un rayo de sol penetró en la habitación. ¿Sería por casualidad que aquel rayo le iluminó el rostro? Sonrió.

Esperé a la noche para oír las noticias. La radio anunció que un coche israelí había caído en una emboscada tendida por los combatientes. Esperé con ansiedad hasta oír el final de las noticias: "Todos los fedayines regresaron a sus bases sanos y salvos". No sé por qué fui al campo de inmediato. Um Sa'ad estaba allí en medio del lodazal, enhiesta como un faro en un mar infinito de tinieblas. Cuando me vio llegar se puso a agitar los brazos y su voz resonó por todo el campo como un trueno con ecos que retumbaba en cascada.

-¿Lo viste? Te dije que Sa'ad le ofrecería un coche a su madre.

Llovía a cántaros. Pero, en aquel momento, cuando el barco arremetía para abrirse camino hacia su destino, aquellas gotas no eran más que salpicaduras de agua que se estrellaban contra la proa.

EN EL CORAZON DEL ESCUDO

La sonrisa le llenaba todo el rostro. Nunca le había visto así. Después de poner sus miserables fardos en un rincón, exclamó:

-Sa'ad ha venido.

Afuera, los ruidos que llegaban de la calle anunciaban fiesta. Dio una vuelta por la habitación y después se sentó como de costumbre, con las manos cruzadas sobre el pecho, con esa manera tan suya que daba la impresión de que abrazara algo estrechamente. Ante mí, veía brillar los ojos de Sa'ad detrás de la metralleta. Venía cubierta de tierra después de muchas noches de ausencia.

Pregunté a Um Sa'ad:

-¿Ya hace un año que se fue?

-Todavía no. Hace nueve meses y medio. Llegó ayer.

-¿Va a quedarse?

-No. Le cosieron el brazo, una bala le...

Se remangó la manga del traje y me mostró como la bala le había atravesado desde el codo a la muñeca. Al ver aquel brazo sólido, moreno como el color de la tierra, comprendí que las madres pudieran echar al mundo hijos combatientes. Me pareció advertir la cicatriz de una vieja herida, casi imperceptible, que le iba desde el codo hasta la muñeca.

-¿Tú también?

-¿Yo? Ah, sí, es una vieja herida, de los tiempos de Palestina... Fue un día que un zorro me robó una gallina. Conseguí atraparlo debajo de un alambre de espinos y le retorcí el pescuezo, pero me lastimé el brazo en la alambrada.

-¿Y Sa'ad?

-Volverá cuando tenga curada la herida.

Me di cuenta de que había dicho "volverá" y no "se irá". No me paré demasiado a pensar en ello. Um Sa'ad me había enseñado hacía tiempo como el exiliado crea sus palabras y las introduce en su vida lo mismo que la reja del arado penetra en la tierra.

-¡Que Dios lo guarde! Lleva el brazo como si llevara una condecoración. Parece que ya es el jefe del comando y que no hacen más que preguntarle: ¿Pero Sa'ad, por qué tan aprisa? Siempre está en primera línea. Yo le dije: "Se ve que eres hijo de tu padre".

-¿Le echaste mucho de menos?

-¿A quién? ¿A Sa'ad? ¡Que Dios lo proteja!

Me abrazó sólo un segundo. Entonces fui y le dije: "Vaya Sa'ad, ¿no das un beso a tu madre después de tanto tiempo sin verla?". ¿Sabes lo que me contestó? : "Pero si te vi allí. Y se río.

-¿Cómo que te vio allí?

-Ya verás. Me contó que estuvo en Palestina. Había caminado mucho con cuatro de sus compañeros en dirección oeste, muy cerca del país. Después se escondieron en los campos. No entendí por qué. Hablaba y yo lo miraba a los ojos con admiración, pero, ¡qué muchacho!, ¡qué muchachos todos ellos!, y me decía para mis adentros: estuvo allí, entonces estuvo allí. Lo que no entendía era por qué tuvieron que esconderse en los campos... Dijo que él y los otros...

Llovía a cántaros y tenían hambre. Cuando cae una lluvia de plomo parece que se siente un olor como el del pan. Eso dice Sa'ad. Estaban rodeados y decidieron quedarse calladitos en su escondite pensando que el cerco sólo duraría unas horas. Pero duró varios días hasta que ya estaban muertos de hambre. Por último, no tenían más que dos posibilidades: permanecer escondidos soportando aquel suplicio que no sabían cuando terminaría, o bien que cada uno de ellos, por su cuenta, intentara la aventura de ir a la aldea más próxima. La elección era difícil, así que decidieron esperar a la tarde para decidir lo que harían.

Más tarde, sería mediodía cuando Sa'ad dijo, de pronto, a sus compañeros: "Ahí, está, mírenla, esa que llega es mi madre". Los hombres miraron el camino angosto que serpenteaba la colina y vieron a una mujer que venía hacia ellos vestida como una campesina, con un largo traje negro, y que llevaba en la cabeza un hato y unas ramas en la mano. Les pareció que era una mujer ya mayor, de la edad de Um Sa'ad, alta de estatura y fornida como ella. En medio de un silencio mortal sólo se oía, como un susurro, el crujido de los guijarros bajo sus pies descalzos.

Uno de los cuatro lo increpó:

-¿Tu madre? Pero si tu madre está en el campo, imbécil... El hambre te ha nublado la vista.

-Ustedes no conocen a mi madre... Siempre me sigue a todos los sitios. Y les digo que ésa es mi madre.

La mujer llegó junto al lugar donde estaban escondidos, tan cerca de ellos que podían oír el roce de su largo traje bordado de rojo. Sa'ad la miraba oculto tras los zarzales y de pronto la llamó:

-¡Mamá, mamá!

La mujer se detuvo un instante y recorrió con la mirada los campos silenciosos. Mientras tanto, los otros la observaban mudos. Uno de ellos agarró a Sa'ad por el brazo y se lo apretó para advertirle que tuviera cuidado. Un segundo, otro. La mujer parecía extrañada, pero al fin prosiguió su camino.

Había dado dos o tres pasos cuando Sa'ad volvió a llamarla:

-¡Mamá, contéstame!

Otra vez se detuvo y miró en torno suyo, extrañada. Al no ver nada, se quitó el hato de la cabeza y lo puso en el suelo con las ramas encima. Después, con las manos en las caderas empezó a buscar en los zarzales.

-¡Estoy aquí, mamá!

La mujer se volvió hacia el lugar de donde había salido la voz y al no ver a nadie se agachó, agarró una rama, le arrancó las hojas y avanzó dos pasos en dirección a ellos. Después se detuvo y exclamó:

-¿Por qué no sales y te muestras?

Los hombres miraron a Sa'ad que vaciló un instante. Después se colgó la metralleta del hombro y se acercó despacio a la mujer:

-Soy Sa'ad, mamá. Tengo hambre.

La campesina soltó la rama que llevaba en la mano y miró atónita a aquel muchacho que surgió de aquellos zarzales y descendía hacia ella vestido de caqui con la metralleta al hombro. Mientras Sa'ad se acercaba a la mujer, los otros apuntaban con las armas, dispuestos a disparar.

-El enemigo te hace pasar hambre, hijo mío... Ven, ven con tu madre.

Sa'ad se acercó un poco más, ya confiado, con la metralleta colada del hombro, descuidadamente. Cuando estuvo junto a ella, la mujer abrió los brazos y lo estrechó entre ellos.

-¡Querido mío, hijo mío, que Dios te guarde!

-Mamá, queremos comer.

Se echó y le entregó el bulto. En aquel momento vio que la mujer tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¡Por Dios te lo ruego, mamá, no llores!

-¿Hay contigo otros muchachos? Dales de comer. Al atardecer volveré y les dejaré algunas provisiones al borde del camino... ¡Que Dios los guarde, hijos míos!

Sa'ad volvió junto a sus compañeros y les llevó algo de comida. Ninguno de ellos advirtió en él menor signo de asombro. Después de comer, uno de los muchachos sugirió:

-Cambiemos de sitio. A lo mejor trae consigo a los soldados.

Pero Sa'ad no quiso atender aquellas razones. Al cabo de unos instantes, replicó:

-Era mi madre, lo han visto ustedes mismos, ¿cómo va atraer a los soldados?.

Al caer la tarde, la mujer volvió y dejó provisiones. Lo mismo hizo al día siguiente, al amanecer. Cada vez, Sa'ad la esperaba detrás de los matorrales:

-¡Que Dios te bendiga, mamá!

Y todos oían que ella respondía:

-¡Que Dios te guarde, hijo mío!

Um Sa'ad prosiguió su relato:

-Esa mujer les dio de comer durante cinco días... Sa'ad me contó que ni una sola vez había llegado tarde, ni siquiera una hora. Hasta que levantaron el

cerco. Aquel día llegó y después de dejar provisiones, le dijo: "Ya se fueron los soldados... ¡Buen suerte!"

Um Sa'ad permanecía con las manos sobre el pecho como si abrazaran a alguien estrechamente.

-Sa'ad dice que me vio allí. Si no hubiera estado allí para darle de comer, se habría muerto de hambre, y si no hubiera rezado tanto por él, lo habría matado esa bala que le atravesó el brazo.

Se puso en pie y toda la habitación se inundó de olor a campo, ese campo en el que Sa'ad se había emboscado como si estuviera rodeado de un escudo.

-Volverá cuando se le haya cerrado la herida. Me dijo que no me preocupara por él, que él me veía allí siempre... ¿Qué quieres que le diga? Le dije: ¡Que Dios te acompañe y te guarde!

Se volvió. Dio un paso, dos, y de pronto, me oí a mí mismo llamándola:

-¡Mamá!

Se detuvo.

UNOS HUYEN,
OTROS AVANZAN

Um Sa'ad abrió las manos ante mí, sus manos laceradas por el cansancio y el sufrimiento. Entre sus grietas, vi cicatrices rojas de heridas mal curadas.

-¿Qué te ha pasado, Um Sa'ad? ¿Has peleado con un espino?

Se acercó más a mí para mostrarme su piel reseca como la tierra sedienta.

-No, hijo mío, eso pasó anteayer por la noche. Recogí pedazos de metal cortantes.

-¿Anteayer por la noche?

Cuando oyó la primera explosión. Um Sa'ad estaba dando de cenar a su hijo pequeño. El campo del Bory no está muy lejos del aeropuerto, pero por un momento pensó que alguno se adelantaba a festejar el Año Nuevo. Después se puso a escuchar con más atención y sintió en el aire que algo grave pasaba. Su jornada había sido agotadora. De pie desde el amanecer, había lavado la ropa, escurrido las bayetas, limpiado los cristales de las ventanas, fregando el suelo, sacudiendo las alfombras –en las casas de los demás, claro, porque la suya en el campo no es más que una habitación divida a la mitad por un tabique de hojalata. Estaba muy cansada, pero cuando oyó la segunda explosión, no vaciló un instante, dejó a su hijo y salió afuera. Por encima de las dunas rojizas, se dirigió a la carretera y allí pudo ver llamaradas envueltas en humo que se elevaban en la noche. Um Sa'ad se detuvo atónita sin saber qué hacer, oía un zumbido, un estrépito extraño.

-¿Estabas sola?

-¿Sola? ¡Qué va, hijito, qué iba a estar sola! La gente acudía como las hormigas.

Todas las mujeres del campo, y los niños y los muchachos, todos salieron como si antes se hubieran puesto de acuerdo. Estábamos todos allí. No sabíamos muy bien por qué ni para qué. En el horizonte divisábamos el fuego. Después, oímos un avión que pasaba cerca y levantamos la cabeza.

El avión se acercó aún más. Era negro. Pasó en vuelo rasante y ametralló la carretera. Entonces se oyó un estrépito ensordecedor de chatarra. Poco después, Um Sa'ad se lanzó a la calzada y recogió una esquirla de hierro de aristas cortantes.

-Estos pedazos de hierro pinchan las ruedas de los carros.

Le dio vueltas en la mano para que los demás la vieran bien.

-¡Vamos, muchachos, hay que recogerlos y arrojarlos a la arena!

Todos, mujeres y niños, se lanzaron a recoger los pedazos de hierro que luego arrojaban sobre la arena. Después, se fueron desperdigando como espectros a lo largo de la carretera, para limpiarla de obstáculos y se echaban boca abajo, encima de la arena, cada vez que el avión volvía.

-El avión volaba tan abajo que parecía que casi nos rozaba la cabeza. Una vez llegó a estar tan cerca que le lancé una piedra..., pero pasó demasiado de prisa. Cada vez que arrojaba una lluvia de esa metralla infernal corríamos a recoger los cascos.

-Así que entonces limpiaron la carretera.

-En aquel mismo momento. Trabajamos como diablos. Pero durante el bombardeo, habían dejado algunos carros abandonados en medio de la carretera. Intentamos empujarlos y acercarlos al contén pero no conseguimos moverlos. Además teníamos miedo que nos vieran los dueños y luego dijeran que queríamos robarlos.

-Vamos, vamos. Um Sa'ad, ¡qué cosas dices!

-¡Que si te lo digo! ¡Qué poco sabes de la vida...!

Vestida de harapos y con el pelo al viento –porque el pañuelo me lo hizo volar un avión-, y con la cara cubierta de sudor y arena, ¿qué te imaginas que haría si uno de esos propietarios me señalara con el dedo y dijera: "es ella... la he visto robando mi automóvil?".

-Te equivocas, Um Sa'ad, lo que hacías estaba bien, pero que muy bien.

-Ya lo sé, pero, hijito, no podré nunca confiar en un hombre que deja su auto abandonado en el medio de una carretera, y huye... en un momento así... No, no podré.

El fuego se fue aplacando, pero el humo seguía envolviendo el horizonte. Um Sa'ad, de pie encima de la arena, se contemplaba las manos llenas de heridas. Los niños volvían a sus casas. Entonces pensó en Sa'ad. Lo sentía en su cuerpo como el día que lo echó al mundo. La invadió un sentimiento extraño que no podía explicar, una especie de confianza, de esperanza en el futuro. En algún lugar, pensaba, estaba ahora Sa'ad, firme como un tronco, como una roca, haciéndoles pagar aquello con las armas.

Um Sa'ad abrió las manos ante mí. En sus palmas callosas, las heridas eran como rojos ríos secos. Esas manos despedían un olor único... el olor de la resistencia cuando se hace cuerpo y sangre en el hombre.

-No es nada... son heridas sin importancia.

-¿Esto? Pues claro. Desaparecerán, el tiempo las borrará. La herrumbre de los platos que friego, la porquería de las baldosas que limpio, la ceniza de los ceniceros que vacío, la suciedad del agua con que lavo, se irán acumulado

encima de las heridas y las harán desaparecer anegadas en torrentes de cansancio, restañadas por mi aliento, bañadas a diario en el sudor cálido de las manos con que amaso el pan de mis hijos... Sí hijito... los días de servidumbre las cubrirán de un caparazón, pero sé que debajo seguirán taladrándome. Lo sé.

LA CARTA QUE LLEGÓ
TREINTA Y DOS AÑOS DESPUÉS

Aquel día Um Sa'ad empezó a recordar viejos tiempos. Habló de un hombre llamado Fadel al que parece que habían matado en 1948, ¿o sería después?, no se acordaba muy bien. Pero eso no tenía demasiada importancia, ya que la historia tenía que ver desde el principio con otra persona.

Parecía preocupada. Se puso a dar vueltas por la casa sin saber qué hacer. Estaba distraída, no escuchaba lo que le decía. Salió al balcón y se puso a hacer cosas inútiles que no hacían ninguna falta. Por lo menos eso es lo que a mí me parecía y creo que a ella también.

-A Um Sa'ad le pasa algo hoy, no la tiene todas consigo- dijo mi mujer.

Yo sabía que Um Sa'ad era un arca cerrada que guardaba celosamente sus penas, sin revelar a nadie lo que se agitaba dentro de ella, si eran voces de cansancio, de inquietud o de angustia. Así que decidí hacer como si nada hubiera notado y dedicarme a mis cosas, cuando me preguntó si conocía a un campesino de Gabsiya llamado Fadel o si había oído hablar de él.

Al decirle que no sabía quién era se quedó desconcertada. Entonces me preguntó si conocía un tal Abdel Mawla, de una aldea al este de Gabsiya.

-¿No era el que colaboraba con los israelíes y llegó a ser su diputado?

-El mismito.

-Pero, ¿por qué te acuerdas ahora de él?

Volvió a sumirse en una actitud sombría sin que fuera posible arrancarle una palabra. Le rogué que no excitara más mi curiosidad. Quería saber qué sentido tenía aquella extraña vuelta al paso, por qué surgían ahora en su recuerdo aquellas personas, ausentes de su memoria desde hacia veinte años. Por fin, susurró muy quedo que Abdel Mawla había matado a Fadel.

Aquellas palabras eran de un laconismo extraño. Y, sin embargo, las cosas debían haber sido más complejas. Siguió dando vueltas como un gorrión que, transido de frío, buscara refugio.

-¿Le ha sucedido algo malo a Sa'ad?

-No, nada malo, ayer tuve noticias suyas... pero hijo mío, la verdad es que hay algo que me preocupa.

-¿Qué ha pasado Um'ad?

Sacó del pecho un papel arrugado y me lo tendió:

-Me lo leyó Hasán y desde entonces no he dejado de pensar en ello.

Conocía la letra de Sa'ad y vi que la carta era suya. Estaba escrita con lápiz de punta gruesa. Hablaba de uno de sus compañeros llamado Laiz que había caído preso. Su familia había acudido a Abdel Mawla para que intercediera por él, aduciendo viejas relaciones entre las dos familia. Intenté

seguir leyendo aquella extraña carta, aunque las letras aparecían casi borradas o habían desaparecido en los pliegues comidos del papel.

-¿Y qué es lo que te preocupa, Um Sa'ad?

-Sa'ad me pide que vaya a ver a su madre que le diga que no haga nada de eso.

-¿Y has ido?

-Esta mañana pensé junto a su casa en el campo, pero cuando llegué delante de la puerta vacilé y no supe qué hacer. No es fácil, hijo mío, no, la cosa no es fácil. En un caso así, lo único que te apetece con la gente es escupirles a la cara.

-Y, ¿qué tiene que ver Sa'ad con toda esta historia?

-Conoce a Laiz desde que los dos eran pequeños. Mira, ¿para qué mentirte?, lo que yo creo es que el propio Laiz anda detrás de todo esto. Debió de decirle a Sa'ad que si alguna vez le pasaba algo y la familia intentaba escribir a Abdel Mawla, pues lo que debía hacer Sa'ad era meterles un tiro.

Se derrumbó en el asiento como un objeto que cayera por su propio peso, en aquella postura tan suya con las manos cruzadas sobre el pecho como dos pajarillos que se fundieran en un abrazo. Podía ver un trozo de la carta que le sobresalía de entre los dedos. Aquella carta era un grito venido de lejos al que me era imposible responder, un gemido de dolor que era incapaz de aliviar. Sentí que me había traspasado toda su angustia.

-Conozco a Sa'ad y sé que lo hará.

-¿Pero estás segura de que la familia de Laiz ha escrito a Abdel Mawla?

-No, no lo estoy, pero tengo que hacer algo. Ahí está lo difícil. ¿Qué opinas tú? Si estuviera segura de ello, no vacilaría lo más mínimo. Pero eso de ir a ver a Um Laiz y decirle así sin más: "Buenos días, Um Laiz, Sa'ad me manda que le diga..." ¡Qué va!, eso no es fácil. Desde anoche me siento como si llevara un fardo a cuestas. Te lo digo de verdad, cuando Hasán me leía la carta y oí el nombre de Abdel Mawla, empecé a temblar como si estuviera poseída de todos los diablos... Ese hombre, Dios mío, ya desconfiaba yo de él desde hace tiempo, desde los tiempos de Palestina.

Movido por la curiosidad que me dominaba, le pregunté:

-¿Eso fue antes de que muriera Fadel?

-¿Ves?, has pensado de inmediato en Fadel. No se puede pensar en Abdel Mawla sin acordarse de Fadel. Sa'ad habla de los dos en la carta.

-Antes dijiste que Abdel Mawla había matado a Fadel.

-Bueno, no exactamente eso, quiero decir, no es que agarrara un fusil y le disparara un tiro.

-¿Cómo fue entonces?

-Abdel Mawla era jefe de una gran familia. Era dueño de muchas tierras en las que trabajaban los campesinos. Tenía olivos y tabaco que vendía a la

compañía de Karmán. Claro, tú no te acuerdas de esos tiempos y por eso no sabes quién era Fadel. Pues era como nosotros, un campesino sin tierra. Cuando la revolución de 1936 se echó al monte descalzo con su fusil y durante mucho tiempo no se le volvió a ver.

Um Sa'ad era entonces muy joven, una chiquilla todavía. Había oído hablar de aquellos acontecimientos, pero no se acordaba muy bien del todo. Sí, hubo una huelga que duró seis meses y los campesinos tomaron las armas y se echaron al monte.

Y después hubo aquel mensaje de los reyes árabes y los hombres volvieron a sus casas. No recuerdo muy bien cómo fue aquello. Si me preguntas ahora lo que pasó, no sabría decírtelo. Ahora, eso sí, hay una cosa que recuerdo muy bien. Dijeron que en la aldea tal había una fiesta. ¡Qué vergüenza!, ¿una fiesta para qué? Bueno, el caso es que nos dijeron que fuéramos todos. El viaje era gratis, así que fuimos por ver.

Ese día Fadel bajó al pueblo con otros campesinos. Bajó el monte descalzo, como había subido y como había vivido siempre. El camino era largo y, a la plaza del pueblo, llegó de los últimos, agotado, con los pies ensangrentados y el traje hecho jirones, al mismo tiempo que otro de una aldea vecina. La plaza era un hervidero de gente y Fadel no hallaba sitio donde poder sentarse hasta que al fin encontró un lugar a la puerta de una casa, al otro extremo de la plaza, y allí se puso a curarse un poco los pies pues los tenía magullados y llenos de tierra, espinas y sangre.

Yo estaba con las mujeres, no muy lejos de él. Al principio, no me di cuenta de su presencia hasta que oí a una mujer diciéndole a otra que Fadel había trabajado en la almazara y fue uno de los primeros en echarse al monte. Después la gente empezó a aplaudir. No recuerdo ahora lo que habló ese día... sin duda fue de la revolución, de la victoria, de los ingleses y de los judíos. No sé por qué en aquel momento me volví y miré hacia Fadel. Vi que tendía la mano hacia la gente y decía algo. Al principio creí que pedía que le dieran algo de beber o de comer, y me acerqué a él. Pero cuando estuve a su lado, me di cuenta de que hablaba solo. Aquello no lo olvidaré nunca, hijo mío, de veras, aquello se me quedó grabado para siempre.

-¿Y qué decía?

-Oí que decía: "Eso, eso, yo soy el que voy con los pies llagados, pero es a ése al que aplauden". No sé por qué esa frase se me quedó grabada en la mente desde hace tanto tiempo. No es que la tenga siempre presente, pero está ahí y cuando recibí la carta de Sa'ad volvió a surgir y entonces me acordé de los dos, de Abdel Mawla y de Fadel...

Sacó la hoja de papel blanco toda comida por los pliegues y la abrió ante mis ojos. A pesar de su brevedad y concisión, aquello más bien parecía un

novelón.

Um Sa'ad prosiguió:

-¡Y ahora ese Abdel Mawla que vuelve a aparecer después de veinte años! ¿Te das cuenta, hijo mío? ¿Cómo es posible? No es de Laiz de quien quiero decir? Fadel murió después. Algunos dijeron que estaba tuberculoso de trabajar en la almazara, otros que resbaló y se cayó en un barranco, y otros que lo mataron en la guerra de 1948. También hubo quien dijo que se había ido de Palestina en 1949 y que al regresar lo mataron en el camino. Pero nada de esto importa ahora. Yo lo sigo viendo sentado a la puerta de aquella casa, con los pies ensangrentados y llenos de tierra. No puedo imaginármelo muerto. Aún oigo los aplausos, las felicitaciones, los gritos de júbilo de las mujeres... Y Abdel Mawla, como te dije, es ahora un personaje importante allí. Un traidor, por eso es importante para ellos. ¡En el Parlamento! ¡Qué vergüenza!

Se levantó y se puso a dar vueltas como si algo la atara a aquella carta que Sa'ad había escrito desde sabe Dios dónde (puede que apoyado en el tronco de un árbol o en la culata del fusil y por eso la letra era tan tosca y de trazos tan irregulares).

-¿Y qué piensas hacer ahora, Um Sa'ad?

Movió la cabeza con un gesto de desconcierto.

-Si fuera a ver a Um Laiz y le contara la historia de Fadel y de Abdel Mawla, ¿crees que eso serviría de algo?

-Quizás. Pero, ¿por qué hablas como si estuvieras segura de que la familia de Laiz piensa escribir a Abdel Mawla?

-No, no estoy segura de nada, pero de todos modos no tengo más remedio que hacer algo... Ah, hijo mío, se ese día Fadel hubiera matado a tiros a Abdel Mawla, el problema se habría terminado.

Me callé. Hubiera querido decirle que de haber sido así, otras muchas cosas tampoco habrían pasado. Puede que ella mismo no hubiera tenido que permanecer veinte años en aquel campo. Pero me abstuve y no dije nada.

-Si hubiera hecho eso, la gente no habría matado.

-Es verdad, ese día sí que lo hubiera matado... Hubiera sido mejor para él quedarse en el monte y no haber asistido a esa fiesta.

-Pero, Um Sa'ad, si se hubiera quedado en el monte, Abdel Mawla no habría podido organizar esa fiesta.

-Ya lo sé. Si hubieran quedado todos. Pero, ¿qué fue lo que pasó? Pues que al pobre Fadel lo utilizaron. En la almazara, después en el monte, y luego otra vez en la almazara. Y si hubiera venido al campo, también se habrían aprovechado de él.

-Eso es lo que Sa'ad quiere impedir, ¿comprendes ahora? No quiere que hagan de Laiz un nuevo Fadel...

Se volvió y me miró directamente a los ojos con esa mirada tan suya que

arroja como una lanza en los momentos proféticos mientras apunta a la verdad. Con un ademán lento, pero decidido, me tendió el papel blanco medio roto como el ala de un pájaro que huyera del olor del combate y de la muerte. Sus palabras resonaron en mí como un cañonazo.

-Nunca nadie habló así a ese pobre Fadel. ¿Por qué no lo haces tú ahora, tú que has aprendido en los libros y en la escuela? ¿Por qué no se lo dices tú a la familia de Laiz?.

POR DOS LIBRAS MÁS

Um Sa'ad amarró su fardo, se lo puso debajo del brazo y salió para regresar al campo, pero al poco rato volvió a entrar, me agarró por el codo y me llevó al balcón. Allí me señaló a un hombre pequeño de estatura que permanecía de pie junto a una bicicleta, a la vuelta de la callejuela que baja hasta la calle principal.

-¿Ves esa mono?

-¿Ese que está apoyando contra la pared cerca de la bicicleta?

-El mismo. Por lo que más quieras, vete a verlo y dile que se largue y que me deje en paz...

-¿Por qué, Um Sa'ad?

-Haz lo que te dijo, si no seré yo la que baje y le pegue.

Bajé con Um Sacad y tomamos por el otro extremo de la calle para evitar pasar ante aquel personaje misterioso. En el camino, Um Sa'ad me contó que aquel hombre la esperaba allí porque quería obligarla a que volviera a trabajar en uno de los grandes edificios del centro de la ciudad, en el que había pasado un mes y tres días fregando el portal y las escaleras por cinco libras al día.

-Y ese hombre, ¿quién es?

-El portero de la casa. Es el dueño el que lo manda. Me persigue desde hace una semana, pero yo no quiero volver a trabajar ahí, no quiero volver a ver esa cara de mono.

-Pero, Um Sa'ad, con eso te ganas el pan.

-Eso es lo que yo creía. ¿Sabes?, un día el portero vino a verme y me ofreció trabajo en esa casa. Lo que había que hacer era fregar el portal las escaleras desde arriba, desde el séptimo piso o el octavo piso, no sé muy bien, hasta la calle. Me dijo que ganaría cinco libras al día. Como me costaba trabajo subir las escaleras, me prometió que me dejaría subir en el ascensor sin que el dueño se enterase. Así, el trabajo sería más fácil. Tres veces a la semana. Me dije a mí misma que no estaba mal y que era la voluntad de Dios..., pero al cabo de un mes y tres días.

Um Sa'ad había llegado al tercer piso. Descalza entre el agua y la espuma de jabón, jadeaba penosamente con los pies ateridos por el frío del invierno. Tenía las manos moradas de tanto frotar el mármol sucio de pisadas. Era de noche y las gentes dormían profundamente, bien calenticas, tras las puertas bien cerradas. De pronto, sintió detrás la presencia de alguien. Una mujer, con los brazos cruzados sobre el pecho, la miraba con atención. Parecía como si la esperara allí desde una eternidad. Sus miradas se cruzaron.

-¡Hola! ¡Que Dios te dé salud!

-Lo mismo a ti, hermana

Um Sa'ad se irguió hacia atrás para desentumecerse los huesos adoloridos. Aquella mujer misteriosa tenía aspecto de campesina.

-¿Querías algo?

-He venido para hablarte. Antes era yo la que fregaba las escaleras tres veces a la semana hasta que un día, de eso hace un mes y tres días, vino el dueño a despedirme. ¿Cuánto te pagan?

-Cinco libras.

-A mí me daban siete. Tengo cuatro hijos. Me dijeron que siete libras era mucho.

-Así que entonces por causa de ellos te quité el pan. ¡Que Dios se los quite a ellos!

La mujer se acercó más a Um Sa'ad.

-Pero, ¿tú que culpa tienes? Eres igual que yo, también tienes hijos. Se me ocurrió venir a verte por si el sitio en el que trabajabas antes de venir aquí estuviera libra aún.

-¿De dónde eres, hermana, si no es indiscreción?

-Del sur.

-¿Palestina?

-No, libanesa del sur.

Um Sa'ad se enjugó las manos en el vestido, se bajó las mangas y miró en torno suyo.

-Hermana, te juro que no sabía nada. No me dijeron ni una palabra de ello. Toma, friega el resto de la escalera. ¡Que Dios los confunda, a la casa y al dueño! Llevo aquí trabajando un mes y tres días y todavía no he cobrado las dos últimas semanas. Mañana por la mañana, le dirás al dueño que Um Sa'ad te ha dado su salario.

La mujer sollozaba. La escalera estaba inundada y el agua que caía susurrante de un peldaño a otro llegaba a sus oídos como el clamor de un río profundo. Sin volverse, Um Sa'ad bajó la escalera. Aún oía los sollozos de la mujer. Cuando llegó al portal, se detuvo un instante y volvió a oír el gorgoteo del agua que caía de nuevo. Respiró hondo y salió a la calle. Entonces se dio cuenta de que también ella lloraba.

-¿Y ese hombre que quiere de ti?

-Pues que vuelva. La última vez, me dijo que esa mujer no trabajaba bien, que no les gustaba y que lo hago mejor. ¡Embusteros! Los conozco muy bien lo que quieren es ahorrarse dos libras.

Llegamos a la calle principal. Um Sa'ad se detuvo y señaló con la mano la ciudad que se alzaba a lo lejos, ruidosa, tumultuosa.

-Cada vez que pienso en esa historia se me revuelven las tripas y me dan

ganas de llorar. Cuando veo a ese portero que me persigue me dan escalofríos... Quisieran que nos pegáramos unos a otros por dos libras... Un edificio grande como ése vale más de mil libras, ¡qué digo!, mucho más, y a pesar de eso no les importa nada empujar a una mujer a quitarle el pan a otra. ¡Y si no mira lo que está haciendo ese portero, ese tipo repugnante! Siempre dispuesto a complacerlos y a hacer lo que le pidan, todo el santo día pedaleando en bicicleta para que se ahorren dos libras. ¡Qué vergüenza!...

Entretanto, habíamos llegado a la calle principal. Nos detuvimos a esperar un auto que la llevara al campo. Entonces, soltó una de sus ideas:

-Si el portero, la mujer y yo, le hubiéramos dicho al dueño...

No siguió. Miraba a la ciudad envuelta en el polvo de un triste atardecer.

UM SA’AD
CAMBIA DE AMULETO

Um Sa’ad contó que el efendi[5] se había puesto furioso aquella mañana cuando ella le dijo: “Si a quien buscas es a Sa’ad, ¿por qué no vas a buscarlo en el valle del Jordán?” Solía pasar por su casa todos los días bien temprano y le hacía preguntas sobre Sa’ad: “¿Ha vuelto? Oí decir que estaba aquí”. Um Sa’ad se le quedaba mirando sin decir una palabra. Pero aquella mañana traía algún propósito y, después de detenerse unos instantes, le preguntó, mientras señalaba una foto pegada en la pared con una puntilla:

-¿Es Sa’ad?

En aquella foto, Sa’ad tenía un rostro de lo más sonriente, bajo la pelambre encrespada sin peinar. Um Sa’ad tuvo el vago presentimiento de que algo iba a pasar, se abalanzó hacia la pared, arrancó la foto y se la metió en el pecho.

El efendi vaciló un poco y después dio un paso adelante, pero Um Sa’ad lo detuvo tajante:

-¡Intenta quitármela si eres hombre!

El efendi, paralizado por la sorpresa, miró en torno suyo confundido.

-Si a quien buscas es a Sa’ad, ¿por qué no vas a buscarlo en el valle del Jordán?.

El efendi sonrió e indicándole el pecho, le dijo:

-¿Qué es ese collar que llevas, Um Sa’ad?

Era la alhaja que Sa’ad le había dejado antes de irse y que al meter la foto en el pecho debió de habérsele salido sin ella darse cuenta. Aquello sucedió la última vez que Sa’ad había venido a visitarla. Una cadena de metal de la que colgaba una bala de ametralladora agujereada en el caso y vaciada la pólvora.

El efendi volvió a la carga:

-¡Pues sí que todas no se cambian poco de alhajas en estos días!

Um Sa’ad lo miraba sin perderlo de vista un instante, mientras en la mano apretaba la bala, con fuerza. Por fin, le dijo:

-Esto no es una alhaja.

-¿Entonces, qué es?

-Un amuleto.

-¿Un amuleto?

[5] Palabra de origen turco que equivale a señor. Afandi era el titulo de cortesía que se daba a los que no eran bajaes: La palabra va precedida del nombre propio. Así se dice Mohammed efendi. Cuando va sola y precedida del artículo (al efendi o, en los dialectos, el efendi) significa también una persona indeterminada. Utilizada así, como lo hace Um Sa’ad, puede tener cierto sentido irónico (“el señor”, “el caballero”, dicho como retintín) o ligeramente despectivo (“el individuo”, “el sujeto”, etcétera).

-Sí, un amuleto.

-¿Te lo regaló Sa'ad?

-Sí, fue Sa'ad.

El efendi inspeccionó despacio con la mirada el cuarto miserable, se detuvo en los colchones amontonados en una esquina, los platos de metal todavía sin fregar y el techo de hojalata que empezaba a arder con el calor del verano y, por último en el montón de barro delante de la puerta.

-¿Cómo has dicho entonces que Sa'ad no había venido?

-No, no fue eso lo que te dije. Vino y volvió a irse.

-¿No te había dicho que me avisaras cuando viniera?

-Tenía miedo.

-¿De quién, de él?

-No, de ti.

Aún apretaba con fuerza la bala, bien pegada contra su pecho. Bajo la ropa, sentía la foto de Sa'ad, cálida. Antes de salir, el hombre se detuvo junto al ventanuco abierto en la pared. En el marco, había un trozo de tela triangular de muchos colores que colgaba de un corcel. Lo agarró y se puso a balancearlo.

-¿Era este tu antiguo amuleto?

-Sí, ése era.

-¿Y por qué...?

No prosiguió. La respuesta era evidente, como podía leerse en su mirada y en sus dedos que agarraban con fuerza la bala. Se quedó mirándola fijamente y después salió.

Entonces, yo le pregunté:

-Pero, Um Sa'ad, ¿cuándo te envió Sa'ad esa bala?

-No me la envió. La dejó en casa cuando vino a visitarme la última vez. La veía todos los días en el colchón hasta que por fin decidí llevarla puesta en el pecho. El hijo del vecino me la colgó de una cadena después de sacarle la pólvora.

-¿Y el antiguo amuleto?

-Me lo había hecho un viejo sheik cuando todavía estábamos en Palestina. Un día dije a mí misma: "Ese hombre debe de ser un charlatán, ¿eso es un amuleto? Lo llevo colgado desde que tenía diez años y no nos ha protegido de la miseria, de este bregar sin descanso ni de que nos expulsaran de nuestras casas. Hace veinte años que vivimos aquí. ¿Un amuleto? Hay quienes verdaderamente se ríen en las barbas de la gente". Aquella mañana, me dije a mí misma: "Si con el amuleto las cosas son así, ¿qué sería sin él? ¿Hay algo pero que esto?" Pero después me dije: "Por lo menos esto es Sa'ad...", ya lo sabes, ¿para qué contarte todo?

-Por tu culpa has puesto a Sa'ad en un aprieto. Si ahora no vuelve se lo van a hacer pagar.

En su mirada se leía cierta ironía. Antes de que dijera nada, comprendí cuál sería su respuesta.

FUSILES
EN EL CAMPO

De pronto todo cambió, Abu Sa'ad dejó de ir al café y empezó a hablar a su mujer con más dulzura. Aquella mañana, le había preguntado si se sentía cansada y cuando ella, extrañada de la pregunta, le dirigió una mirada interrogadora, él sonrió.

De costumbre, volvía a casa con los nervios de punta y después de pedir la comida, en un tono desabrido, se iba a la cama después de tragar el último bocado.

Cuando estaba en huelga se volvía todavía más agresivo. Iba al café en donde pasaba el tiempo mientras bebía té, jugaba a las cartas e insultaba a la gente. Cuando volvía a casa era algo insoportable. Con la cabeza entre las toscas manazas llenas de cemento y de tierra, se quedaba dormido y empezaba a roncar. Por la mañana, amanecía siempre de mal humor, y sin razón, lanzaba miradas furiosas a Um Sa'ad mientras ella preparaba sus miserables bultos para ir al trabajo. Un día, hasta sintió en su aliento olor a vino.

Ahora, de repente, todo cambió. Cuando oye pasos delante de la ventana de su cuchitril, en el pasadizo angosto cubierto de barro que no puede atravesar más de una persona a la vez, asoma la cabeza para hablar con el que pasa, hace miles de preguntas y habla del Klanchinkov, al que prefiere llamar sólo el Klachen como dice Sa'ad cuando viene a visitarlos.

Era mediodía, cuando se dirigió hacia donde estaba el altavoz que lanzaba al aire un discurso que nunca había oído hasta entonces. Subido encima de un muro, podía observar todo desde allí. Se quedó estupefacto al ver que niños y niñas, y también hombres, saltaban por encima de una hoguera, se arrastraban por debajo de las alambras y esgrimían armas. Vio a Sa'id, su hijo pequeño, que, ante una multitud de gente, explicaba lo que un combatiente tenía que hacer para calmar el dolor cuando ha recibido un bayonetazo.

Cuando Sa'id entró en el corro para continuar su demostración, la gente comenzó a aplaudir. Um Sa'ad que estaba allí, se acercó a su marido y se subió encima de un tejado bajo para poder ver lo que pasaba. Cuando divisó a Sa'id, lanzó un prolongado grito de júbilo al que respondieron otros muchos por todas partes. Abu Sa'ad le dijo: "¡Mira!... ¿Lo has visto? Es Sa'id. ¿Lo ves? Fíjate bien". ¡Cómo si no lo viera! ¡Como si no estuviera junto a él en el centro de aquel corro contando las gotas de sudor que corría por su pequeña frente morena!.

Sa'id se fue acercando a su adversario paso a paso, con los puños tendidos y un poco inclinado hacia adelante. En ese momento, Abu Sa'ad puso la mano en el hombro de su mujer y lo apretó con un gesto de ternura inesperado para

ella. Los ojos se le inundaron de lágrimas, aunque disimulaba su emoción y seguía toda ella pendiente de lo que hacía su hijo. Después, los aplausos retumbaron pro toda la plaza cuando Sa'id esquivó un bayonetazo y, con la rapidez del rayo, arrancó el fusil de las manos de su adversario y, luego de girar sobre sí mismo, lo alzó en el aire bajo la bandera, cuyo chasquido al ondear al viento, se confundía con el de las manos que aplaudían, como si fuera otro aplauso más.

Abu Sa'ad aplaudía sin cesar. Se había puesto de pie y miraba en torno suyo, orgulloso. Después su mirada se cruzó con la de Um Sa'ad, se inclinó hacia ella y volvió a decirle:

-¿Lo has visto? ¡Es Sa'id!

Apuntaba en dirección al muchacho al tiempo que acercaba la cabeza a la de su mujer para mostrárselo bien y alzaba la voz:

-Aquel que está allí, el que levanta el fusil, ¿lo ves bien?.

Para no estallar en una carcajada, lanzó otro grito de júbilo. Los aplausos continuaban, mientras el muchacho seguía esgrimiendo el fusil ante la muchedumbre, con la frente iluminada por los últimos rayos del sol poniente. Un hombre viejo, sentado en el canto de la pared, se volvió hacia Abu Sa'ad.

-Si hubiera sido así desde el principio, no nos habría pasado lo que nos pasó.

Abu Sa'ad asintió, sorprendido, así y todo, de ver al viejo con lágrimas en los ojos.

-¡Ah, si hubiera sido así desde el principio!

Agarró el viejo por el hombro, tendió el brazo y le señaló el centro de la plaza.

-¿Ves a ese muchacho que alza el fusil? Es mi hijo Sa'id. ¿Lo ves?

Y el viejo que, sin duda, no veía muy bien, contestó:

-¡Que Dios te lo conserve!, es un buen muchacho.

Abu Sa'ad levantó la cabeza mientras decía:

-Su hermano mayor Sa'ad está con los fedayines en el valle del Jordán.

-¡Que Dios los bendiga!

Tiró de su mujer hacia sí para mostrársela al viejo que aún miraba hacia la plaza:

-Y esta que ves es la madre, la mujer que ha parido hijos que luego son fedayines. Los echa al mundo y Palestina se los lleva.

En ese momento, el viejo se volvió para mirar a Um Sa'ad que reía sin apartar la vista de su hijo. Sa'ad había devuelto el fusil a su compañero y después corrió para unirse a la larga fila de niños vestidos de caqui que permanecía alineados en el extremo de la plaza.

Por lo que dijo Um Sa'ad, su marido ha cambiado desde ese día. Desde luego, ahora las cosas son diferentes. El hombre dice que sólo ahora le ha

tomado gusto a la vida.

Y añade:

-Hay que ver a los chicos en el campo. Todos tienen un fusil o una metralleta y en todas las casa hay un uniforme caqui. ¿Has visto lo que ha hecho Sa'ad?.

-¿Qué tiene que ver Sa'ad con todo esto?

-¿Cómo que no tiene nada que ver? ¿Acaso crees tú que todo esto llega así sin más ni más? ¡Ay, hijo mío, si supieras! El fusil es como el sarampión, contagioso. Entre nosotros, en la aldea, cuando un niño había tenido el sarampión, decían que era como si empezara a vivir y que ya quedaba bien "armado". Así que desde el día en que vi a Sa'ad con una metralleta, le dije al mujtar cuando pasó a veme aquella mañana: "Demasiado tarde". Y el miércoles, el primero en irse fue el efendi cuando el campo se puso a arder como si hubieran prendido con un fósforo un montón de paja. ¡Y si hubieras visto a los muchachos!

-¿Y Abu Sa'ad?

Empezó a batir palmas y me pareció oír el chasquido de dos pedazos de madera que entrechocaran.

-La miseria, hijo mío, la miseria que hace del ángel un demonio un ángel. ¿Qué otra cosa podía hacer más que dejarse llevar de la ira y descargar con la gente, conmigo, y hasta con su propia sombra?. Estaba aplastado, aplastado por la miseria, la humillación, la cartilla de racionamiento, aplastado bajo ese techo de cinc, bajo la bota del Estado. ¿Qué podía hacer? Cuando Sa'ad se fue recobró algo de ánimo, mejoró un poco, pero cuando vio a Sa'id entonces todo fue mucho mejor, sin comparación. El campo cambió de aspecto. Pudo levantar la cabeza y mirar, mirarme a mí, mirar a sus hijos, de otra manera. ¿Comprendes? Si lo vieras ahora, camina como un gallo. Cada vez que ve pasar junto a sí un fusil al hombro de un muchacho, no deja de darle un golpecito como si fuera la vieja escopeta que le robaron y volviera a encontrarla allí. –Se interrumpió un instante como si recordara otra cosa-. Esta mañana se levantó bien temprano y cuando lo encontré en la calles estaba de pie, apoyado contra la pared y fumando un cigarrillo. Antes de darme los buenos días, me dijo: "¡Dios, Um Sa'ad, mira que hemos vivido y hemos visto cosas!".

Tomó sus fardos y fue hacia la puerta. Toda la habitación se llenó de olor a campo. Al cabo de un instante, cuando creía que ya se había ido, la oí gritar con todas sus fuerzas, a la entrada.

Mi dirigí hacia allí y vi a Um Sa'ad agachada encima de la tierra, en el lugar donde había plantado aquel palo seco que me trajo una mañana, hace ya tanto tiempo que me parece una eternidad. Estaban mirando aquel brote verde que nacía pujante de la tierra con un crujido como si estuviera animado de voz.